3 1761 09546667 8

Digitized by the Internet Archive
in 2014

http://archive.org/details/teatromoderno00ramo

Teatro Moderno

Volumen I

LS
R175

LS
R1758t

TEATRO MODERNO

LA MARSELLESA
LA MAMÁ POLÍTICA
DOCE RETRATOS SEIS REALES

POR

MIGUEL RAMOS CARRIÓN

CON UN PRÓLOGO DE

JACINTO OCTAVIO PICÓN

Ilustraciones de

ANGEL LIZCANO

FOTOGRABADOS DE PÁEZ

282555
2.' 33
9.'

MADRID
VIUDA DE HERNANDO Y COMPAÑÍA
Ferraz, 13, y Arenal, 11.

1894

E Rubiños, impresor.—San Hermenegildo, 32.

PRÓLOGO

Pudiera definirse el prólogo diciendo que es lo que sobra en muchos libros: si lo escribe el autor de la obra á que precede, porque suele hablar más de lo que se ha propuesto y le conviene, tratando de persuadir antes de tiempo; y si lo hace otro literato, porque fácilmente peca por exceso de celo enalteciendo el trabajo que presenta en tal medida, que rara vez halla el lector justificado el elogio.

Hay, sin embargo, libros en que el prólogo es conveniente: por ejemplo, los que encerrando exposición de doctrina, han menester como preparación el conocimiento de las ideas del autor, y aquellos en que la personalidad de éste no aparece completa, y de modo que pueda ser totalmente apreciada.

Tal es el caso presente.

Si la colección á que pertenece, y que inaugura este tomo, hubiera de circular sólo en

España, no necesitaría prólogo; porque aquí el vulgo más ó menos ilustrado, y las gentes instruídas que siguen con afán el movimiento literario, el público y los escritores, conocen á Miguel Ramos Carrión: pero, según parece, uno de los fines que se ha propuesto la Casa editorial de los Sucesores de Hernando es popularizar nuestro teatro en la América española, y como para aquilatar la importancia de un poeta, es preciso saber la situación que ocupa con relación á sus contemporáneos, de aquí que estén justificados estos párrafos, no escritos por mera condescendencia ó compromiso de amistad, aun siendo grande la que me une á Ramos Carrión, sino porque quiero aprovechar la oportunidad para contribuir á demostrar que el teatro español de nuestros días no se halla en la decadencia que algunos suponen.

Esta manía pesimista y descontentadiza no es nueva en España. Los contemporáneos de Moratín y D. Ramón de la Cruz proferían igual queja, sin tener en cuenta que sólo aquellos dos nombres bastaban para dar á una época importancia. En tiempo de Hartzenbusch, el duque de Rivas, García

Gutiérrez y Bretón de los Herreros, se habló también de decadencia. Cuando escribieron Ayala y Tamayo, se continuó abusando de la misma palabra: y ahora, en distinta forma, se repiten análogas lamentaciones, citándose, en cambio, como obras maestras y ejemplares las mismas que hace veinte y cuarenta años eran calificadas de medianas y malas; lo cual indica, primero, que casi nunca reconoce la crítica, mérito indudable á lo que ve producir; y, segundo, que sólo el tiempo depura el valor de los trabajos literarios. Es condición humana ser benévolo con los muertos que no estorban, y exigente con los vivos á cuyo lado se lucha.

Lo que hoy sucede no es que estemos en decadencia, sino que como se produce en mayor cantidad que antes, abunda más lo malo. Ahora van al teatro clases sociales antes relegadas á la taberna: este aumento de público da vida á gran número de autores incapaces, y, acrecentada la producción, es natural que los errores lleven ventaja á los aciertos; pero nadie puede negar que desde 1860 á 1890, por ejemplo, se han representado dramas, comedias, sainetes y zarzuelas bastantes para dar idea de cómo

vivimos y cómo sentimos, que es lo primero que ha de pedirse á un período literario cuando en él no aparece uno de esos grandes genios dramáticos que los siglos producen de tarde en tarde, que todas las escuelas pretenden apropiarse, y que en realidad no pertenecen sino á la de lo bueno, porque con su ayuda y ejemplo no se demuestra nada, porque puede demostrarse todo. ¡Quién sabe! Quizá viva entre nosotros ese genio y nos estemos codeando con él sin saberlo; tal vez le hayamos silbado, y luego la posteridad venga á enmendarnos la plana.

Mirando las cosas sin la pasión engendrada en el continuo discutir; olvidando que en muchos casos el conocer al hombre perjudica al concepto que el artista merece; en una palabra, adelantándonos al tiempo, no por virtud del talento, sino con ánimo de imparcialidad, podemos afirmar que nuestro teatro contemporáneo no es campo totalmente invadido de cizaña. Hay en él plantas dañinas que no debieran haber brotado, otras que vivirán poco, y algunas que, arraigando honda y tenazmente en nuestro suelo literario, tendrán larga vida y darán

fruto deleitoso. Esta colección de tomos se encarga de demostrarlo. Entretanto, procuremos probar que la personalidad literaria de Miguel Ramos Carrión es de las que contribuyen poderosamente á que no creamos en aquella decadencia de que se duelen la crítica nunca satisfecha y el triste rebaño de autores silbados ó inéditos para quienes no hay aplauso justo ni elogio merecido. Mi tarea será breve, porque es fácil.

Ramos Carrión empezó á escribir cuando imperaba el género bufo, y no lo cultivó, á pesar de ser él pobre y llana la senda por donde otros llegaban á ganar mucho dinero: cuando más tarde nuestros autores se dedicaron á escribir dramas entre románticos y efectistas, que el público aceptaba como realistas de buena ley, permaneció ajeno á esta tendencia, por no juzgarla provechosa ó por suponerla contraria á sus facultades: afligiónos luego el desordenado afán de traducir obras francesas, y no solamente tradujo muy poco, sino que aun en aquellas producciones originales cuya acción está colocada fuera de España, procuró ser castizo: por último—y ésta es acaso

la circunstancia que más influye en su reputación—está siendo el principal mantenedor de un género teatral eminentemente español: la zarzuela. La vida de un género no depende en absoluto de las facultades de un individuo; pero en literatura, como en todo, cuando el hombre logra dirigir y encauzar las circunstancias, es lógico que acabe por dominarlas, convirtiendo en gloria y provecho propios el remedio del mal que alivia ó del daño que dilata. Esto es lo que ha sabido hacer Ramos Carrión.

La zarzuela, género tan susceptible de producir obras notables como cualquiera otro, estaba hace años si no muerta, poco menos; en situación análoga á la de una mujer hermosa y triunfadora, pero que avejentada y enferma, sólo vive para sufrir y recordar. Los recuerdos eran gloriosos. Entre originales y bien traducidas, podría citarse un centenar de zarzuelas notables, verdaderas óperas cómicas españolas que constituían tradición y escuela. Luego, el agotamiento del repertorio, la escasez de buenos libretistas y compositores, el mayor lucro que éstos obtenían dedicándose á lo que en lenguaje teatral se llama trabajo pe-

queño, y, por último, la falta de actores cantantes, hicieron que sobreviniese una crisis en la vida del género, y aquí sí que era aplicable la palabra *decadencia*. Entonces Ramos Carrión, que ya había obtenido éxitos importantes con comedias y zarzuelitas en uno y dos actos, cuadros cómicos, sainetes y pasillos, hizo su primera tentativa para restaurar la zarzuela seria, estrenando *La Marsellesa*.

En hombre de otras condiciones pudiera creerse que el ser esta obra acentuadamente dramática y tener tres actos, eran meras consecuencias de la índole de su asunto: mas conociendo á Ramos Carrión y observando la conducta que ha seguido posteriormente, es indudable que, sin soberbia pero con firmeza, se había propuesto levantar el género. Han transcurrido dieciséis años: la zarzuela no ha reconquistado por completo su imperio sobre el público, porque un autor sólo no puede producir en cantidad suficiente para ello, pero él ha conseguido, de lo que se proponía, lo que más importaba. La dama enferma y avejentada, tiene temporadas en que recobra la salud y la belleza: los remedios que

ha tomado se llaman *La Tempestad* y *La Bruja*. Semejante á esos políticos hábiles que saben oponerse á lo que parece inevitable, Ramos Carrión está retrasando, y con retrasarla acaso evite, la muerte de la zarzuela. Quien sea menos amigo suyo, podrá afirmarlo en redondo: yo tengo que decirlo así, cuidadoso de que por sobrado lisonjera no aparezca en mi pluma sospechosa la verdad. Sin negar el mérito de otros autores, juzgando en vista de los hechos, es lo cierto que quien ha alcanzado los más completos triunfos de zarzuela ha sido él; que una suya es lo primero que procuran las compañías que en Madrid se forman, y que el trabajo de las de provincias tiene la misma base. Es, por tanto, positiva é innegable su influencia en nuestro teatro contemporáneo. ¿Es también legítima? ¿Está justificada por sus condiciones de autor y sus medios de expresión como literato? Vamos á verlo.

Posee instinto poderoso de cuanto á la escena se refiere, intuición privilegiada de todo lo teatral, que le permite presentir la intensidad y la índole de los afectos en que se puede primero fundar la acción dramá-

tica, y luego calcular hasta dónde es admisible lo estrictamente real y en qué medida es aprovechable lo meramente imaginado. La estructura de sus obras refleja, de una parte, la tendencia á inspirarse en lo verdadero, y de otra el cuidado de no emplear lo inventado sino con sujeción á lo verosímil. La arquitectura de la obra dramática, el conjunto de fuerzas y de resistencias que crean en el edificio lo que da aspecto de solidez y en la obra teatral lo que conmueve, sabe lograrlo supeditando sus planes á una especie de táctica que consiste en justificar desde las primeras escenas, por la exposición del asunto y la pintura de los caracteres, todo lo que ha de venir luego: de modo que aquella intuición, aquel instinto, aun siendo grandes, están sometidos á un espíritu reflexivo que nunca se lanza á probar fortuna, que va siempre sobre seguro, persuadiendo al espectador de que cuanto presencia y escucha sucede y se dice conforme á la índole de los tipos dramáticos y á las circunstancias que pueden modificarlos.

Merced á este procedimiento, las situaciones no aparecen, aunque lo estén, ideadas

de antemano y artificiosamente impuestas, sino que vienen con tanta más fuerza para persuadir y emocionar, cuanta es mayor la naturalidad de los medios empleados para que lleguen. Por esto se observa en casi todas sus obras que emplea mucho tiempo en presentar y aclarar los orígenes y antecedentes de la acción, y que los caracteres que en ella van á intervenir se revelan vigorosamente desde el principio. En los primeros momentos de la representación, cuando el ánimo del espectador está más fresco y en mejores condiciones de otorgarla, le exige la mayor suma de atención, y en seguida, sin dar tiempo á que la tensión de espíritu requerida degenere en cansancio, aviva ó demora la marcha de los acontecimientos, haciendo que la curiosidad se vaya transformando en verdadero interés dramático.

Tiene extraordinaria habilidad, exquisito arte, mejor dicho, para ligar la acción á la exposición, dejarla en suspenso, precipitarla, y hasta imprimirle caracteres distintos de los que tuvo en un principio. Unas veces, como en *La Marsellesa,* son simultáneas la exposición y la acción, casi no es

fácil precisar sus límites; otras la exposición llena un primer acto muy largo, y el primero ó los dos primeros tercios del segundo aparecen ocupados por detalles de efecto escénico, cuadros de costumbres, episodios pintorescos y recursos análogos, que contribuyen á crear fondo, imprimir color local y dar á la acción caracter y sabor de época.

Tal sucede, por ejemplo, en los segundos actos de *La Tempestad* y *La Bruja*, donde casi hasta muy cercano el final no sucede cosa importante ó indispensable á la fábula, estando, sin embargo, manejado y dispuesto lo accesorio y accidental con tan gran maestría, que, empapado el público de lo que presencia, fácilmente se predispone á su favor. El esmero, y hasta se puede decir la picardía, que consagra á exponer antecedentes, perfilar figuras colocándolas en el lugar que les corresponde, y haciendo que destaquen sobre un fondo que les dé valor, todo este trabajo de preparación y justificación, disimulado á fuerza de ingenio, se trueca luego en facilidad y desahogo para llegar á los desenlaces.

Sólo de este modo es posible terminar una

zarzuela, como *La Bruja* por ejemplo, que tiene dos actos marcadamente dramáticos, con uno tercero en que dominan los recursos cómicos. Lo cierto es que, al llegar ese tercer acto, el público se ha interesado ya de tal modo por la marcha de la acción y ha simpatizado tanto con determinados personajes, que éstos, por cualquier medio, pueden resolverlo todo. Así se explica que en las principales zarzuelas de Ramos Carrión el tipo más gracioso, el que mejor ha sabido divertir al público, es decir, el que mayores libertades se puede permitir, es precisamente quien desata ó corta el nudo, creando finales cuyo atrevimiento y cuya forma tal vez fuesen intolerables traídos por otros personajes.

Ni en pintura es fácil colegir cómo fué el boceto contemplando el cuadro, ni lo es en dramática calcular cuál fué el plan por el examen de una obra; pero cuando todo lo que se mira en el lienzo y todo lo que pasa en la escena aparece sujeto á líneas generales convergentes al mismo propósito, y á recursos ideados conforme á la índole del asunto, es indudable que ha existido un trabajo de gestación, en el que

el artista y el poeta han procurado, no sólo conmover, sino justificar las emociones, fundándolas en la posibilidad lógica, ó á lo menos en la indispensable verosimilitud que requieren el lienzo y la escena. Idea que buscando expresión se convierte en asunto; asunto que para llegar á completo desarrollo se somete á un plan; plan que se reviste de forma: tal es la estructura interna de estas obras en que todo lo que entretiene, encanta y seduce, interés, gracia y poesía, contribuye á disimular el esfuerzo de pensamiento y el trabajo de reflexión, como se oculta una armadura de acero bajo un manto bordado.

Además de las dificultades propias á todos los géneros dramáticos, presenta la zarzuela otra que le es peculiar, y de la cual pocos autores triunfan: la colocación de las piezas musicales.

El poeta crea figuras, les infunde vida, les atribuye afectos, cuyo desarrollo y choque da origen á situaciones dramáticas, procura presentarlas con rasgos artísticos, y cuando llegan, tiene que entregárselas al compositor. Esta es, indudablemente, una de las causas que influyen en la escasez de

buenos libretistas; porque supone en el poeta una abnegación de que no es pródiga la condición humana, ó una habilidad extraordinaria para dejar que el músico dé realce al interés dramático, sin relegarlo á segundo término. Esto sabe hacer Ramos Carrión. Prepara las situaciones, y en vez de limitarse á indicarlas y cederlas en seguida á su compañero, entra de lleno en ellas, aprovecha el efecto poético que pueden dar, y sólo cuando la palabra comienza á ser pobre medio de expresión para la intensidad de los sentimientos, entonces convierte el diálogo hablado en parte cantable, de modo que el elemento artístico de mayor potencia emocional, la música, interviene en el drama en los momentos en que puede causar sensaciones más hondas. Así, el compositor que trabaja con él, necesita ser tan poeta como músico; pero en cambio tiene, como garantía de lucimiento, la inmensa ventaja de que únicamente colabora en condiciones favorables á su inspiración.

Este exquisito cuidado con que están pensadas las zarzuelas de Ramos Carrión, no se limita al plan de la acción. En su labor in-

telectual, el carácter de cada personaje, después de concebido, queda sujeto por la reflexión al estudio necesario para que no haga ni deje de hacer cosa contraria á su índole.

Nada hay tan humano como la versatilidad de espíritu, ni tan frecuente en la vida como las contradicciones de carácter; pero estas inconsecuencias y anomalías son casi imposibles en el teatro, donde el público no tolera y la crítica difícilmente acepta que la índole moral ó intelectual de un personaje esté sujeta á vacilación y flaqueza. Sea porque el público lleva en sí cierta aspiración á lo ideal, sea porque no pueden apreciarse las mudanzas del alma sin un trabajo previo de psicología literaria, incompatible con la rapidez de la representación, es lo cierto que el vulgo sólo quiere ver en escena caracteres sostenidos, mejor dicho, gentes que van derechas al bien ó al mal, sin sufrir influencia externa.

Pocos autores dramáticos aprovechan con tanto arte como Ramos Carrión esta fase del convencionalismo teatral. Dibuja los caracteres con trazos enérgicos; logra que el público tenga en pocas escenas idea com-

pleta de lo que los personajes son capaces de hacer, y, por último, si se arriesga á que incurran en contradicción ú oposición contra lo que de ellos pudo esperarse, procura que esto suceda siempre en situaciones cómicas, porque sabe que si la emoción dramática se puede discutir y razonar, la risa triunfa de todo y en el acto, sin apelación ni alzada.

Esta solidez en los planes, rara mezcla de arte y maña, de perfecta naturalidad y simple verosimilitud, le facilita luego el trabajo de tal modo, que puede lanzarse á emplear como seguros, efectos y recursos que en otros autores serían peligrosos.

Me he detenido en analizar la estructura que da Ramos Carrión á sus zarzuelas, porque mediante esta labor ha retrasado y acaso evite la muerte del género, y porque á ella debe la influencia casi dictatorial que ejerce sobre las compañías y empresas que lo cultivan. Sin embargo, ni *La Marsellesa, La Tempestad* y *La Bruja,* en lo dramático, ni *Los sobrinos del capitán Grant, El siglo que viene* y *El rey que rabió* (1), en lo que le toque, como zarzuelas de espectáculo,

(1) Escrita en colaboración con Vital Aza.

bastan para dar idea de su personalidad literaria, que indudablemente se refleja mejor en sus comedias. Ha escrito pocas, pero son éstas en la acción tan sobrias, en el desarrollo tan verosímiles, en el enredo tan traviesas y en el lenguaje tan naturales, que parecen episodios de la realidad observada por un ingenio que instintivamente modifica, varía y aprovecha lo que puede ser teatral.

Dejando á un lado *La careta verde,* comedia de gracioso en dos actos, y algunas otras en uno, serían más que suficientes á justificar lo que digo *El noveno mandamiento, Los señoritos* y *La mamá política,* verdaderas comedias de caracteres. Ni el riesgo de poner asechanzas á la mujer del prójimo, que se trata en la primera, ni el cariño mal entendido, que trueca en tristeza de los padres la buena educación de los hijos, pensamiento que sirve de base á la segunda, son ni pueden ser ideas exclusivamente suyas: pertenecen al dominio público de las letras, pero al pasar por sus manos han recibido lo que constituye la verdadera originalidad de la obra dramática; el sello personal de un entendimiento su-

perior que considera lo vulgar con criterio propio.

En cuanto á *La mama política*, los lectores de este tomo podrán juzgarla. Yo me limito á declarar que merece ser considerada como una de las obras teatrales de corte y asunto más original entre las escritas en los últimos veinte años. Si un autor exclusivamente dramático se hubiese fijado en la antipatía que inspiran las suegras, para combatirla como sentimiento incompatible con la razón, el caso no tendría nada de extraordinario; tal vez no pasase de ser un capricho de moralista de menor cuantía. Lo que da á esta comedia verdadera novedad es el propósito de redimir á las suegras, empleando á su favor las mismas armas que generalmente se emplean contra ellas: es decir, el ingenio, la travesura, la gracia, el ridículo; en una palabra, recursos exclusivamente cómicos. Los caracteres que figuran en *La mamá política* son acaso los que mejor ha trazado el autor: la acción es tan sencilla y clara, que sólo en fuerza de ingeniosa consigue interesar; y la gracia del diálogo es tan propia de la escena, que ninguna frase hace reir aisladamente; el efecto

cómico no depende de las palabras, sino de la situación en que se dicen.

La mamá política, La Marsellesa y alguna otra obra de Ramos Carrión, han sido traducidas al francés, pero no han llegado á estrenarse. Les ha cabido la misma suerte que á *Locura de amor* y *El drama nuevo,* de Tamayo, y *Locura ó santidad,* de Echegaray. El proteccionismo literario y artístico de los franceses ha sido invencible. *La Marsellesa* se ha representado en Italia y también en Inglaterra, aunque malamente desfigurada, y con distinto título. De hacerse en Francia, no hubiera escrito Sardou su *Thermidor*.

Quien quiera apreciar bien, en lo que á la índole de la vis cómica se refiere, la diferencia que existe entre la comedia y el sainete, lea, después de *La mamá política, Doce retratos seis reales,* y podrá observar que, en la comedia, la gracia depende del cuándo y la ocasión, y en el sainete, de por quién y cómo se dicen las cosas.

Como versificador y prosista, Ramos Carrión es difícil de clasificar. Si el estilo es un amaneramiento más ó menos brillante y personal, carece de forma, de manera pro-

pia: su deseo de escribir como se habla y de que cada personaje se exprese según quien es, merma á primera vista su individualidad de escritor; pero en esto, que al parecer es defecto, estriba su mérito principal, que es la naturalidad con que dialoga. Su estilo no es hijo del encariñamiento con determinados giros y modos de construcción; no pone empeño en ser purista ni arcaico, ni se esmera en la rebusca de frases y palabras de esas cuyo empleo es casi una solicitud de ingreso en las Academias, ni pertenece á la secta de los que afectan prescindir de la tradición y las reglas, porque no las han estudiado.

El artificio retórico sometido á la sinceridad de expresión, la corrección fundada en la claridad de concepto, tal es su estilo: el propio de un castellano viejo que, libre de toda afectación, antes se preocupa de que sus personajes hablen bien, que de sentar plaza de hablista. La prueba de esto es que en el lenguaje vulgar contemporáneo, han tomado carta de naturaleza muchas frases que no son propias de Ramos Carrión sino de los tipos que figuran en sus obras, como por ejemplo: *¡Brigadier Talegón! Esta vez*

nos ha salido un poquito desigual, y otras varias.

Su ingenio es de pura raza española. Pertenece á la familia literaria de que forman parte Bretón, Serra y Blasco: entre los franceses sólo se parece á Labiche por lo intencionado. La gracia no es en él instinto satírico: es una fase de sus facultades de autor cómico.

La biografía de Ramos Carrión cabe en pocas líneas.

Nació en Zamora, creo que en 1848; fué á la escuela... y aquí acaban sus relaciones con la enseñanza oficial: nada le debe. Su primer consejero fué Hartzenbusch, quien comprendiendo ó adivinando la índole de su talento, le recomendó la lectura de Moratín y de Bretón. Pobre, y casi bohemio en la primera época de su juventud, ni el no tener le robó delicadeza, ni el vivir al día le embotó la voluntad. Sin empleo en nada, sin sueldo de nadie, con sólo la pluma, ha conquistado la independencia propia de la holgura; y si no se la diese el fruto de su trabajo, la tendría por altivez de carácter. Es hombre que disimula lo que ignora, presiente lo que no alcanza, aprovecha lo que

domina, y centuplica lo que sabe; conjunto de aptitudes merced al cual siente hondo, ve de lejos, piensa claro, escribe ligero, y *resulta* fecundo; pero llamarle trabajador sería adularle. Franco hasta la dureza, y en la intimidad cariñoso, es bueno para amigo y sería malo para enemigo, si no supiese que la indiferencia mortifica más que el rencor. No es pesimista, y lo parece; porque leerle una obra es exponerse á oir la verdad, y quien le pide consejo, fácilmente escucha lo contrario á su esperanza.

No es posible hablar de Ramos Carrión sin recordar á tres hombres con él estrechamente unidos: su colaborador Vital Aza, de facultades literarias análogas á las suyas; Ruperto Chapí, el primer compositor español de nuestros días, que ha puesto en música sus principales zarzuelas; y Toribio Granda, uno de esos hombres cuyas prendas morales hacen creer en la amistad.

La que me une á Ramos Carrión me ha obligado á escribir este artículo, atendiendo antes á probar y razonar mis juicios que á entretener al lector. Tratándose de un poeta cómico de los que mejor representan el ingenio español de nuestros días, hubie-

ra podido narrar anécdotas y citar frases graciosas. Voluntariamente he sacrificado lo ameno á lo crítico: pero, en cambio, recordando la frase de un gran prosista, puedo decir que *la lisonja no ha sido parcial á mi escritura.*

Jacinto Octavio Picón

LA MARSELLESA

ZARZUELA HISTÓRICA EN TRES ACTOS Y EN VERSO

ORIGINAL DE

MIGUEL RAMOS CARRIÓN

MÚSICA DEL

MAESTRO FERNANDEZ CABALLERO

Representada por primera vez en el TEATRO DE LA ZARZUELA el 1.º de Febrero de 1876.

PERSONAJES	ACTORES
FLORA	Sra. Zamacois.
MAGDALENA DIETRICH	Srta. Franco (D.ª M.)
LA MARQUESA	Sra. Santamaría.
ROUGET DE L'ISLE	Sr. Saenz.
RENARD	Sr. Jimeno.
SAN MARTIN	Sr. Tormo.
EL BARÓN DE DIETRICH	Sr. Arcos.
EL CIUDADANO LAYARD	Sr. Benavides.
EL COMISARIO	Sr. González.

Aldeanos, voluntarios, viejos, niños, tambores, cornetas, descamisados, jacobinos, gendarmes, mujeres del pueblo de París, seccionarios, guardias nacionales, carceleros, presos, furias de la guillotina, etc., etc. Coro general y banda militar.

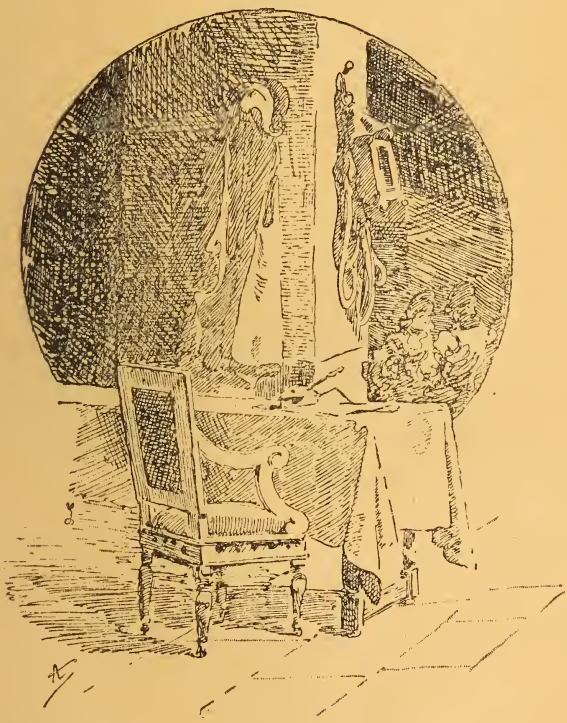
La acción del acto primero en Strasburgo, año de 1792.
La de los dos siguientes, en París, 1793.

ACTO PRIMERO

CUADRO PRIMERO

LA PATRIA EN PELIGRO

Salón bajo en la Alcaldía de Strasburgo.—Puerta al foro y otra á la izquierda (1).—A la derecha, la mesa y el sillón del Alcalde.—A la izquierda, la bandera francesa y el escudo de armas de la ciudad.



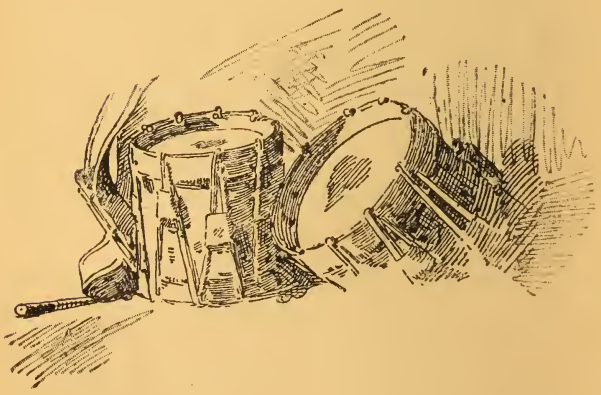
(1) Entiéndase por derecha é izquierda, la del actor.

ESCENA PRIMERA

Al levantarse el telón empiezan á inundar la escena grupos de hombres y mujeres. Se oye cercano el redoble de un tambor y el toque de la campana grande de la catedral. El BARÓN DE DIETRICH sentado; á su izquierda, el escribiente; ROUGET de pie.

Música.

CORO. Llegando va la gente
de toda la ciudad;
del uno al otro extremo
la alarma cunde ya.
Inquieta y agitada
está la población,
oyendo el incesante
redoble del tambor.



¡Venid! ¡Llegad!
¡Tal vez peligra
la libertad!

OTROS. Al són de la campana,
que toca sin cesar,
de toda la campiña
la gente acude ya.
¡Venid! ¡Llegad!
¡Tal vez peligra
la libertad!

—

BARÓN. ¡Oid con atención!
CORO. ¡Silencio y escuchad!
¡Callad! ¡Callad!

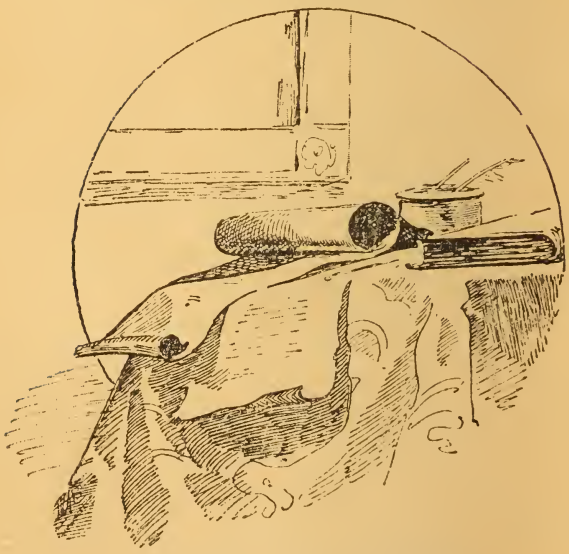
—

ROUGET. Valientes alsacianos,
la patria está en peligro.

Al arma, ciudadanos,
al arma sin tardar:
el enemigo espera
del Rhin en la otra orilla,
y osado la frontera
pretende atravesar.

—

La patria en este día
á defenderla os llama,
y en vuestras manos fía
su libertad así.
Pasemos la frontera
buscando al enemigo;
el que seguirme quiera,
su nombre ponga aquí.



(Mostrando el pliego del alistamiento.)

TODOS. ¡Todos, sí, todos!

(Se precipitan hacia la mesa unos tras otros, figurando alistarse.)

¡Iremos, sí!
La patria nunca en vano
alzó su voz
llamando al alsaciano.
Iremos, sí,
volando á la frontera
á defender
la patria y la bandera.
¡Ya nuestro hogar
acecha el enemigo:
no hay que dudar,
en marcha sin tardar!

ESCENA II

DICHOS, FLORA, que se abre paso entre el coro.

FLORA. (Presentándose.)
¡Yo con vosotros
quiero partir!
ROUGET. (¡Ah, Flora!)
CORO. ¡Viva!
FLORA. Ya estoy aquí.

—

Yo con vosotros la frontera
á la vanguardia pisaré;
yo quiero ser la cantinera,
y ánimo y fuerzas os daré.
Es el soldado más valiente
y gana en brío y decisión
con una copa de aguardiente,
con la ginebra ó con el ron.

—

El fruto que el viñedo
del enemigo da,
en zumo transparente
mi copa os brindará.
Y si es cuando se paga
tan apreciado el Rhin,
será mejor sin duda
cogido en el botín.
¡Ya en el campo de batalla
creo estar,
escuchando la metralla
retronar!

¡Marcha delante
mi batallón!
¡Hala, soldados,
truene el cañón!

—

CORO. ¡Ejemplo con su brío
á todos ella da;
valor infunde al alma
su espíritu marcial!

FLORA. ¡Yo en el calor de la pelea
á vuestro lado me hallaré,
y al que sin fuerza ya le vea
con mi bebida animaré!
¡Quiero gozar de vuestra suerte
y vuestra gloria contemplar,
y si una bala me da muerte...
nadie me tiene que llorar!

—

Alegre la existencia
por nuestra patria doy;
allí donde hay peligro
allí contenta estoy.
¡Yo soy la cantinera
que á vuestro lado irá:
aquel que á mí me siga
atrás no quedará!

—

CORO. ¡Ejemplo con su brío
á todos ella da;
valor infunde al alma
su espíritu marcial!

—

TODOS. Marchemos, sí;
la patria nunca en vano
alzó su voz
llamando al alsaciano, etc.

Hablado.

BARÓN. Ciudadanos de Strasburgo,
sostén de la libertad
váis á ser en la frontera;
los alistados vendrán
antes que se ponga el sol
dispuestos para marchar.
Ir con vosotros me impiden
los achaques de la edad,
mas quedo aquí: vuestros hijos
un padre en mí encontrarán.
ROUGET. ¡Viva nuestro alcalde!
TODOS. ¡Viva!
ROUGET. ¡Vuestra marcha preparad!

Música.

CORO. Iremos, sí, etc. (Vase el Coro.)

ESCENA III

FLORA, DIETRICH, ROUGET y el ESCRIBIENTE

Hablado.

FLORA. (Al Escribiente.)
Flora Lisberg, escribid
mi nombre: no sé firmar.

ROUGET. (A Flora.) ¡Pero esto es una locura!
FLORA. Iré donde vos vayáis.
Es inútil pretender
que me quede.
ROUGET. Bien está.
(Habla aparte con Dietrich.)

FLORA. (¡Morir á su lado! ¿Pude
soñar tal dicha jamás?)
BARÓN. ¿Sois huérfana?
FLORA. No, señor.
BARÓN. Pues tenéis necesidad
de que vuestros padres den
su licencia...
FLORA. La darán
si es preciso; pero encuentro
simple tal formalidad:
si no me lo permitieran

me escaparía, y en paz.—
Volveré con el permiso.

BARÓN. ¡Id con Dios!

FLORA. ¡Con él quedad!
(Ap. á Rouget.)
(¡Hasta el fin del mundo iré
si hasta el fin del mundo vais!) (Vase.)

ESCENA IV

ROUGET y el BARÓN DE DIETRICH

ROUGET. (¡Empeño igual!)

BARÓN. ¡Brava moza!
(Viéndola marchar.)
¿Sin duda la conocéis?

ROUGET. Es hija de mi hostelero.

BARÓN. ¡Decidida es la mujer!

ROUGET. ¿Estáis contento, señor,
de la gente?

BARÓN. ¡Sí, pardiez!

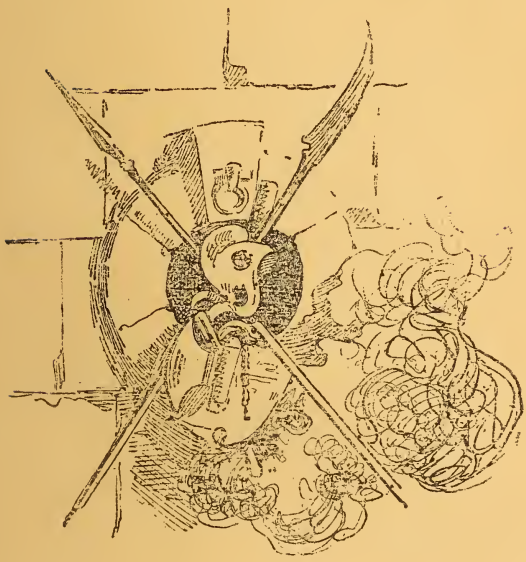
ROUGET. Ya lo veis: aún queda en ella
entusiasmo; aún queda fe.
Siempre á la voz de la patria
sabe el pueblo responder.

BARÓN. Rouget, no me inquieta el pueblo.

ROUGET. ¿Quién, pues, os inquieta?

BARÓN. ¿Quién?
Los que le guían, los hombres
que buscan apoyo en él
para elevarse, y, ya arriba,
lo rechazan con el pie.

Los que tuercen sus instintos,
que siempre son hacia el bien;
los que le hacen creer cosas
que nunca debe creer.
En el club de esta ciudad
predican, ya lo sabéis,
máximas aterradoras;



y por lo que llego á ver,
en las masas hallan eco
esas doctrinas, Rouget.

ROUGET. ¿Y lo extrañáis? ¡Ah, señor!
Sólo hace tres años, tres,
que el pueblo respira libre
del tiránico poder.

¡Cuántos siglos de agonía
el despotismo por ley
sufrió callado, vertiendo
lágrimas de sangre y hiel!
La revolución le ha dicho:
—¡Eres libre!—¿Qué ha de hacer?
¡Del nuevo goce disfruta
á veces mal .. (Con amargura.)
otras bien!... (Con orgullo.)
Es arroyo contenido,
manso antes, fiero después:
rompe el dique y se desborda...
Al arroyo no culpéis:
culpad solamente al necio
que lo quiso contener.

BARÓN. Veo adónde el pueblo va,
y empiezo á temblar por él:
le hacen soñar con quimeras
y por verdades las ve.

ROUGET. Ensueño del desgraciado
á quien sonríe una vez
la fortuna; mas despierta
y vuelve á verlo cual es.

BARÓN. Rouget, la patria peligra.
Todo le es contrario; ved:
Europa entera contempla
con odio al pueblo francés.
Austria y Prusia coligadas
pretenden salvar al rey,
y amenazan la frontera;
germina ya en la Vendée
la guerra civil, que tiene

en la nobleza un sostén;
la lucha de los partidos
más sangrienta es cada vez;
sobran ideas, y faltan
hombres que vida les den;
en el ejército empieza
á cundir con rapidez
la indisciplina que mata
la fuerza de su poder,
y alentando la anarquía
que ya amenaza cruel,
ni hay en los clubs patriotismo,
ni en los gobernantes fe.

ROUGET. Hoy, señor, la Francia toda
no piensa más que en vencer
al extranjero, que audaz
quiere hollarla con su pie.
Se unen todos, y los lazos
que se forman para el bien,
difícilmente se rompen.

BARÓN. ¡Quiéralo el cielo, Rouget!
Y decidme: ¿habéis cumplido
vuestra promesa de ayer?

ROUGET. ¿La del himno?

BARÓN. Sí.

ROUGET. Señor,
á la verdad, no lo sé.
Notas y versos anoche
acudieron en tropel
á mi mente enardecida
por patriótica embriaguez.
Con fiebre los escribí

hasta que al amanecer,
rendido por la fatiga
sobre el clave me quedé.
Despertóme la llamada
y no he mirado el papel
en que apenas concebidas
mis ideas estampé.
Si es que acaso deseáis
oirlas, iré por él.

BARÓN. ¿Pues cómo no? Siendo vuestras
de seguro han de valer.
Poeta y músico sois,

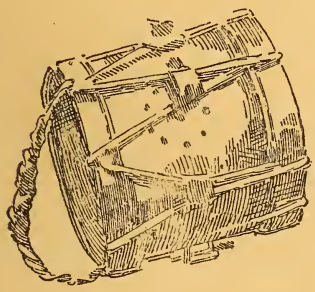
y en vuestros cantos se ven
siempre justas reflejarse
la hidalguía y la altivez.
Si habéis logrado expresar
eso que sentís tan bien,
digno de su noble objeto
será el canto.

ROUGET. Lo traeré,
y vos, señor, como todas
mis obras lo juzgaréis.

BARÓN. Hasta después, hijo mío.

ROUGET. ¡Ah! ¡Cuándo serlo podré!

BARÓN. Si es conforme á mi deseo,
muy pronto tendrá que ser.
(Vase por la izquierda.)



ESCENA V

ROUGET, solo.

Siempre la fortuna ingrata
sus favores me negó,

y hoy sobre mí los desata:
á nadie la dicha mata
cuando no me muero yo.

ESCENA VI

DICHO, MAGDALENA

Música.

MAGD. ¡Rouget!
ROUGET. ¡Mi bien amado!
¡Qué veo! ¡Tú has llorado!
La huella de tus lágrimas
no quieras ocultar.
¿Qué tienes, mi tesoro?
¿Por qué es tu amargo lloro?
¡Algún temor quimérico
tal vez lo hizo brotar!

—

MAGD. ¡Al preguntar por qué es mi llanto
cuando á alejarte vas de aquí,
es que al marchar no sufres tanto,
es que vivir podrás sin mí!
¡Hoy que se acerca tu partida,
siento en el alma tanto mal,
que se conmueve dolorida
y suelta el llanto su raudal!

—

ROUGET. ¡Sabiendo ya que te amo tanto,
y que es mi afan vivir por ti,
debes calmar tu acerbo llanto
hoy que alejarme voy de aquí!

Queda, mi bien, mi amor, mi vida,
entre los muros de tu hogar;
mas el dolor de mi partida
calme la idea de tornar.
¡Lleve un recuerdo tuyo,
prenda de amor;
en prueba de tu afecto
dame esa flor!

—

MAGD. Esta sencilla flor delicada
sola en mi huerto nació ignorada;

yo entre las hojas la descubrí,
y al primer rayo de la alborada
del verde tallo por mí arrancada
fué para ti.

¡Sea esta flor
prenda de amor,
y de tu pecho fiel
marchítese al calor! (Se la da.)

—

ROUGET. ¡Para que un día de ti apartado
este recuerdo nunca olvidado
más en la ausencia valga después,
sólo te pido, mi bien amado,
que en su aromoso botón cerrado
un beso dés! (Magdalena besa la flor.)

—

Huya el temor,
calma tu afán,
esta sencilla flor
será mi talisman.
Ella valor
me inspirará:
¡la prenda de tu amor
mi pecho escudará!

—

MAGD. Ella valor
le inspirará:
¡la prenda de mi amor
su pecho escudará!

Hablado.

ROUGET. Calma, pues, tus penas todas
y piensa con alegría
que pronto lucirá el día
dichoso de nuestras bodas.

Haz como yo, que procuro
disipar alegremente
lo nublado del presente
con el brillo del futuro.
Desde que tu padre ayer
tu mano me concedió,
no pienso en que marcho, no,
sino en que voy á volver.
Así mi pecho se llena
de dulce esperanza, y siento
en el alma tal contento,
que no cabe en mí la pena.
Véate yo sonreir;
enjuga el acerbo llanto:
no hay razón á tal quebranto.

MAGD. Sí: te la voy á decir.
Me daba cierto rubor,
pero ya estoy decidida.

ROUGET. Di.

MAGD. No es sólo tu partida
la causa de mi dolor.

ROUGET. ¿Cuál es? ¡Conocerla ansío!

MAGD. Tiempo hace que sufro muda
el tormento de esta duda:
Rouget, ¿tu amor sólo es mío?

ROUGET. ¿Cómo?

MAGD. Que contestes quiero.

ROUGET. ¡Tú celos! ¡Mi dulce bien!

MAGD. ¡Horribles!

ROUGET. Pero ¿de quién?

MAGD. ¡De... la hija... de tu hostelero!

ROUGET. (¡Ah!) Desecha ese temor

que inspirarte ha conseguido
alguien que no ha distinguido
la gratitud, del amor.
Cuando á Strasburgo llegué,
sabes que enfermo caí;
aún sin amigos aquí,
triste y solo me encontré.

Constante á mi cabecera
velándome noche y día
fué mi única compañía
esa infeliz hostelera.
Ya casi muerto me vi,
y á su afán caritativo
debo el encontrarme vivo
y el ser feliz junto á ti.
Ve si es justo lo que siento

por esa pobre mujer,
y si le puedo tener
menos que agradecimiento.

MAGD. ¡Por fin mi pecho respira!

ROUGET. Que me haces justicia veo
creyéndome.

MAGD. ¡Ya lo creo!
¡No es tan franca la mentira!
Mas oyendo ciertas voces
repetirlo, me hizo mella...
y luego... como al fin ella...
es hermosa...

ROUGET. ¿La conoces?

MAGD. ¿Pues hay quien no en la ciudad?
¡Si en la última procesión
iba en representación
ella de la libertad!
¡Por cierto estaba preciosa!
(Transición.) Así somos las mujeres:
sabiendo que no la quieres
me parece más hermosa.

ROUGET. Mi amor, vive sin temor,
lo concedo por igual
á ti y á otra amada.

MAGD. (Con viveza.) ¿A cual?

ROUGET. A mi patria.

MAGD. ¡Buen amor!

ROUGET. A ambas todos mis desvelos
dedico, y toda mi fe.

MAGD. ¡Quiérela mucho, Rouget,
de esa no he de tener celos!

(Suena lejos una corneta.)

ROUGET. Te dejo; el deber me llama.
MAGD. Vuelve pronto.
ROUGET. ¡Hasta después!
MAGD. ¡Adiós! (Viéndole marchar.) (¡Qué gallardo es!)
ROUGET. (Deteniéndose á mirarla)
(¡Qué hermosa, y cuánto me ama!) (Vase.)

ESCENA VII

MAGDALENA, después RENARD.

MAGD. No hay otro como él.—Señor,
perdóname que te pida
que antes acabe mi vida
si ha de faltarme su amor.

¡Ah, Renard! (Disponiéndose á salir.)

RENARD. ¡No huyáis así,
parece que me teméis!

MAGD. ¡Yo! (Deteniéndose.)

RENARD. ¿Por qué cuando me véis
el paso alejáis de mí?
¿Qué puede daros temor?
No así huyáis del lado mío.
¿No comprendéis que el desvío
aumenta siempre el amor?

MAGD. ¡Basta, no puedo escucharos!

RENARD. ¡Vuestra presencia es mi vida!

MAGD. Sabéis que estoy prometida
á otro hombre, y que no he de amaros.
De mi amor único dueño
es él, dejadme ya en paz.

Es inútil que tenaz
prosigáis en vuestro empeño.

RENARD. ¡Todas iguales!—Rigor
para el que las quiere bien;
al que las ama, desdén;
y al que las engaña, amor.

MAGD. En balde habéis procurado
envenenar con la duda
mi dicha: Rouget la escuda
con la fe que me ha jurado.

RENARD. ¡Podéis vivir satisfecha
de su constancia sin par!

MAGD. No puedo en mi pecho dar
entrada ya á la sospecha.

RENARD. (Con fuego.) Hasta hoy viéndoos engañada
os advertí su falsía;
otra cosa no podía
hacer, ni probaros nada.
Hoy tengo prueba palpable
de su amor á esa mujer.

MAGD. Bien: no la quiero saber. (Pausa.)

RENARD. (Ya está deseando que hable.)
(Muy pausado.) ¿Sabéis que ella se ha alistado
de cantinera?

MAGD. (Con viveza.) ¡Y se va!

RENARD. Con él.

MAGD. (¡Oh!)

RENARD. Así logrará
tenerla siempre á su lado.

MAGD. (¡Está encendiendo un infierno
en mi alma!)

RENARD. ¿No lo creéis?

Esta tarde los veréis
marchar juntos.

MAGD. ¡Dios eterno!

RENARD. Ved que la prueba es segura.

MAGD. ¡Y vos amarme decís
cuando tan sólo venís
á envenenar mi ventura!
Nada conseguís, cruel,
con tal proceder infame:
tan imposible es que os ame,
como que no le ame á él.
¿Qué más?—Podría acabar
el amor que le profeso;
¡pero amaros á vos!... Eso
no lo debéis ni aun soñar.

RENARD. Nadie como yo os ha amado,
y tenedlo bien presente,
cambia en odio fácilmente
el amor que es despreciado,
y al arrancar mi esperanza
con tan altiva fiereza,
siento que á nacer empieza
en mí la sed de venganza.

MAGD. ¡Lo que con frases de amor
no habéis podido lograr,
lo pretendéis alcanzar
infundiéndome terror!

RENARD. Yo nunca amenazo en vano,
por vuestro bien os lo advierto.

MAGD. Digno de vos es por cierto
ese proceder villano.
¡Sólo á una débil mujer

os atreviérais así!

RENARD. ¡Ay, desgraciada de ti!
¡Mía ó de nadie has de ser!
¿Oyes? (Cogiéndola por un brazo.)

MAGD. ¡Que llamo! ¡Soltad!

RENARD. (Soltándola.) No: ya os dejo... ya me voy.

MAGD. ¡Salid!

RENARD. ¡Mis palabras de hoy
en la memoria guardad!

MAGD. (¡Dios mío, yo desfallezco!)
¡Salid!

RENARD. Ya no os hablaré
nunca de mi amor. (No sé
si la amo ó si la aborrezco.) (Vase.)

ESCENA VIII

MAGDALENA sola.

Música.

Sal ya del alma mía,
horrible duda fiera,
que lacerando impía
mi corazón estás:
si es cierta la falsía
del hombre á quien adoro,
si tanto amor fingía,
dudar no quiero más.

—

¡Sepa yo del pérfido
la cruel traición;
séquense mis lágrimas,

muera ya mi amor!

—

El fué por vez primera
quien despertó mi alma,
él encendió la hoguera
que hoy siento arder aquí:
¿por qué su voz artera
llegando á mis oidos
tan dulce y placentera
sonaba para mi?

—

¡Si es verdad que pérfido
tanto amor fingió,
ser podré su víctima;
olvidarle, no!

ESCENA IX

MAGDALENA y FLORA

Hablado.

FLORA. (¡Ella! ¡Qué casualidad!)
MAGD. (¡Ah!) (Yendo á marchar al verla.)
FLORA. Detenéos, señora,
tengo que hablaros.
MAGD, Ahora...
FLORA. Corre mucha prisa.
MAGD. Hablad.
FLORA. En pocas palabras voy
á deciros mis deseos;
no me gustan los rodeos,
veréis lo franca que soy.

Hija del pueblo he nacido
y expresarme no sabré
como vos; pero diré
muy claro á lo que he venido.
Yo amo á Rouget.

MAGD. ¡Santo Dios!
¿Y así me lo confesáis?

FLORA. ¿Por qué no?

MAGD. ¿Acaso ignoráis
que nos amamos los dos?

FLORA. ¡Ojalá! pero lo sé.
por eso he querido hablaros.

MAGD. No entiendo...

FLORA. Voy á explicaros
muy claramente por qué.—
Jamás por nadie sentí
lo que ese hombre me inspiró:
le ví, le amé. ¿Por qué no
he de confesarlo así?
A su voz el alma mía
regocijada se altera:
si él la vida me pidiera
contenta se la daría.

MAGD. Eso no me importa nada:
podéis amarle en buen hora.
¿Qué queréis de mí?

FLORA. (Con fuego.) Señora,
no merecéis ser amada.
¡Os hablo del loco amor
que ese hombre logró inspirarme,
y me oís, y al escucharme
no estalla vuestro furor!

¡Sabéis lo que mi alma siente
por él; decís que le amáis,
y le amo yo, y no me odiáis!

MAGD. No: me sois indiferente.

FLORA. ¡Vaya un modo de querer!
La indiferencia no entiendo;
yo, señora, no comprendo
más que amar ó aborrecer.

MAGD. Basta: si vuestra intención
hoy mortificarme ha sido,
yo os perdono ese atrevido
arranque de la pasión.
Y juro que mi reposo
ni aun levemente alteráis
confesándome que amáis
á aquél que ha de ser mi esposo.
Pruebas tengo de que es fiel.
¿Le amáis? ¿Qué puede importarme?
Pudiera... acaso inquietarme
saber que os amaba él.

FLORA. ¿Y sabéis que él no me quiera?

MAGD. ¿Os ama? (Muy vivo.)

FLORA. ¡Viven los cielos!
¿Qué os importa? ¿Tenéis celos?

MAGD. ¿Celos yo de una cualquiera?

FLORA. ¿Cómo?

MAGD. Vuestro proceder
me obliga á hablaros así.

FLORA. ¡Ah! Ya sé por qué de mí
celos no podéis tener.
Vuestra superioridad
de clase lo impediría.

¡Vos sois noble!—Ya lo había
olvidado, dispensad.
¡Muy pronto esa distinción
no será tan conveniente,
y la tendré muy presente
cuando llegue la ocasión!
En tanto, y pese al altivo
desdén con que lo escucháis,
no olvidéis que amo al que amáis
y que sólo por él vivo,
y quiérame ó no me quiera...

MAGD. Tal confesión os rebaja.

FLORA. Pues ahí tenéis la ventaja
de ser una... una *cualquiera.*
Yo puedo expresarme así,
y vos tenéis que callar;
yo puedo con él marchar
mientras vos quedáis aquí.

MAGD. ¿Eh?

FLORA. Sí: voy de cantinera
de su batallón, señora. (Con intención.)
Ved si me conviene ahora
el ser, así, una *cualquiera.*
Siempre con el sér amado
las fatigas sufriré
de la campaña, y seré
feliz estando á su lado.
Presenciaré su victoria
primera... ¡con qué alegría!
Su gloria será la mía,
compartiremos la gloria;
y si una bala le hiere,

le cuidaré con amor...
y moriré de dolor
á su lado, si él se muere.

MAGD. (¡Ah! ¡No me engañó Renard!)

FLORA. (¡Al cabo la hice sentir!)
¡Luego nos veréis partir!

MAGD. ¡Basta: no os puedo escuchar!

FLORA. ¿Os molesto?

MAGD. (¡Mi dolor
ocultarle necesito!)
(Casi riendo.)
Si él no os ama, os lo repito,
¿qué me importa vuestro amor?
Y ya bien claro lo vi,
vuestro afán lo ha descubierto:
si él os amara, de cierto
no hubierais venido aquí.
Queriendo mortificarme,
mis dudas desvanecéis:
os doy gracias, porque habéis
venido á tranquilizarme.
Procurad, pues, que el despecho
otra vez así no os venda...
¡é id con Dios! (¡Que no comprenda
todo el daño que me ha hecho!) (Vase.)

ESCENA X

FLORA, sola.

¡Infame!—¡Tiene razón!
¡He estado muy torpe, sí;

es claro, le descubrí
sin querer el corazón,
y ahora gozándose va
en mi duelo y mi amargura:
goza, goza tu ventura,
que poco te durará! (Vase por el foro.)

ESCENA XI

LA MARQUESA y SAN MARTÍN, detrás un postillón.

Música.

MARQ. Pasad aviso.
¿No hay nadie aquí?

Anunciad á la Marquesa
de Valmy.

(Entra el postillón por la izquierda.)

—

¡Por fin llegamos!

S. MART. ¡Gracias á Dios!

MARQ. ¡Ay qué camino!

S. MART. ¡Qué agitación!

MARQ. ¡Hoy no es posible
ni aun viajar!

S. MART. ¡Hoy ni aun se puede
ser sacristán!

MARQ. ¡Ay qué maldita

revolución!

S. MART. ¡Pueden oiros,
bajad la voz!

MARQ. Nada me importa.

S. MART. Pues á mí sí,
que vengo muerto

desde París.
Mas felizmente,
no hay que dudar,
tras de estos tiempos...
otros vendrán.

—

Otra vez en el convento
ya tranquilo me veré,
escuchando el dulce acento
de la hermana Salomé.
El *refugium peccatorum*
las monjitas me darán,
consolatrix afflictorum
de este pobre sacristán,
Y ayudando místico
á los santos fines,
pensaré en las vísperas
y en los maitines,
y al fervor monástico
entregado así,
ya *per omnia sœcula*
cantaré yo allí;
Virgo clemens, nunquam sordam,
alejáminis la gordam!

—

Sácanos de estos ahogos,
conservando nuestra fe,
y de impíos demagogos
libera nos Dominé.
Y prometo más de un año
ejercer la caridad,
y hacer vida de ermitaño,

y azotarme sin piedad.
Pero al menos véame
en la sacristía,
y oiga el dulce cántico
de la letanía.
Y en lugar pacífico
viéndome yo así,
ya *per omnia sæcula*
cantaré yo allí:
Vade retro populorum,
libera nos palizorum!

ESCENA XII

DICHOS, MAGDALENA, y el BARÓN DE DIETRICH.

Hablado.

MAGD. ¡Tía!
BARÓN. ¡Señora!
MARQ. ¡Hija mía! (Abrazándola.)
¡Barón! (Tendiéndole la mano para que la bese.)
BARÓN. ¡Vos por esta casa!
MARQ. Bien podéis asegurar
que sólo de mala gana
puedo venir á Strasburgo
desde París.
BARÓN. ¿Pues qué pasa?
MARQ. ¿Y lo preguntáis, Barón?
BARÓN. ¿Qué hay de nuevo? No sé nada.
MARQ. ¡En verdad que ya no es nuevo!

Desde que empezó la infausta
revolución derribando
hasta las cosas más altas,
nadie ocupa su lugar,
y tiene la aristocracia
que huir de la corte, ó ser
víctima de la canalla.
Pero á fe que las potencias
unidas hoy contra Francia,
pondrán pronto cada cosa
en su lugar.

S. MART. (Que está detrás en pie.) ¡Dios lo haga!

BARÓN. (Volviéndose.)
¿Eh? Quién es el que se atreve
á decir esas palabras?

S. MART. Señor...

BARÓN. ¿Quién sois?

S. MART. (Por la Marquesa.) La señora
sabe...

BARÓN. (A la Marquesa.) ¿Viene con vos? Basta.

MARQ. Es un buen hombre...

S. MART. Me honráis,
señora Marquesa.

MARQ. Estaba
de sacristán en las monjas
Teresas, y al exclaustrarlas,
se quedó el pobre en la calle;
y yo, que necesitaba
un mayordomo, le di
este oficio, y me acompaña.
Pero ¿por qué os alterasteis
al escuchar sus palabras?

BARÓN. Porque respeto, señora,
las creencias de una dama
como vos, sólo por serlo;
mas no puedo tolerarlas
en un hombre, cuando son
en desdoro de la patria.

S. MART. (Este viejo es demagogo.)

BARÓN. (Volviéndose á San Martín.)
Mas diga cuanto le plazca.
Fué sacristán, y ya he dicho
que yo respeto las faldas.

S. MART. (Sospecho que me ha insultado.)

MARQ. ¡Ay, Barón! No recordaba
que siempre vuestras ideas
fueron revolucionarias.

BARÓN. Siempre.

MARQ. ¿Y no os arrepentís
viéndolas puestas en práctica?

BARÓN. ¿Por qué, señora?

MARQ. ¿Por qué?
¡La pregunta me hace gracia!
¡Reina el desorden en todo,
se encumbra la gente baja,
predícase el exterminio
de los nobles en voz alta;
la usurpación ó el incendio
la propiedad amenazan,
y nadie puede vivir
seguro, ni aun el monarca!

S. MART. (Ni aun un pobre sacristán
que no se ha metido en nada.)

BARÓN. Señora, soy el primero

en deplorar lo que pasa,
y creo que solo el orden
puede salvar á la patria.
Creo que deben calmarse
las pasiones exaltadas
de los diversos partidos
que hoy entre sí se desgarran;
creo que la libertad
con el orden se afianza,
que sin él vivir no puede;
mas no quiero que lo traiga
el extranjero, imponiéndolo
con la fuerza de las armas:
ese orden me da vergüenza,
que es á costa de la infamia.

MARQ. Si no es solamente el orden
lo que hoy vienen Prusia y Austria
á restablecer.

BARÓN. Por eso
el pueblo indignado se alza.

MARQ. Vienen para levantar
lo que ha hundido la canalla.

BARÓN. El pueblo.

MARQ. Bien, es lo mismo.

BARÓN. No, señora, hay gran distancia.

MARQ. Para mí es igual.

BARÓN. Por eso
no comprendéis mis palabras.

MARQ. Barón, no he de convencerme
oyéndoos.

BARÓN. Entonces basta.
Cerrando los ojos nadie

puede ver la luz más clara.

MARQ. (A Magdalena.)
¿Qué es eso, hija mía? Os veo
así como contristada.
Vos pensaréis como yo,
lamentaréis lo que pasa.

MAGD. Yo pienso como mi padre:
no he de creer que me engaña.

S. MART. (¡También ella es demagoga!)

MARQ. Veo que las nuevas máximas
tienen á la juventud
completamente cambiada.
¿Y qué solemnizan hoy,
que he visto en calles y plazas
levantar arcos de triunfo?

BARÓN. Es porque esta tarde marchan
los voluntarios.

MARQ. ¿Adónde?

BARÓN. A la guerra. Se adelantan
para guardar la frontera,
y tal vez atravesarla.

MARQ. ¡Ay, San Martín!

S. MART. ¿Qué hay, señora?

MARQ. Que nos tengan preparada
la silla para marchar
al momento, no nos vayan
á detener.

BARÓN. Pero... ¿adónde
os váis, señora?

MARQ. A Alemania.

BARÓN. ¡Es imposible!

MARQ. Traemos

pasaportes.

BARÓN. No os bastan.
Hoy ya para atravesar
la frontera, es necesaria
una orden de la Asamblea:
ha llegado esta mañana
el mandato.

MARQ. ¡Santo Dios!

S. MART. (Santo fuerte.)

MARQ. Yo pensaba
detenerme aquí dos días.

MAGD. Pues os quedáis mientras alzan
la prohibición.

MARQ. ¡Imposible!
No quiero estar más en Francia,
yo no puedo con paciencia
presenciar lo que aquí pasa.
¡Esta tarde nos marchamos!

BARÓN. ¡Y os cogen por emigrada
y tenéis pena de muerte!

MARQ. ¡Jesús!

S. MART. (¡La Virgen nos valga!)

MARQ. Y quedándonos aquí,
si la situación se agrava,
¿qué vamos á hacer?

BARÓN. Estáis
segura estando en mi casa.

S. MART. (¡Mucho! ¡En la boca del lobo!)

MAGD. No hay remedio.

MARQ. (Aparte á San Martín.) (¡Yo alojada
por un revolucionario,
San Martín!)

S. MART. (¡Aquí nos asan!)

ESCENA XIII

DICHOS, ROUGET

ROUGET. Señores...
MAGD. ¡Ah, Rouget!
ROUGET. (Al Barón.) Vengo
á cumpliros mi palabra.
BARÓN. ¿Traéis el himno?
ROUGET. ¡Aquí está!
BARÓN. Os presentaré á esta dama.

La Marquesa de Valmy,
mi pariente muy cercana.

Rouget de L'Isle, mi yerno
futuro.

S. MART. (¡Yo estoy en ascuas!)

BARÓN. Bravo oficial de Ingenieros
que hoy los voluntarios manda,
y á la vez poeta y músico
notabilísimo.

ROUGET. Gracias.

BARÓN. Ha escrito un himno patriótico,
y quiere antes de su marcha
hacérnoslo conocer.
Pasemos, pues, á la sala.

S. MART. (A la Marquesa.)
(¡Nos va á hacer oir alguna
canción revolucionaria!)

MARQ. ¿Y os llamáis?

ROUGET. Rouget de L'Isle.

MARQ. No conozco vuestro, nada.

ROUGET. Pobre poeta ignorado,
músico desconocido,
mi nombre está en el olvido
con justicia sepultado,
y nunca lo habreis oido.
La artística afición mía
ha tiempo que conocía
mi buen amigo el Barón,
y así anoche me decía
alentando esa afición:
—¿Por qué un himno no escribís,
fiel expresión de ese ardiente
entusiasmo que sentís,
para inspirarlo igualmente

á nuestro pobre país?
Un himno que el pueblo aprenda
fácilmente, que se extienda
pronto de una á otra ciudad;
¡himno sagrado, que encienda
amor á la libertad!
¡Debéis escribirlo!—Sí,
dije, y á casa partí.
Lleno de fuego llegué,
sintiendo agitarse en mí
el patriotismo y la fe.—
El odio á la tiranía
guiaba la pluma mia;
las ideas se agolpaban,
y en tropel, juntas brotaban
la música y la poesía.

Ya acalorada mi mente,
con trémula mano ardiente,
estas líneas escribí.

¡Si es bueno lo que se siente,
algo bueno traigo aquí!
¡Venid mi canto á escuchar!
No quiero más galardón
si en la masa popular
un eco logran hallar
las notas de mi canción!

(Entran por la izquierda Rouget dando la mano á la Marquesa, detrás el Barón y Magdalena; y tras ellos San Martín, que al entrar se santigua.)

MUTACIÓN

CUADRO SEGUNDO

LA MARSELLESA

Plaza de la Catedral. A la izquierda, primer término, la alcaldía, cuya gran puerta y reja volada dan á la calle. A la derecha, la entrada de otra con un gran arco triunfal de verdura, coronado por gallardetes. Dos arcos más en otras dos calles. Al foro, la Catedral. Al efectuarse la mutación, la plaza está sin otra gente que los cornetas que tocan llamada debajo de los arcos.

ESCENA XIV

MUJERES DEL PUEBLO, después VOLUNTARIOS con armas, CHIQUILLOS, VIEJOS, CORO GENERAL

Música.

CORO GENERAL. La hora se acerca
de la partida

la gente acude
ya prevenida.
Tal entusiasmo
nunca se vió;
el pueblo unánime
su grito dió.

—

Calles y plazas
llena la gente,
y el más cobarde
mudó en valiente;
que en sus oídos
llegó á sonar
el grito mágico
de libertad.

(Quedan en el centro los voluntarios. A la izquierda las mujeres, y á la derecha los viejos.)

VIEJOS. Si falta á nuestros brazos
la fuerza y el vigor,
al grito de la patria
aún late el corazón.
¡Marchar podéis tranquilos
por los que aquí dejáis:
nosotros moriremos
cuidando vuestro hogar!

—

MUJERES. No penséis que llorando os aguardan
la esposa y el hijo;
prefieren no veros
á veros vencidos.
¡Nuestros ojos no anubla hoy el llanto,
no pueden llorar,

porque solo sentimos la envidia
de veros marchar!

—

(Un grupo de veinte muchachos armados, con su tambor al frente, aparecen por la derecha formados.)

CHICOS. Somos los hombres
del porvenir,
y en nuestra débil
fuerza infantil
van los cimientos
en que ha de hallar
firme baluarte
la libertad.

—

¡Los hombres de mañana
vamos aquí;
los de hoy nos dan ejemplo
para morir!

—

(Vanse los chicos.)

CORO GENERAL. A la voz de la patria
despertó la nación,
y responden el niño,
y el anciano á su voz.

Tal entusiasmo
nunca se vió;
el pueblo unánime
su grito dió.

ESCENA XV

DICHOS, FLORA de cantinera por la derecha, RENARD por la izquierda.

FLORA. Siglos son los instantes

que ya acabando van
hasta sonar la hora
dichosa de marchar,
¡Con él! ¡Siempre á su lado!
¡Tal dicha yo jamás
por grande, por inmensa,
ni aun me atreví á soñar!

—

RENARD. ¿Qué esperáis?
FLORA. A nuestro jefe!
RENARD. (A todos.) ¡Pues á fe que el capitán
no da ejemplo de impaciencia
al hacernos esperar!
Del amor el dulce lazo (A Flora.)
deteniéndole allí está,
(Señalando á la alcaldía.)
y á dejarle no le mueve
la impaciencia popular.
FLORA. ¡A llamarle!
TODOS. ¡Sí, que salga!
(Se dirigen tumultuosamente hacia la puerta de la alcaldía. De pronto se oye la voz de Rouget que canta dentro, acompañado por el clave, la primera estrofa de la Marsellesa. Al oirla, Flora detiene á la multitud, que se pára y escucha.)
FLORA. ¡Silencio!—¡Escuchad!

—

ROUGET. ¡Marchemos, hijos de la patria,
glorioso día luce ya!
Otra vez el sangriento estandarte
los tiranos se atreven á alzar.

—

¿Oís rugir por la campiña
esa turba salvaje y audaz?
¡Degollar vuestros hijos desea
para ahogar en su sangre nuestra idea!
¡El arma preparad!
¡No hay tiempo que perder!
¡Marchad, marchad
á defender
la santa libertad!

(El pueblo oye conmovido la primera estrofa.—Al cantar Rouget el estribillo, el coro lo repite con Flora. Renard, á un extremo del escenario, los contempla sombrío.)

CORO. ¡Al arma sin tardar! etc.

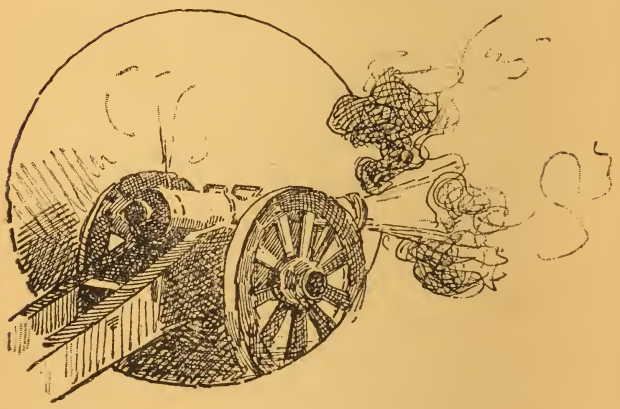
ESCENA ULTIMA

DICHOS, ROUGET, BARÓN, MAGDALENA, la MARQUESA y SAN MARTÍN

Rouget saca la bandera que en el cuadro anterior estaba en la sala de la alcaldía, y con ella enarbolada, canta la segunda estrofa del himno, cuyo estribillo repiten todos con el mayor entusiasmo.

ROUGET. Mirad las hordas de traidores
que el suelo patrio van á hollar.
¿Para quién son esas cadenas
que forjando iracundos están?
Son para ti, pueblo querido:
presto vé tal afrenta á vengar;
el furor en tu pecho despierte,
¡busca ya la victoria ó la muerte!
El arma preparad, etc.

TODOS. ¡Al arma sin tardar! etc.
(Se oye un cañonazo)



ROUGET. (A Magdalena.)
(¡Adiós, mi bien amado,

la hora fatal llegó!)

RENARD. (¡Tal vez es la postrera (Mirándoles.)
en que os habláis los dos!)

MAGD. (Mirando á Flora.)
¡El ver que marchan juntos
me parte el corazón!

FLORA. (¡El alma me destroza
ver juntos á los dos!)

BARÓN. (A Rouget.)
(¡En marcha ya, hijo mío;
llevad mi bendición!)

S. MART. (¡Qué voz! ¡Y qué bien canta
esa feroz canción!)

MARQ. (¡No hay duda que el tal himno
á todos conmovió!)

CORO. ¡Tronando nos despide
el bronce con su voz!

TODOS. ¡Adiós! ¡Adiós! (Se abrazan)

ROUGET y CORO.
Marchemos, sí, la patria nunca en vano, etc.

—

(Desfile de las fuerzas militares por delante de la alcaldía. Rouget se incorpora á los voluntarios, y Flora se coloca á su lado.—El pueblo los despide agitando en el aire pañuelos y sombreros.)

FIN DEL ACTO PRIMERO

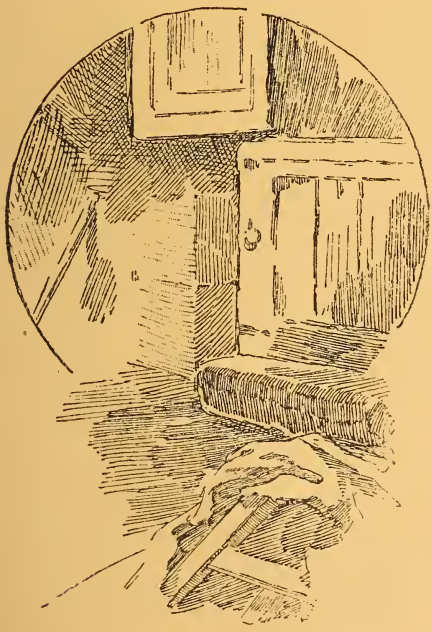
La escena
en último
lejos posi
nos, está
de la izqu
está la po
público.
derecha.

ACTO SEGUNDO

CUADRO TERCERO

EL TERROR

La escena dividida. A la izquierda del actor, una calle estrecha, cortada en último término por un pretil. Sobre éste, hasta perderse lo más lejos posible, una callejuela. La calle, que ocupa los primeros términos, está cortada por otra transversal, á la cual hace esquina la casa de la izquierda. De ésta se ve el patio, junto á cuya puerta de la calle está la portería, que es un cuchitril abierto por la parte que da al público. Al foro, escalera que conduce á los pisos superiores. A la derecha, puerta. Al levantarse el telón empieza á anochecer.



ESCENA PRIMERA

VARIAS VECINAS bajan por la escalera á tiempo que entran desde la calle otras. Algunas hacen calceta.

Música.

UNAS. ¡Felices, ciudadanas!
OTRAS. ¡Fraternidad!
UNAS. ¡Salud!
(En voz muy baja.)

¿En dónde está el portero?
OTRAS. Sin duda se fué al club.
UNAS. Ved, sin embargo, si está;
hay que tener precaución,

no nos denuncie después
el ciudadano Nerón.

VECINAS. (Después de mirar la portería.)
¡No está, no está!
OTRAS. ¡Pues hablemos ya!

—

Ciudadanas, ¿qué sucede,
qué se dice por ahí?
UNAS. Cunde el miedo, y no hay un alma
por las calles de París.
OTRAS. Hoy sin duda por el centro
algo grave sucedió,
pues se nota por el barrio

que en aumento va el terror.
¿Qué ocurre, ciudadanas?
¿Qué pasa por ahí?

UNAS. Se dicen muchas cosas.

OTRAS. Decid. Contad.

UNAS. Oid.

—

(Con misterio.)
Dicen que á todos los girondinos
hoy juzga al cabo la Convención;
su muerte piden los jacobinos,
y nadie espera la absolución.
Danton anoche juró su ruina,
y hoy á los jefes acusará;
tal vez mañana la guillotina
con todos ellos acabará.

TODAS. ¡Qué horror! ¡Mañana la guillotina
con todos ellos acabará!

—

Esto se dice,
esto se cuenta;
poco se sabe,
mucho se inventa.
Lo único cierto
es que hay terror,
y la cosa va
cada vez peor.

—

—Dicen que aumentan los vendeanos,
que ya dominan en su país,
y se asegura que los prusianos
á escape vienen sobre París.

Con las continuas ejecuciones
está aterrada la capital,
y á cientos mandan las delaciones
los jacobinos al tribunal.

—

Esto se dice,
esto se cuenta,
poco se sabe,
mucho se aumenta.
Lo único cierto
es que hay terror,
y la cosa va
cada vez peor.

(Se oyen gritos cercanos, entre los que sobresale éste:)

(¡Mueran los aristócratas! ¡Mueran!)

VECINAS. ¿Oís ese tumulto?
¿Qué pasará?

(Salen todas á la puerta de la calle.)

ESCENA II

DICHAS, JACOBINOS, DESCAMISADOS y MUJERES, que traen en triunfo á SAN MARTIN

JACOBINOS y DESCAMISADOS.

¡Mueran los girondinos!
¡Viva Marat!

—

(Las vecinas, al verlos, vuelven á entrar en el patio asustadas. El coro conduce á San Martín hasta la puerta de la casa.)

CORO. Aquí va la esperanza
de la nación.
¡Abajo los exnobles!
¡Viva Nerón!

(San Martín entra en el patio, seguido del coro.)

S. MART. El pueblo se corona en mi cabeza,
dijo Marat, ciñéndose el laurel;
yo esta ovación en nombre de la patria
acepto como aquél.

—

Mil gracias, ciudadanos,
si el triunfo conquisté,

la nueva idea en cambio
popularizaré.

—

CORO. Si logra su elocuencia
el triunfo conquistar,
la nueva idea en cambio
popularizará.

—

S. MART. Yo quiero ver cien nobles
colgados de un farol,
racimo que en un día
vendimie la nación.
Yo soy descamisado,
yo quiero la igualdad:
si yo no tengo nada,
que nadie tenga más.

—

¡Muerte y exterminio
haya por doquier;
sangre y degollina,
ese es mi placer!

—

CORO. ¡Muerte y exterminio! etc.

—

S. MART. El pensamiento libre
proclamo en alta voz,
y muera quien no piense
igual que pienso yo.
De todo jacobino
que anhele aquí vencer,
fraternidad y palo
la enseña debe ser.

¡Muerte y exterminio! etc.

—

CORO GENERAL.

¡Muerte y exterminio! etc.

Hablado.

CIUD. 1.° Bien, ciudadano Nerón.
¡Tú serás otro Marat!
CIUD. 1.ª ¡Si hubiera muchos patriotas
como tú!
S. MART. ¡Sí: pocos hay!
Aquí, para que la cosa
marche bien, hay que cortar
lo menos dos mil cabezas
diarias. (No he dicho más
porque no se me ha ocurrido)
CIUD. 1.ª ¡Esa es la pura verdad!
CIUD. 2.ª Quedan muchos aristócratas
que son el foco del mal.
CIUD. 2.° Y realistas á millares.
CIUD. 1.° Hoy se ha logrado escapar
un sacristán que anda oculto,
pero ya aparecerá;
en cuanto le eche la garra,
va derecho al tribunal.
S. MART. ¡Sacristán! ¡Gente de Iglesia!
¡Se le debe despreciar;
dejadle!
CIUD. 1.° (Amenazador.) ¡Cómo! ¡Tú dices
que se deje en libertad
al sacristán de un convento

de monjas!

S. MART. ¿De monjas? ¡Ah!
¡De monjas! ¡Era de monjas!
Entonces no hablemos más:
merece la guillotina:
había entendido mal.
¡Desolación y exterminio!
¡Que no quede un sacristán!

TODOS. ¡Bien!

S. MART. (¡Perdone mi cofrade,
no sirve mi voluntad!)
Conque, ciudadanos, yo
aún tengo que redactar
una moción para el club,
y va siendo tarde ya.

CIUD. 1.° Sí: nosotros nos marchamos
á la Convención.

S. MART. Si hay
alguna cosa importante,
ya lo sabéis, avisad.
¡Y mañana á la sección,
y cuidado con faltar!

CIUD. 1.° Buenas noches, ciudadano.

S. MART. Salud y fraternidad.

(Sale el Coro á la calle.—Las vecinas, como atemorizadas, suben por la escalera á sus habitaciones.)

Música.

CORO. (Alejándose.)
El pueblo sus cadenas
ha roto ya.
¡Mueran los girondinos!
¡Viva Marat! (Vase por el foro.)

ESCENA III

SAN MARTIN solo, después de ver si hay alguien.

¡Basta, basta de ficción!
Nadie ya me puede ver;

ya puedo dejar de ser
el ciudadano Nerón.
Mi apacible condición
á solas no he de ocultar.
¡Quién había de pensar
que el beato San Martín

llegaría á ser al fin
un ídolo popular!

—

Yo que no tengo valor
para matar un mosquito,
así que levanto el grito
infundo á todos horror.
Se me nombra con temor,
y aquél que se atreve á más,
solamente por detrás
me señala con el dedo;
y estando muerto de miedo,
soy terror de los demás.

—

De todos los oradores
yo soy quien logra obtener
más aplausos, al hacer
proyectos aterradores.
Mas de predicar horrores
y absurdos continuamente,
tan turbada está mi mente,
que anoche, mientras dormía,
soñaba que me comía
á una vecina de enfrente.

—

Soy odiado, soy temido,
y adquiere fama mi nombre.
Señor, seré yo un gran hombre
sin haberlo conocido?
No: yo no soy presumido!
la gloria no me cegó,
y cien veces me ocurrió

al verme aplaudido así,
"¡cuántos habrá por ahí
que harán lo mismo que yo!„
(Entra en la portería.)

—

(Bostezando.)
¡Qué sueño tengo!—Este afán
continuo rinde á cualquiera.—
(Se sienta en el tablado.)
¡Si esa gente descubriera
que yo he sido sacristán!...
¿Cómo no adivinarán
que soy un hombre de bien?
Tienen ojos, y no ven,
pero esto viene en mi auxilio.
(Santiguándose.)
In nomine Patri et Filio
Spiritu Sancto, amén.
(Se echa y duerme.)

ESCENA IV

Música en la orquesta.

Aparecen por el foro, en lo alto del pretil, ROUGET, MAGDALENA y la MARQUESA, vestidas como del pueblo bajo. Esta con una gran escarapela tricolor en la cabeza.

MARQ. Nos sigue un hombre, Rouget.
ROUGET. Silencio, y andad de prisa.
(Por el mismo sitio aparece también Renard.)
¡Una patrulla! Ocultémonos,
MARQ. Pero... ¿dónde?

ROUGET. Aquí, en seguida.

(Se ocultan en el umbral de una puerta: Renard hace lo mismo en la esquina del tercer término derecha. Sale por la derecha una patrulla de Guardias nacionales, que se detiene al oir la patrulla de seccionarios, que sale por la izquierda. Ambas, al verse, preparan las armas.)

GUARD. ¿Quién vive?

SEC. ¡Sección del Templo!

GUARD. Ve si tiene la consigna, (A uno de la patrulla.) ciudadano.

CIUD. (Acercándose al seccionario que avanza.)

¡Fuerza!

SEC. Unión.

CIUD. Bien.—¡Viva la Común!

TODOS. ¡Viva!

(Los seccionarios suben por el pretil, y los guardias se marchan por la izquierda.)

ROUGET. (Después de verlos desaparecer.)

No hay nadie; podéis salir.

MARQ. Os digo que nos seguía
un hombre.

ROUGET. ¡Callad ahora!

MARQ. (¡Uf! ¡Qué barrios! ¡Me horripilan!)

(Renard, que les ha seguido, al ver que se detienen ante la casa, se oculta tras de la esquina, asomando un momento la cabeza.)

MARQ. ¿Es esta la casa?

ROUGET. ¡Sí!

(Abre con llave la puerta. Entran.)

Mirando á lo largo de la calle.)

Sin duda perdió la pista. (Cierra la puerta.)

RENARD. (Mirando la casa.)
Me basta. Ya habéis caído.
No olvidaré la guarida.
(Vase rápidamente por el pretil. Cesa la música.)

ROUGET. (Acercándose á la portería.)
¡Ciudadano! ¡Ciudadano!
No hay nadie en la portería
sin duda, mas vendrá pronto:
habrá ido á adquirir noticias.

MARQ. Pero nuestra habitación,
¿cuál es?

ROUGET. No sé: prevenida
desde hoy al anochecer
me dijo que la tendría,
y es necesario esperar
hasta que venga, y nos diga

cuál es.—Aquí mientras llega
podéis descansar tranquilas.

MARQ. ¿Y quién es el cariñoso
protector que nos auxilia?

ROUGET. San Martín.

MARQ. ¡Cómo! ¡Es posible!

ROUGET. ¡Silencio!

MARQ. ¡Oh alma bendita!
¿Conque está en París el pobre?
¡Y yo que no lo sabía!
¡Es un santo! ¡No sé cómo
no ha ido ya á la guillotina!

ROUGET. ¡Ya lo sabréis!—Magdalena,
cálmate ya, no te aflijas.
Vuelva yo á ver en tus ojos
reflejarse la alegría.

MAGD. ¡Ay, Rouget! Ya no es posible:
murió para mí la dicha.

ROUGET. ¡Te lo ruego por mi amor!

MAGD. Pues qué, ¿sin él viviría?
Un año lejos de ti,
se ha sostenido mi vida
no más que con la esperanza
de volver á verte un día.

ROUGET. Pues bien, ya estoy á tu lado:
refiéreme tus desdichas,
y únanse para llorarlas
tus lágrimas y las mías.

MAGD. Rouget, desde que marchaste
á la guerra, sin noticias
tuyas, creyéndote muerto,
viví en constante agonía.

La revolución creciente
desencadenó sus iras.
Yo temblaba por mi padre,
que en vano evitar quería
los excesos de la plebe,
más y más enardecida
cada vez contra los nobles
que aún en la ciudad vivían.
A muy poco tiempo fué
denunciado por realista
y conducido á París.
Preso él ya, ¿quién detenía
en su vértigo insensato
á la plebe enfurecida?
¡Nadie! —¡Entre aquella marea,
que por momentos subía,
nos vimos amenazadas
de muerte nosotras mismas,
y una noche entre las turbas
huímos despavoridas
al resplandor de la hoguera
de mi palacio que ardía!
Vinimos á París. Yo,
confiando en la justicia
del tribunal, esperaba
que á mi padre absolvería.
¿Cómo suponer que fuese
una delación inicua
bastante para cambiar
tan pronto al ídolo en víctima?

MARQ. Y, sin embargo, así fué.

MAGD. ¡Las dos, al siguiente día

de hallarnos aquí, le vimos
morir en la guillotina
al son de tu himno! ¡De aquél
que á instancia suya escribías
hace un año, y que cantabas
el día de tu partida!

MARQ. ¡Dichosa canción! A mí
me causa espanto el oirla. (Sentido.)

MAGD. ¡Sin duda no morí entonces,
porque hasta odiaba la vida,
y Dios me quitaba sólo
aquello que yo quería!

ROUGET. ¡Qué horror!

MAGD. Desde aquel instante
en agitación continua,
llevando nombres supuestos
para no ser perseguidas,
y temiendo una denuncia
si alguno nos conocía,
hemos vivido seis meses
eternos, sobrecogidas
de terror, con la amenaza
de la muerte á nuestra vista.

MARQ. ¡Ay! ¡Hemos sufrido mucho!
¡Rebajadas, confundidas
con la canalla, cosiendo
para pasar por modistas,
dejándonos tutear
por la gente más indigna,
llamándome *ciudadana*,
que es lo que más me horroriza!...
Os juro que muchas veces

casi he estado decidida
á exclamar á voz en grito,
denunciándome yo misma:
¡he sido, soy y seré
aristócrata y realista!
¡Muera la revolución
y viva la monarquía!

ROUGET. ¡Prudencia! ¡Por Dios!

MARQ. Al fin
he logrado hacer de tripas
corazón, y eso tal vez
nos ha salvado la vida.
Me he puesto la escarapela
tricolor: ¡ved qué bonita!
Y hoy os dirá todo el mundo
que soy una jacobina
descamisada. Y en esto
no mienten los que lo digan;
que entre unos y otros al fin
me han dejado sin camisa.

ROUGET. Al escuchar el relato
de todas vuestras desdichas,
veo que no fué conmigo
la desgracia tan impía.
Desde que lejos de ti,
pisando tierra enemiga
fuí soldado de la patria
del Rhin en la opuesta orilla,
la vida del campamento,
el peligro y la fatiga,
todo, prestaba á mi sér
nuevo aliento y nueva vida,

y con tu amor por escudo
valeroso combatía.
Cien veces al són del himno
que hoy en tus oídos vibra
como un cántico de muerte,
nuestras huestes decaídas
por el cansancio, se alzaron
poderosas á mi vista.
Entonando con voz ronca
las estrofas aprendidas
entre el fragor incesante
de aquella lucha continua,
los soldados fueron héroes,
y al pelear *parecía*
que el corazón de la patria
palpitaba en nuestras filas (1).
Mi canción daba al soldado
con sus frases vengativas,
¡en la derrota, consuelo,
en la victoria, alegría!
Ya desbandado el ejército
cuando la traición inicua
de Dumouriez, yo rompí
el acero que ceñía.
Fuí presuroso á Strasburgo,
procuré adquirir noticias
vuestras, pero inútilmente;
y cuando casi perdida
la esperanza de encontrarte
mi ánimo desfallecía,

(1) Lamartine.—*Los Girondinos.*

Dios te puso en mi camino.
¡Sea mil veces bendita
la hora en que mis ojos vuelven
á ver tu imagen querida!

MAGD. Y... ¿aquella mujer?

ROUGET. ¡Quién! ¿Flora?
No sé si está muerta ó viva. (Con emoción.)

MAGD. Es posible.—¿No está aquí?

ROUGET. Tres meses ha cayó herida
en el campo, y prisionera
de las tropas enemigas.
Ignoro cuál fué su suerte
después.

MAGD. ¡Infeliz!

ROUGET. ¡Es digna
de compasión!

MAGD. La perdono.
Su delito consistía
en amarte, y para mí
sólo esto la justifica.

S. MART. (Soñando.) *Et cum spiritu tuo.*
(Despertando sobresaltado.)
¡Eh! ¿Quién es?—¡Qué pesadilla! (Sentándose.)
¡Si alguien me ha oído!... Soñaba
que estaba ayudando á misa. (Se levanta.)

ROUGET. ¿Habéis oído?—Parecē
que hay gente en la portería. (Acercándose.)
Ciudadano.

S. MART. ¿Quién me llama? (Ciñéndose el sable.)
¡Voy!

ROUGET. ¡Es él! (A la Marquesa y Magdalena.)

S. MART. ¡Voy en seguida!

ESCENA V

DICHOS, SAN MARTIN

S. MART. (Saliendo.) ¿Quién es?
MARQ. ¡San Martín!
S. MART. (Cogiéndola violentamente por un brazo.) ¡Chitón!
¡San demonio!
MARQ. ¿Qué tenéis?
S. MART. Me llamo, no lo olvidéis,
el ciudadano Nerón.
MARQ. (Aterrada.) ¡Cómo! ¡Seréis vos!...
S. MART. ¡Sí, tal!
¡El mismo!
MARQ. (¡Cómo ha cambiado!)
S. MART. El primer descamisado
de toda la capital.
Yo soy Nerón, pero en todo,
y como él matando vivo.
MARQ. (¡Dios nos valga!)
S. MART. Y os prohibo
que me llaméis de otro modo.
MARQ. (¡Dios mío, si éste es otro hombre!)
S. MART. ¿Oís?
MARQ. Así os llamaré
San... Nerón —Pero, ¿por qué
habéis cambiado de nombre?
(Tímidamente y con mucho sigilo.)
S. MART. ¡Qué pregunta, voto á tal!
¿Pues no sabéis, ignorante,
que hemos dejado cesante

á la corte celestial?
Hoy, todo buen ciudadano
que es enemigo del trono,
elige por su patrono
á un héroe griego ó romano.
Yo tengo entre los vecinos
de la casa, Cicerones,
Calígulas y Catones,
y Rómulos y Tarquinos.
Hay Lucrecias y Sabinas
y Aquiles, y Horacios Flacos,
y dos madres de los Gracos
y tres ó cuatro Agripinas.
Y un Scipión, y un Marcial,
un Scévola, un Severo,
dos Brutos en el tercero
y tres en el principal.

MARQ. ¡Ah! ¡Todo ha cambiado, sí!

S. MART. Y es raro que lo extrañéis;
vos misma ya no seréis
la marquesa de Valmy.

MARQ. ¡Callad! ¿Qué he de ser? Yo soy
la ciudadana Isidora,
costurera y planchadora.

S. MART. (Riendo.) ¡Lo que va de ayer á hoy!
(Transición.) Bien, pues como he dicho ya
al ciudadano Rouget,
yo en esta casa os tendré
y nadie os molestará.

MAGD. ¡Gracias!

S. MART. Con la condición
de verme solo y hablarme

como portero, y llamarme
el ciudadano Nerón.

MARQ. Está bien.

S. MART. Y procurad
al hablar de ciertas cosas,
el no haceros sospechosas
á nadie en la vecindad.
No vayan á descubrir
quiénes sois á lo mejor,
y por hacer un favor
me den á mí que sentir.

MAGD. Podéis estar descuidado:
temerosas de inspirar
sospechas, casi á no hablar
nos hemos acostumbrado.

ROUGET. (Con ironía.) La libertad conseguida
por el pueblo es tan completa,
que una palabra indiscreta
hoy puede costar la vida.

S. MART. ¿Queréis libertad mayor?

ROUGET. Mucho mayor la anhelaba,
que la libertad acaba
en donde empieza el terror.

S. MART. Es que por diversos modos
y esperando impunidad...

ROUGET. ¡No la llaméis libertad
si no es igual para todos!
De estar sujeta á la ley
de la infame tiranía,
yo nunca preferiría
la de un pueblo á la de un rey.
Y no es que al Monarca inmolo

la fe que en mis venas arde,
es que, al menos, no es cobarde
cuando la ejerce uno solo.

S. MART. ¡Os escucho con sorpresa!

ROUGET. No sé por qué, ciudadano.

S. MART. ¡Así habla el *republicano*
autor de la *Marsellesa!*

ROUGET. ¡Mi himno no se llama así!

S. MART. ¡Cómo!

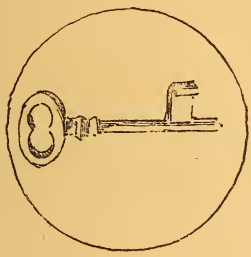
ROUGET. Al ser envilecido
ese canto, hasta ha perdido
el nombre que yo le dí.
¿Marsella con qué razón
á apropiárselo se atreve?
Mi canto llamarse debe
el canto de la Nación.—
Vengo de oirlo entonar
al soldado que pelea,
cantando un himno á la idea
que le impulsa á pelear.
Y veo aquí con dolor
que ese canto que ha animado
en la batalla al soldado,
es el himno del terror.
Yo en esa canción querida,
que oigo profanar ahora,
forjé un arma vengadora,
pero no un arma homicida.
Aquí sembrando el espanto
marchan hordas de bandidos
al compás de los sonidos
de ese patriótico canto,

y á la par que lo profieren,
en el crimen se desatan:
aquí cantándolo matan,
y allá cantándolo mueren.
Siempre suena para mí
allí alegre, aquí sombrío:
¡aquél es el canto mío,
no el que entonan los de aquí!

S. MART. ¡Silencio!

ROUGET. ¡Tenéis razón!
Alguien nos puede escuchar.—
Creo que debéis entrar
en la nueva habitación.

S. MART. (Dirigiéndose á la portería.)
Voy por la llave.



ROUGET. Yo os ruego
me dejéis la de la puerta
de la calle, por si acierta
á serme precisa luego.

S. MART. ¡Llevadla!
(Entra en la portería y coge la otra llave.)

MAGD. ¿Te marchas?

ROUGET. Sí:

pero acaso volveré:
si noto alarma, vendré
á pasar la noche aquí;
mas si no hay agitación...

MAGD. ¡No salgas! Me infunde miedo
verte marchar.

ROUGET. Hoy no puedo
faltar á la Convención.
(En voz baja para que no se entere San Martín.)
Si el partido girondino
logra esta noche salvarse,
¡quién sabe! ¡Puede esperarse
que cambie nuestro destino!

MARQ. (¡Dios lo quiera!)

ROUGET. ¡Hasta mañana,
Magdalena!

MAGD. ¡Adiós, Rouget!
Ven temprano.

ROUGET. Sí vendré.
(A la Marquesa.)
¡Buenas noches... ciudadana!
(Sale á la calle, después de cerciorarse que nadie le ve. Vase por la izquierda.)

ESCENA VI

DICHOS, menos ROUGET

S. MART. Voy á coger el farol. (Lo descuelga.)
Vamos.—Veréis qué cuartito:
no es que sea muy bonito,

pero es claro como un sol.

MARQ. ¡Gracias!

S. MART. Y al menos podréis
tranquilas en él estar.

MAGD. ¡Cómo os podremos pagar
el favor que nos hacéis!

S. MART. Ya os he dicho lo que quiero:
(Abriendo la puerta derecha.)
hablar poco, y se acabó.
¡Pasad! (Cediéndoles el paso cortésmente.)
(Entra Magdalena.)
(¡Ya olvidaba yo (Transición.)
mi papel!
(Entra antes que la Marquesa, impidiéndole el paso.)

MARQ. ¡Habrá grosero! (Entra.)

ESCENA VII

FLORA baja por el pretil, como reconociendo el sitio.

Música.

Esta es la calle,
no hay duda, no.

Este es el sitio
que me indicó.
¡Renard me jura
que vió á los dos!...
Celoso acaso
se equivocó.

—

Goce mi alma,
no más recelos;
ceda un instante
mi agitación.
¡Basta de duda,
duerman los celos
en lo profundo
del corazón!

—

Voy á verle, ¡Dios mío!
¡Qué más dulce placer!
¡Voy al fin en sus ojos
á mirarme otra vez!

—

Si él á mi acento enamorado
con tierna voz responde ya,
¡oh qué feliz seré á su lado!
¡cuánta ventura me dará! (Transición.)
Mas si otra vez su pecho yerto
se muestra duro á mi dolor,
seré leona del desierto
que ruge fiera por su amor.

ESCENA VIII

DICHA y RENARD, después SAN MARTIN.

Hablado.

RENARD. ¡Flora!

FLORA. ¡Renard!

RENARD. (Señalando la casa.) ¡Aquí es!

FLORA. ¡Qué feliz casualidad!
Ahí habita el ciudadano
Nerón.

RENARD. ¿Le conoces?

FLORA. ¡Ah!
Más de lo que él se figura.
En nuestras manos están:
ahora te respondo de ello.
(Queda como pensando.)

S. MART. (A la Marquesa, que la acompaña hasta la pue ta.)
¡Cuidado con olvidar
lo dicho!

MARQ. No lo olvidamos.

S. MART. ¡Salud y fraternidad!

MARQ. (¡Y un demonio que te lleve!) (Cierra la puerta.)

FLORA. (Dirigiéndose á la puerta.)
Sí: lo mejor es llamar:
él debe estar á estas horas.

RENARD. ¿Qué intentas?

FLORA. ¡Ya lo verás! (Da dos aldabonazos.)

S. MART. (Que da un salto al oir los golpes.)
¡Jesús! ¡Qué susto me han dado!
Ahora ¿quién diablos será?
¿Quién es? (Con voz muy ronca.)

FLORA. Una ciudadana
que quiere hablarte.

S. MART. ¡Allá van!

¡Siempre será una oradora
de la sección, que vendrá
á consultarme, de fijo,
alguna barbaridad!
Esto de ser hombre público
es lo más pesado y más... (Abre la puerta.)
¡Adelante!

FLORA. ¡Buenas noches!
Entra tú también, Renard. (Entran los dos.)

S. MART. Ciudadanos, poco á poco. (Deteniéndoles.)
Ante todo, ¿á quién buscáis?

FLORA. Al ciudadano portero.

S. MART. Yo soy. ¿Qué queréis?

FLORA. Hablar.
¡Cierra la puerta!

S. MART. Es que yo
tengo prisa.

FLORA. Dejarás
todo en cuanto yo te diga
dos palabras.

S. MART. (Después de empujar la puerta.) Dílas ya.

FLORA. Te conozco. (En voz baja.)

S. MART. (Asustado.) ¿Eh?

FLORA. (Riendo.) ¿Qué te pasa?

S. MART. No... ¡nada! (¡Qué atrocidad!
¡Iba á venderme!)

FLORA. Parece
que te has alterado.

S. MART. ¡Bah!
¡Pues me gusta! ¿Por qué causa?
Si me conoces, sabrás
que soy Neron, el amigo,

el émulo de Marat.

FLORA No es eso.

S. MART. ¡Cómo, es gracioso!
¡Si me vendréis á probar
que yo no soy yo!

FLORA. No es eso.

S. MART. Entonces...

FLORA. Ya entenderás.
(En voz muy baja.)
¡Yo te conozco hace mucho!

S. MART. ¡Mentira!

FLORA. Cierto.

S. MART. (Más alterado.) No hay tal.
¡Yo no tengo conocidos
de antes!

FLORA. No hay por qué gritar:
te importa hablar en voz baja.
Ese no lo sabe. (Por Renard.)

S. MART. (Tranquilizándose algo.) (¡Ah!)
Pues bien, ¿de qué me conoces?

FLORA. ¡De cuando eras sacristán!

S. MART. ¡Yo!

FLORA. (Subiendo la voz.) ¡Sacristán de las monjas
Teresas!

S. MART. (Aterrado.) ¡Por Dios! ¡Callad!

FLORA. (En voz baja) Ya ves cómo te conviene
que hablemos bajito.

S. MART. (¡Ay!
yo no sé lo que me pasa;
yo me voy á desmayar.)

FLORA. Tranquilízate: no vengo
á causarte ningún mal.

S. MART. ¡Muchas gracias!
FLORA. Mas no ignores
que te puedo denunciar...
S. MART. ¡Por Dios!
FLORA. Y que denunciado,
te guillotinan, y en paz.
S. MART. Disponed de mí al momento,
que yo haré cuanto queráis.
FLORA. Bien, poco á poco.—Tú sabes
la pena que el *tribunal*
revolucionario impone
al que se atreve á ocultar
á un *exnoble*.
S. MART. (¡San Gervasio!)
FLORA. Sé que en esta casa están
ocultas dos aristócratas
S. MART. (¡Infelices!)—¡No es verdad!
FLORA. La hija del Barón Dietrich,
guillotinado poco ha,
y su tía.
S. MART. (¡Esta mujer
lo sabe todo!)
FLORA. Además,
está aquí Rouget de L'Isle,
girondino, excapitán
de ingenieros...
S. MART. No, no es cierto:
ese os juro que no está.
FLORA. Es inútil que lo niegues:
yo misma le he visto entrar.
S. MART. No vive aquí, se ha marchado:
lo juro.

FLORA. (Con interés.) ¿Y no volverá?
¿Dónde ha ido?
S. MART. No lo sé.
Quedó en venir á pasar
la noche aquí, si notaba
alguna intranquilidad;
si ocurría alguna cosa
muy grave.
FLORA. Entonces vendrá.
S. MART. ¿Pues qué hay? (Agitado.)
FLORA. En la Convención
acaban de condenar
á veintidós girondinos,
que mañana morirán.
S. MART. (¡Qué horror!)—¡Me alegro! Yo soy
patriota como el que más.
FLORA. (¡Animal!) (Dirigiéndose hacia Renard.)
S. MART. ¿Eh? (Me parece
que me ha llamado animal.)
FLORA. (A Renard.) (¿Quieres hablarle?)
RENARD. (¡Sí quiero!
¡Por última vez!)
FLORA. (¿Estás
decidido á todo?)
RENARD. (A todo.)
FLORA. ¡Ciudadano!
S. MART. ¿Qué mandáis?
FLORA. ¿Dónde están esas mujeres?
S. MART. En ese cuarto.
FLORA. Pues vas
á hacer que salga la joven:
éste le tiene que hablar.

S. MART. ¿Y quién digo que la llama?
FLORA. Cuando salga lo verá.
Tú esperas dentro á que vuelva.
S. MART. Pero...
FLORA. ¡Silencio!
S. MART. (No hay más:
me cogieron en la red
y no me puedo escapar.)
(Dirigiéndose al cuarto de Magdalena.)
FLORA. (A Renard.) Por si acaso Rouget vuelve
mientras vosotros habláis,
yo te esperaré en la calle.
RENARD. Bueno.
FLORA. ¿No vacilarás?
RENARD. ¡Mía ó de la guillotina!
Lo juro á fe de Renard.
(Sale Flora á la calle.)
S. MART. (Dando golpes á la puerta.)
¡Ciudadanas! ¡Ciudadanas!
¡Se habrán acostado ya.!
MARQ. (Dentro.) ¿Quién es?
S. MART. Abrid al momento.
(La Marquesa abre, y entra San Martín.)
RENARD. (Deseo y dudo á la par.)

ESCENA IX

FLORA, en la calle; RENARD, en el patio; luego MAGDALENA, que se detiene al ver á Renard.

Música.

MAGD. ¡Renard! (¡Dios mío!)

RENARD. El mismo soy.
Hablarte quiero.
MAGD. (¡Perdida estoy!)

—

RENARD. ¿Pensaste acaso
que, huyendo así,
no lograría
llegar á ti?

—

Yo de tu paso
la huella sigo,
siempre anhelante,
lleno de afán;
que á mi alma, dura
como el diamante,
atrae tu dulce
mágico imán.
y aunque siempre insensible á mis quejas
no ves mi dolor,
cuanto más de mi lado te alejas
más crece mi amor.

—

MAGD. Basta, que en vano
con voz amante
queréis el odio
disimular;
ni ayer altivo
ni hoy suplicante,
de mí el cariño
podréis lograr.
Es inútil robarme la calma
con vuestro rigor:

ya sabéis que mantiene mi alma
la fe de otro amor.

—

FLORA. (Si antes altiva
luchó constante,
hoy al peligro
sucumbirá.
Renard al cabo
será su amante,
y mi venganza
se cumplirá.
Verla logro sufrir de la pena
el fiero rigor:
para mi alma, que el odio envenena,
no hay goce mayor.)

—

MAGD. Ya sabéis que mantiene mi alma
la fe de otro amor.

—

RENARD. ¡Oh, sí! mas juro
que ya de hoy más
tu amor, impía,
no gozaras.
Sé que tu amante
por fin te halló;
¡mas vuestra unión ansiada
sabré impedirla yo!

—

Cese tu desdén, cese tu desvío:
ya no guardo amor en el pecho mío;
ya no soy aquel desdeñado amante
que escuchó tu voz muda y anhelante;

que miraba en ti su ángel salvador,
que llegaba aquí mendigando amor.
No soy el loco que amor demanda,
víctima ciega de tu rigor;
soy el que exige, soy el que manda,
¡soy dueño tuyo, soy tu señor!

—

Hoy en mis manos
tu vida está.
Con el desdén la muerte
buscando vas.

—

Dame á lo menos
para mi amor
una esperanza sola.

MAGD. ¡Mil veces no!

—

RENARD. La suerte de tu amante
por fin se decidió;
terrible mi venganza
caerá sobre los dos.

—

Cese tu desdén, cese tu desvío:
ya no guardo amor en el pecho mío:
ya no miro en ti mi ángel salvador,
ya no llego aquí mendigando amor.

MAGD. (¡Ten de mí piedad, solo en tí confío:
sálvale, Señor, sálvale, Dios mío;
caíga sobre mí todo su furor,
líbrese Rouget, sálvese mi amor!)

FLORA. (Si hoy por el terror cesa su desvío,
duda ya no habrá, siendo el triunfo mío:

yo por fin seré dueña de su amor,
yo sabré calmar todo su dolor!)
(Magdalena entra rápidamente en su habitación.)

ESCENA X

DICHOS, menos MAGDALENA

Hablado.

RENARD. ¡Oh! Ya no debo abrigar
ni la más leve esperanza.
¡Consuéleme la venganza
si me puede consolar!
¡Pobre de ti!—¡Flora! ¡Flora!
FLORA. (Entrando.) ¿Qué pasa? ¿Qué ha respondido?
RENARD. Que no.
FLORA. ¿Y estás decidido
á denunciarla?
RENARD. Sí: ahora.
Si no, mi odio desfallece,
y, á mi pesar, considero
mucho más lo que la quiero,
que lo que ella me aborrece.
Este corazón maldito
temo que me haga traición.
FLORA. ¿Sabes que la delación
tiene que ser por escrito?
RENARD. Sí.

ESCENA XI

DICHOS, SAN MARTIN

FLORA. ¡Ciudadano portero!

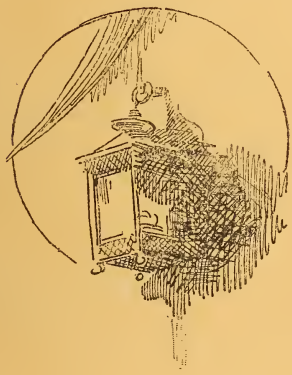
S. MART. (¡Dios mío, aún están aquí!)
¿Qué mandáis?

FLORA. ¿Hay por ahí
pluma, papel y tintero?

S. MART. Entrad en la portería!
(Dirigiéndose hacia la escalera.)

FLORA. ¿Dónde vas?

S. MART. A descolgar
el farol para alumbrar.



FLORA. ¡Ah! Bueno.

S. MART. (¡Virgen María!)
(Descuelga el farol y entra en la portería.)

RENARD. (¿Y ha de quedar libre él
cuando lo tengo en mi mano?)

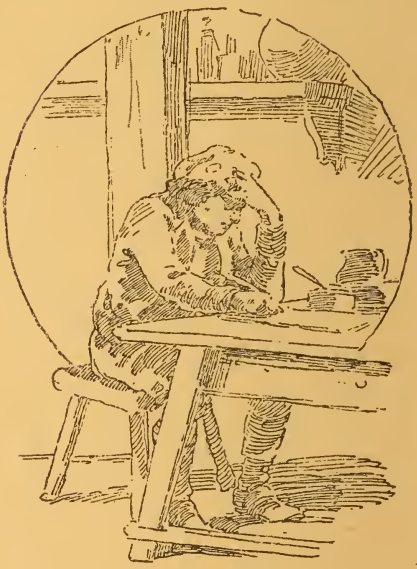
S. MART. Aquí tienes, ciudadano,
pluma, tintero y papel.

RENARD. (Sentándose á escribir.)
(¡Si á ella salvarla no puedo...

mueran los dos!) (Escribe.)

S. MART. ¡Si pudiera ver lo que escribe siquiera! (¡Estoy temblando de miedo!)

(San Martín procura ver lo que Renard escribe.)



RENARD. ¿Qué te importa lo que escribo?

S. MART. (Separándose.) ¿A mí?—Nada. (Pues, señor, esto aumenta mi temor.) (¡Ay, yo no sé cómo vivo!)

RENARD. Ya está.—Voy al comité.

FLORA. Yo me quedo, por si él viene.

RENARD. Vendrá, ¿pues qué duda tiene? (A San Martín.) ¿Dijiste antes que Rouget vendría esta noche?

S. MART. Sí;
él dijo que si ocurría
algo grave, volvería
á pasar la noche aquí.

FLORA. (A Renard.) Oye, podéis ir los dos.
No vaya á avisarlas.

RENARD. Cierto:
ven conmigo. (A San Martín.)

S. MART. (¡Ya soy muerto!)
¿Dónde?

RENARD. ¡Al Comité!

S. MART. (A Flora.) ¡Por Dios!

FLORA. No temas: te he dicho ya
que contigo no va nada.
Es con *ella*.

S. MART. (¡Desgraciada!)

RENARD. Andando.

S. MART. Vamos allá.

(Salen á la calle y suben por la callejuela.)

ESCENA XII

FLORA, que se ha quedado sombría meditando.

(De pronto) ¡Vamos, que no estoy tranquila!
Está visto: me ha hecho Dios
para luchar con nobleza,
de frente, á la luz del sol.
Casi casi me arrepiento
de haberle ayudado yo.
Esto al fin y al cabo es
una infame delación.
(Sale Rouget por donde entró antes)
Pero alguien viene... ¿Será?...
¡Él es! ¡Ya no dudo, no!
Son sus pasos, que resuenan
dentro de mi corazón.

ESCENA XIII

FLORA y ROUGET, que entra en el patio

Música.

FLORA. ¡Rouget!
ROUGET. ¡Qué veo! ¡Flora!
FLORA. ¡Yo misma, yo!
ROUGET. ¡Tú aquí!
¿Qué buscas? ¿Qué pretendes?
¿Qué quieres? Pronto, di.
FLORA. ¡Qué busco! ¡Qué pretendo!

—¡Ni una palabra más!
¡Sólo sorpresa y duda!
¡Sólo temor quizá!
¡Ah!

—

Lejos de ti, y herida y prisionera
sólo el afan de verte junto á mí,
fué mi sostén, y alegre y placentera
muda al dolor tranquila resistí.
¡Y hoy que por fin mi anhelo
puedo lograr,
ni una mirada tuya
calma mi afán!

—

ROUGET. Siempre sintió cariño el alma mía
y gratitud y afecto para ti:
verte feliz mi corazón ansía:
la ingratitud no cupo nunca en mí.
Di qué deseas, pide,
dímelo ya:
siempre á tu voz dispuesto
me encontrarás.

—

FLORA. ¿Qué he de querer
yo para mí?
Vengo á salvarte,
vengo por ti.

—

De muerte amenazados
están los girondinos;
hoy mismo á ti con ellos
tal vez te buscarán:

huyamos de la muerte
que te amenaza impía;
huyamos hoy; mañana
remedio ya no habrá.

—

Yo puedo hacer que hoy mismo
ganemos la frontera,
y lejos de la patria
ingrata para ti,
tranquilos viviremos,
y siempre y donde quiera
una sumisa esclava
encontrarás en mí.

—

ROUGET. ¡Marchar! ¡Sin ella!—¡Nunca!
no digas más:
¡yo lejos... ella sola!
¡Eso, jamás!

—

FLORA. Tu vida amenazada
me llena de terror;
desoye la llamada
de ese funesto amor.

—

ROUGET. En vano suplicante
me rogarás;
yo al riesgo abandonaría,
¡eso, jamás!

—

CORO. (Lejano. *Çà irà!*)
¡Ah, bien va! ¡Bien va! ¡Bien va!
¡A colgar realistas de los faroles!

¡Ah, bien va! ¡Bien va! ¡Bien va!
¡Todos los que caigan se colgarán!

FLORA. Pues bien, ¡ingrato, escucha!
¡Escucha, y tiembla ya!
¡La voz del pueblo es esa,
que ciego viene acá!

CORO. (Lejano. *Çà irà!*)
¡Ah, bien va! ¡Bien va! ¡Bien va!
¡A colgar realistas de los faroles!
¡Ah, bien va! ¡Bien va! ¡Bien va!
¡Todos los que caigan se colgarán!

—

FLORA. Rugientes se aproximan
buscando á esa mujer;
si acaso aquí te encuentran,
te prenderán también.

ROUGET. ¿Has dicho que la buscan?

FLORA. ¡Por ella vienen, sí!

ROUGET. ¡Infame! ¡Ya comprendo!
¡Apártate de mí!
(Rechazándola duramente.)
De tu voz el satánico acento
cambia en odio mi afecto hacia ti.
¡Ah! ¡Maldigo el infame momento
en que noble tu pecho creí!

FLORA. ¡La verdad á tus ojos presento;
el peligro llegó para ti!
¡No desoigas altivo mi acento,
que á la muerte te entregas así!
(La rechaza, haciéndola caer al suelo, y se dirige á la habitación de Magdalena. Llama y entra.)

ESCENA ULTIMA

DICHOS, SAN MARTIN, RENARD, un COMISARIO, GENDARMES, SECCIONARIOS, FURIAS DE LA GUILLOTINA, DESCAMISADOS, ETC., ETC.

Gran masa de gente que va llenando la calle y el pretil. Algunos traen hachas de viento. Otros con armas. Varios chicos que, armados con piedras, las hacen sonar á compás del canto. Las vecinas se asoman al corredor.

CORO GENERAL

¡Ah, bien va! ¡Bien va! ¡Bien va!
¡A colgar realistas de los faroles!
¡Bien va! ¡Bien va!

—

Dos aristócratas
van á prender,

¡buen espectáculo
vamos á ver!

—

¡Ah, bien va! etc.

(Las turbas, precedidas del Comisario, Renard y San Martín, entran en el patio. Abrense las ventanas de las casas, asomándose por ellas algunos vecinos. Gran tumulto.)

CORO. ¡Mueran los aristócratas
y viva la nación!

COMISARIO. (Llamando á la puerta del cuarto de Magdalena.)

¡Abrid á la República,
que represento yo!

(Abrese la puerta, saliendo Magdalena y Rouget. Detrás la Marquesa, á quien poco después San Martín obliga á que vuelva á entrar.)

COMISARIO. ¿Tú eres la ciudadana
Magdalena Dietrich?

MAGD. ¡Yo soy!

COMISARIO. (A los gendarmes.) ¡Prendedla!

CORO. ¡Muera!

RENARD. (Que coge á Magdalena para entregarla á los gendarmes)
¡Tu dueño soy al fin!
(Señalando á Rouget.)
¡Ese es el girondino!

ROUGET. (Adelantándose.)
¡Es cierto, sí, yo soy! (Le prenden.)

FLORA. (A Renard.)
¿Qué has hecho, miserable?

RENARD. ¡Me vengo de los dos!

FLORA. ¡A costa de mi vida
sabré salvarle yo!

—

CORO. Marchemos, hijos de la patria,
glorioso día luce ya...

ROUGET. (Aterrado.)
¡Callad! ¡Yo os lo suplico!
¡Callad por Dios! ¡Callad!

RENARD. ¡Le hace daño al realista:
ciudadanos, cantad!

CORO. Marchemos, hijos de la patria, etc.

ROUGET. ¡Y esas notas de mi alma brotaron,
de la patria al sagrado calor!
¡Ah! ¡Maldita la mano que escribe
esos cantos de muerte y horror!

CORO. Marchemos, hijos de la patria, etc.

(Se llevan á Rouget y Magdalena, y las turbas los si-

guen, cantando siempre hasta perderse por el foro.)

FLORA. (Que va á seguirlos, se detiene en la calle.)

¡Morir! ¡Morir con ella!

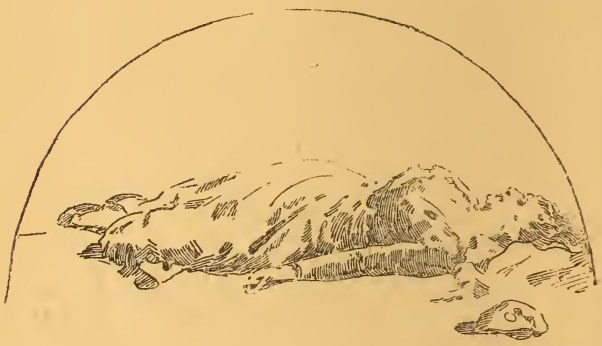
¡Qué horror! ¡No, no será!

(Arrodillándose.)

¡Mi vida por la suya!

¡Perdón! ¡Señor! ¡Piedad!

(Cae desplomada, y se oye lejana *La Marsellesa.*)

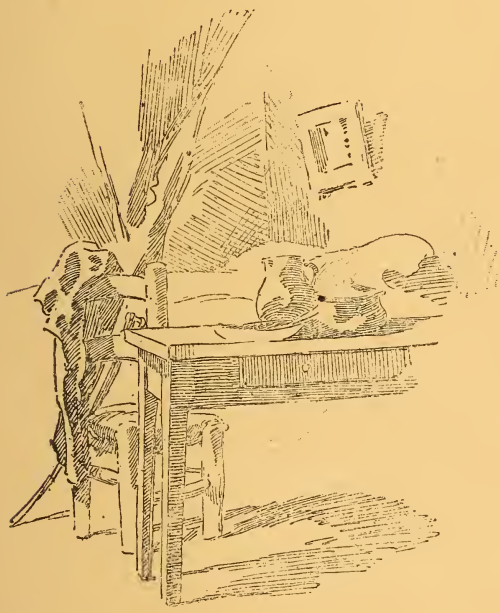


FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

CUADRO CUARTO

LA CONSERJERÍA



Galería baja en la prisión de la Conserjería. A la izquierda, salida á un pasillo, que da al exterior, con verja. A la derecha, dos puertas, una con grandes cerrojos, que conduce á los calabozos. Al foro, dos grandes arcos, por los cuales se ve el patio. Mesa y taburetes de madera. Un gran farol, pendiente de la bóveda, á poca altura. Varias rejas sobre la parte de la izquierda.

ESCENA PRIMERA

UN COMISARIO, GENDARMES y CARCELEROS, jugando sentados á la mesa. Otro, con arma al brazo, paseando por delante de las prisiones, y en el foro otro. Al levantarse el telón empieza á amanecer.

Música.

VOZ. ¡Alerta, ciudadano!
OTRO. (Más lejos.) ¡Alerta!
OTRO. Alerta está.
COMISARIO. ¡Qué bien cambia de mano
el dinero!
GEND. 1.° ¡Ya, ya! (Jugando.)
GEND. 2.° Va doblada la puesta.
CARC. 1.° ¡Ocho van!
GEND. 1.° ¡Ya perdí!
CARC. 1.° Quince sueldos me cuesta.

GEND. 1.° ¡Veinte me cuesta á mí!

COMISARIO. Ya despunta la aurora,
ya saldrá pronto el sol.
Ciudadanos, ya es hora
de apagar el farol.

(Un carcelero lo apaga, quedando la escena en una semiclaridad, que va aumentando rápidamente. El Comisario se retira por el foro)

CARCELEROS. Va á llegar el relevo,
la baraja guardad;
de este tarro, que es nuevo,
la Ginebra apurad.

(Llenan dos copas, que pasan de mano en mano.)

TODOS. Para el que pasa
la noche en vela,
no hay desayuno
como el licor;
templa el gaznate,
limpia y consuela,
y presta al cuerpo
vida y calor.

—

¡La puerta se abre, atención!

(Se abre la reja de la izquierda y entran San Martín y la Marquesa.)

ESCENA II

DICHOS, SAN MARTIN y la MARQUESA

S. MART. ¡Salud y fraternidad!

TODOS. ¡El ciudadano Nerón

y su apreciable mitad!

S. MART. (Presentando á la Marquesa.)
Amigos míos,
tengo el placer
de presentaros
á mi mujer.

TODOS. ¡Valiente moza!

S. MART. ¡Valiente, sí!
Por lo valiente
me hizo tilín.

MARQ. (¡Y que una tenga
que resistir!...
¡Todos los nervios
me hacen así!) (Crispando las manos.)

CORO. ¿Y desde cuándo
casado estás?

S. MART. Hace tres días,
ó poco más.

CORO. ¿Y en qué parroquia,
di, gran bribón,
te ha echado el cura
la bendición?

S. MART. ¡Cura á *este cura!*
¡Qué atrocidad!
No tuve de ello
necesidad.

—

CORO. No hay más que oirle,
no hay más que ver;
es demagogo
de buena ley.

—

S. MART. Permite la República
que pueda sin faltar,
en uso del libérrimo
derecho conyugal,
unirse un par de prójimos,
y así, sin más ni más,
gozosos irse al tálamo
con toda libertad.

—

Y por este método,
¡ay, qué retebién!
sin oir la epístola
de San... no sé quién,
y sin más andróminas
que un *dame* y un *ten*,
¡cásanse sin clérigo
en un santiamén!

CORO. Y por ese método,
¡ay, qué retebién!
cásanse dos prójimos
en un santiamén.

Hablado.

CARC. 1.° Vaya un brindis por tu boda.
S. MART. ¡Gracias! por mi boda va. (Bebiendo.)
CARC. 1.° (A la Marquesa.)
Oye tú, ¿bebes ginebra?
S. MART. ¡Que si bebe! ¡Y aguarrás!
CARC. 1.° Pues toma una copa.
MARQ. (¡Ay Dios! (La bebe.)
¡Qué tragos hay que pasar!)

CARC. 1.° ¡Y qué diablos te ha traído
tan temprano por acá?
S. MART. Pues... cosas de ésta: quería,
ya hace tiempo, visitar
las prisiones... y le dije:
hoy tengo yo que ir allá,
vente conmigo y las ves.
Al ciudadano Layard,
—me acordé de ti—le toca
de guardia, y te enseñará
lo que quieras .. por supuesto,
si es que no hay dificultad.
CARC. 1.° Para los buenos patriotas
siempre estas puertas están
francas, ya lo sabes tú.
¿La ciudadana será
buena patriota?
S. MART. ¡Tremenda!
¡Se va á ver guillotinar
todos los días, y goza
de una manera, que ya!
Y ha echado en el club discursos.
con que no os digo más.
CARC. 1.° Sí, ¿Eh?
S. MART. Con una elocuencia
que deja á Danton atrás.
GENDS. Y CARCS. ¡Ja, ja, ja!
GEND. 1.° ¡Que diga algo!
TODOS. ¡Que hable!
CARC. 1.° Sí, tienes que hablar.
S. MART. Habla.
MARQ. ¡Pero aquí!...

CARC. 1.° No importa:
imagínate que estás
en el club.

TODOS. ¡Venga un discurso!

S. MART. (Rápidamente y aparte.)
(Hablad, por Dios!)

MARQ. Allá va.
(Tose y se prepara.)

¡Señores!

TODOS. ¡Cómo señores!

CARC. (Acercándose amenazador.)
¿Qué es eso?

S. MART. (Interponiéndose.) ¡Basta! Haya paz.

Lo ha dicho... irónicamente,
en tono de burla.

TODOS. ¡Ah!

S. MART. Pero ni aun en ese tono
te lo vuelva yo á oir más,
ó te pego una paliza
que te deslomo.

MARQ. (¡Animal!)
(Después de toser.)
¡Ciudadanos!

TODOS. ¡Bravo! ¡Bien!

MARQ. ¡Descamisados!

TODOS. ¡Bien va!

MARQ. (Iba á decir ¡indecentes!
pero se incomodarán.)
¡La libertad ó la tumba!
¡La muerte ó la libertad!

TODOS. ¡Bien!

MARQ. ¡La nación pide sangre!

TODOS. ¡Bravo!

MARQ. Es preciso apurar
hasta la última gota
del... pues... y del... de la...
En fin, ciudadanos, pido
la indivisibilidad
de la República.

TODOS. ¡Viva!

MARQ. Y el reparto general.

TODOS. ¡Bravo!

MARQ. Y el terror... y... he dicho.
¡Salud y fraternidad!

TODOS. ¡Bravo! ¡Muy bien! (Se oye una corneta.)

GENDS. ¡El relevo!

(Cogen las armas los Gendarmes y salen al patio donde los relevan otros, durante el principio de la escena siguiente.)

CARC. 1.° Ea, yo voy á pasar
revista, mas pronto salgo.
(A San Martín.) Si vosotros me esperáis,
entraréis en cuanto cumpla
con esta formalidad.
Hasta luego.

S. MART. Hasta después.

CARC. 1.° (Dando en la espalda á la Marquesa.)
¡Adiós, ciudadana!
(Abre la primera puerta de la derecha y sale por ella.)

MARQ. (Volviéndose asustada.) ¡Ay!

ESCENA III

SAN MARTÍN y la MARQUESA

MARQ. Vamos, estas groserías
ya no las puedo aguantar,

S. MART. ¡Silencio! ¡Ya es necesario
que hablemos con claridad!
(Recatándose para que no puedan oirles.)

MARQ. ¿Qué sucede?

S. MART. ¡Una gran cosa!

MARQ. ¡Cómo! ¿Se puede salvar
á Magdalena?

S. MART. No es eso.
Desgraciadamente ya
sólo intentarlo sería

condenarnos los demás.

MARQ. ¡Dios mío!

S. MART. Por complaceros
y para que la veáis
por última vez, os traje.
No vayáis luego á olvidar
mis instrucciones. Cuidado
con hacer un ademán,
un gesto, por el cual puedan
ni siquiera sospechar
que os conocéis.

MARQ. Y si acaso
ella viene...

S. MART. ¡Descuidad!
Yo le indicaré por señas
cuando no puedan notar
que lo hago... Pero vos, nada.

MARQ. Bueno.

S. MART. (Con gran misterio. Sacando un papel.)
Y ahora... ¡Mirad!

MARQ. ¿Y qué es eso?

S. MART. Un pasaporte.

MARQ. ¡Un pasaporte!

S. MART. Sí tal:
para dos, para nosotros.

MARQ. ¡Cómo!

S. MART. Sí: para escapar
hoy mismo. ¿No comprendéis?

MARQ. Dios mío, ¿será verdad?

S. MART. ¡Y tan verdad! Ya que á ella
no la podamos salvar,
salvémonos á lo menos

nosotros.

MARQ. ¿No me engañáis?
¿Pero vos no estáis contento
en París?

S. MART. ¡Yo! ¿Qué de estar?

MARQ. Pero... vuestros compromisos...
vuestra popularidad...

S. MART. Yo soy lo que siempre fuí.

MARQ. ¡Es posible!

S. MART. Claro está.
Y estoy deseando verme
en Rusia ó el Indostán,
á mil leguas de París,
para volver á tomar
oficio de mayordomo
y aspecto de sacristán.
Y llamaros excelencia
con toda solemnidad;
y Marquesa por aquí,
y Marquesa por allá,
y lejos de esta gentuza,
que no puedo soportar,
en donde mande un tirano
vivir con más libertad.

MARQ. ¡Ay, San Martín! (Cogiéndole una mano.)

S. MART. ¡Ay... Marquesa!
(Llenándose la boca con esta palabra.)

MARQ. ¿Y podremos escapar?...

S. MART. Hoy mismo, á las ocho en punto,
un carruaje estará
esperándonos: salimos
por la barrera, y en paz:

hasta las puertas del Havre
no nos detenemos ya;
nos embarcamos y luego...
que nos pesquen en el mar.

MARQ. ¡Gracias! ¡Sois mi salvador!
¡Dadme un abrazo!

S. MART. ¡Tomad! (Se abrazan.)

MARQ. ¡Ay, San Martín!

S. MART. (Estrechándola más.) ¡Ay, Marquesa!

CARC. 1.° (Saliendo y viéndolos.)
¡Me parece muy bien!

LOS DOS. ¡Ay!

ESCENA IV

DICHOS, EL CARCELERO 1.°

S. MART. (Aterrado.) (¡Nos ha oído!)
CARC. ¡Qué demonio!
No hay que avergonzarse. ¡Bah!
entre marido y mujer
no hay nada más natural.
La luna de miel exige
esos extremos.
S. MART. (Tranquilizándose.) ¡Ja, Ja!
(¡No nos ha oído!) Esta es
la más zalamera y más...
(Haciéndole una caricia.)
CARC. Es natural.—Ciudadana,
hoy no puedes visitar
las prisiones.
S. MART. ¿Pues qué ocurre?
CARC. Que en este momento van
á cerrar todas las puertas.
MARQ. (Asustada.) ¡Me voy!
CARC. ¡No te asustes!
S. MART. ¡Quiá!
¡Asustarse ésta de nada!
CARC. Descuida, que tú saldrás.
S. MART. ¿Pero por qué no permiten?..
CARC. Ha querido el tribunal
adelantar la hora de
las ejecuciones...
S. MART. ¡Ya!

CARC. Y mientras que se preparan
las carretas y demás,
es costumbre y no se deja
á nadie salir ni entrar.
(Á la Marquesa.) Conque, lárgate si quieres
ver la gran fiesta! ¡Que hoy hay
aristócratas y gente
de superior calidad!

MARQ. Sí, sí, no quiero perder...
Vamos.

CARC. (A San Martín.) ¡No, tú no te vas!

S. MART. ¿Pues?

CARC. Porque te necesito
para un servicio especial
¡en nombre de la República!

S. MART. Entonces no hablemos más.
soy tuyo.

CARC. Esperadme aquí.
Voy en un momento á dar
varias órdenes. (Entra por el foro.)

MARQ. ¡Dios mío!
¡Qué horrible contrariedad!
¡San Martín!

S. MART. ¡Callad por Dios!
Vos salís, y me esperáis
en el sitio donde ayer
nos citamos: iré allá
en cuanto sea posible.

MARQ. ¡Y me marcho sin lograr
haber visto á Magdalena!...

S. MART. ¡Eh! ¡Silencio!

CARC. (Saliendo, á otro.) Colocad

guardias dobles en el patio.
(A la Marquesa y San Martín.)
Ea, venid por acá. (Por la derecha.)

MARQ. (¡Ay, San Martín!)

S. MART. (¡Ay, Marquesa!
¡Cuándo me veré en la mar!) (Vánse.)

ESCENA V

FLORA y RENARD aparecen por la puerta de la izquierda, que abre para darles paso el CARCELERO 2.°

CARC. 2.° Podéis pasar. (Dando el pase á Flora.)

RENARD. Oye, ahora
explícame tu proyecto:

yo me he confiado á ti
y aún ignoro...

FLORA. Ese recelo
prueba, Renard, que me juzgas
por tus propios sentimientos.
Ayer me hiciste traición
y temes que yo, queriendo
vengarme de ti, te engañe.
Vive tranquilo y sin miedo.

RENARD. Lo de ayer...

FLORA. Te lo perdono,
¡y fué horrible!—No hablar de ello
es mejor: hoy me haces falta,
y te perdono por eso.
Ya ves si hablo con franqueza.
Yo soy así.

RENARD. Gracias; pero
aún no sé qué te propones.

FLORA. Escucha: vas á saberlo.
Anoche, cuando os llevasteis
á Rouget, yo caí al suelo
y estuve allí sin volver
en mí no sé cuánto tiempo.
Al recobrar el sentido
comprendí todo lo horrendo
de la situación; pensé,
y al cabo de unos momentos
de maldecirte... ¡de veras!
de pronto me ocurrió un medio
de arreglarlo todo.

RENARD. ¿Cuál?

FLORA. Calla: ya lo irás sabiendo.

Yo tengo muchos amigos,
gente de mi regimiento,
patriotas que pertenecen
al club de los Cordeleros.
Dije: allá voy... y allá fuí.
Guardando dentro del pecho
toda mi pena...—Ya estoy
muy acostumbrada á hacerlo,—
hablé con todos, y así
alegremente fingiendo
no tener gran interés,
les indiqué mi deseo
de que me proporcionaran
dos pases...

RENARD. Voy comprendiendo.

FLORA. (Continuando) Para entrar en las prisiones
con otra amiga y con nuestros
novios para divertirnos,
pues, como cosa de juego,
Total, pases para cuatro
personas.

RENARD. (Con ansiedad.) ¿Y te los dieron?

FLORA. Sí.—Con éste hemos entrado,
y el otro, ve, aquí lo tengo.
(Sacándolo del pecho.)

RENARD. Bien; pero ¿qué te propones
que consigamos con ellos?

FLORA. ¡No lo comprendes! Librar
á los dos...

RENARD. Bien; pero eso
no es bastante. Libres ambos,
nosotros nos hallaremos

como ayer.

FLORA. ¡Me juzgas tonta,
sin duda! ¡No seas necio!
Tú salvas á Magdalena,
que al ver llegar el momento
de morir... huirá contigo,
y allá te las hayas luego.
Yo saco á Rouget, diciéndole
que ella está en salvo; le llevo
fuera de aquí, y lo demás
ya procuraré yo hacerlo.

RENARD. ¡Ah! ¡Gracias!

FLORA. No: ya te he dicho
que no me agradezcas esto.
Lo hago por mí: si redunda
en bien tuyo, buen provecho.

RENARD. Y si al salir la conocen...

FLORA. Para eso traigo yo puesto
este manto. Nada temas.
¡Audacia y los salvaremos!
Tú me das ese capote
para que salga cubierto
Rouget con él.

RENARD. ¿Pero y yo?

FLORA. ¡Tú! Ningún impedimento
te han de poner á que salgas;
pues ¿por ventura estás preso?

RENARD. ¡Es verdad! —Pero... quisiera
que saliésemos primero
Magdalena y yo.

FLORA. Es lo mismo.
No hay inconveniente en ello.

(Dándoselo) Toma el pase. Vete al patio
y dame el capote.

RENARD. Pero...

FLORA. Con precaución, no lo adviertan.
¡Ahora no miran!—¡Soberbio!
(Cogiendo el capote.)
Los presos van á salir;
esa gente espera á verlos;
(Por un grupo de hombres y mujeres que debe haber en el patio desde algunos momentos antes.)
las mujeres salen antes.
¡Cuando la vea, me acerco,
le digo que está en tu mano
sacarla de aquí al momento,
y que yo salvo á Rouget;
duda, por fin la convenzo,
te llamo, viene, os váis...
y hágaos felices el cielo!
Yo por mí, procuraré
que nunca nos encontremos. (Campana.)
¿Oyes? La campana suena,
ya van á salir los presos;
yo te buscaré en el patio,
anda.

RENARD. ¡Adiós! Yo te agradezco
lo que haces por mí... y dispensa
lo de ayer.

FLORA. No hablemos de eso.

(Renard se va.)

ESCENA VI

FLORA, CARCELERO 1.°, que se acerca á la puerta de las prisiones y la abre. Todos los que esperan se acercan impacientes.

FLORA. (De pronto) ¡Oh! ¡Qué idea! ¡Si le habré
dado el pase verdadero!
(Mirándole con atención.)
¡No, me tranquilizo! ¡Es éste!
El falso es el más pequeño.
(Música en la orquesta.)
(Al tocar la campana, sale por la derecha el Carcelero 1.° y abre las puertas de las prisiones.—Salen por ella una señora anciana, dos jóvenes como de la clase media y dos mujeres del pueblo. Los que las esperan en el patio se confunden con ellas, abrazándolas. Procúrese preparar con algún cuidado el cuadro que forman.)

ESCENA VII

DICHOS y MAGDALENA

MAGD. Sólo á mí en tal aflicción
nadie á consolarme llega.
FLORA. (Echándose á sus pies)
¡Perdón!
MAGD. ¡Vos aquí!
FLORA. ¡Perdón!
Loca estuve, loca y ciega:
tened de mí compasión.
¡Sea vuestro pecho blando
á mi voz!

MAGD. ¡Qué significa!...
¡Vos á mis pies implorando
piedad!
FLORA. Sólo esto os indica
todo lo que estoy pasando,
MAGD. Explicáos, levantad.
FLORA. A vuestras plantas, señora,
su arrepentimiento llora
una mujer que piedad
por primera vez implora.
Mas veo en vuestra mirada
todo el fuego del encono,
y estaré aquí arrodillada
hasta verme perdonada
por vos.
MAGD. Alzad: yo os perdono.
FLORA. (Levantándose.)
¿De veras? Esa sencilla
expresión cambia mi suerte;
y es sincera, bien se advierte.
MAGD. ¿Quién no perdona á la orilla
del camino de la muerte?
FLORA. ¡Muerte! No hay tal. Yo he venido
á salvaros á los dos.
MAGD. ¡Cómo!
FLORA. Sí: á Rouget y á vos.
¿Dudáis?—¡Oh! ¡Dad al olvido
mi infamia de ayer, por Dios!
Creed lo que os digo, sí:
temiendo que él se negase
á aceptar nada de mí,
os busqué á vos. Tengo un pase

para que salgáis de aquí.
Y yo os diré la manera
de que hoy, sin más esperar,
atraveséis la barrera
y de que podáis pasar
fácilmente la frontera.
Lo tenía desde ayer
dispuesto yo para ver
de huir ambos —Lo confieso
con franqueza.—Y todo eso
es lo que os vengo á ofrecer.

MAGD. ¡Vos! ¡Tan completa mudanza!..
¡Si me parece mentira!

FLORA. No dudéis, el tiempo avanza.

MAGD. (¡Con cuánto placer se mira
la más remota esperanza!)
Sí, sí lo quiero creer,
mas no acierto á comprender
tan extraña variación.

FLORA. Son cosas del corazón;
al cabo yo soy mujer.
Pudo el aborrecimiento
en mi corazón celoso
sembrar un mal pensamiento;
pero al fin... ¡es generoso!
¡Miradme bien, yo no miento!
Salvaros quiero á los dos,
siendo á mi promesa fiel,
y esto, bien lo sabe Dios,
no lo hago solo por él;
lo hago por él y por vos.

MAGD. Gracias.

FLORA. No, por vida mía:
yo tal vez no os salvaría;
mas si á hacerlo me he lanzado
es porque sé demasiado
que sin vos él moriría.
Y luego... me ha decidido
el haberme convencido,
(¡hasta el pensarlo me hiere!)
de que... de que él no me quiere,
de que nunca me ha querido.
(Conteniendo el llanto.)
¡No comprendió su razón
la inextinguible pasión
que para él atesoro!...
¡No tengáis celos! Le adoro
con todo mi corazón. (Rompe á llorar.)

Música.

MAGD. Veo en el llanto
que á pesar vuestro

no contenéis,
prueba bien clara
del sacrificio
que me ofrecéis.
En lo que vale,
yo os lo agradezco,
lo juro así;
mas aceptarlo,
siendo tan grande,
indigno fuera
de él y de mí.

FLORA. ¡Oh! ¿Qué habéis dicho?
¡Capaz seréis!...
Por él siquiera
lo aceptaréis.

—

Sólo en la suya
cifro mi suerte,
mío es su bien;
suya es mi alma,
si él es dichoso
lo soy también.
¡Yo por él vivo!
Comprended esto...
vos que le amáis;
ved que sois dueño
de su existencia,
ved que le matan
si no aceptáis.
Y no miréis mis lágrimas,
que se han secado ya:
¡estas serán las últimas

que verteré quizá!

MAGD. (Hoy que la muerte próxima
nos amenaza ya,
—¿cómo rechazo ¡ay mísera!
la vida que nos da?)

—

FLORA. Cuando felices algún día
ambos gocéis de vuestro amor,
cuando risueña la alegría
borre las huellas del dolor,
¡pensad en mí!
Y recordad siquiera
que vuestra dicha entera
¡soy yo quien os la dí!

—

Si acaso el duda
¿qué le diréis?

MAGD. Que yo lo acepto.
¿Qué más queréis?

FLORA. (Con ardor.)
¡Salvad á Rouget!
¡Salvadle por Dios!
Feliz yo veré
el bien de los dos.
¡Tranquilos en mí
la suerte fiad!
¡Sacadle de aquí!
¡Su vida salvad!

—

MAGD. ¡Salvar á Rouget!
¡Salvarnos los dos!
¡En esto se ve

la mano de Dios!
¡Bien clara ya vi
tu inmensa bondad!
¡Será para ti
mi eterna amistad! (Se abrazan.)

ESCENA VIII

DICHOS, ROUGET y VARIOS PRISIONEROS

Hablado.

FLORA. (Á Magdalena)
¡Él sale ya! (Se retira algo.)
ROUGET. ¡Magdalena!
MAGD. ¡Rouget!
ROUGET. Mi bien, mi alegría,
no te acongoje la pena;
alza la frente serena
y á la muerte desafía.
Siempre al cielo le pedí
morir contigo y por ti:
mi ventura está colmada
FLORA. (¡Sólo ella atrae su mirada!
Ni aun ha reparado en mí!)
MAGD. ¡Morir! Dime, ¿y si la suerte
por una casualidad
llegar pudiera á ofrecerte,
librándote de la muerte,
la perdida libertad?
ROUGET. ¿Qué dices? ¡Tú desvarías!
MAGD. Si alguien de quien no podías

esperar que te la diera,
hoy la vida te ofreciera,
responde: ¿la aceptarías?

ROUGET. ¿La vida contigo? ¡Sí!
¿Pues qué ventura mayor,
si yo vivo para ti?

MAGD. No hablemos de nuestro amor;
calla, que Flora está aquí.

ROUGET. ¡Flora! (Flora se echa á sus pies.)

FLORA. ¡Sí!

MAGD. Su falta olvida,
que hoy tu gratitud merece;
á tus pies arrepentida,
cariñosa nos ofrece
la libertad y la vida.
Yo en ella poco hace hallé
un manantial ignorado
de amor, y ternura, y fe:
perdónala, tú, Rouget,
como yo la he perdonado.

FLORA. ¡Duélete de mi aflicción
y ve mi arrepentimiento!

ROUGET. ¡Pobre mujer! (Levantándola.)

FLORA. (¡Compasión!)
¡El único sentimiento
que debí á su corazón!

ROUGET. Pero ¿es verdad?...

FLORA. ¡Es verdad!
¡Quiera el cielo que por mí,
en tranquila libertad
gocéis la felicidad
que yo nunca conseguí!

ROUGET. ¡Flora!

FLORA. No, no hay amargura
en nada de cuanto digo:
yo anhelo vuestra ventura...
á Dios pongo por testigo,
mi corazón os lo jura.
Mas no hay tiempo que perder.
Con este pase salís,
(Dando á Rouget el pase y el pliego.)
y aquí escrito podéis ver
todo cuanto habéis de hacer
para escapar de París.
Ponéos mi manto vos,
y que temor no se note
en ninguno de los dos.
Y tú, ponte este capote...
(A Rouget, dándole al mismo tiempo un gorro frigio.)
Y salid pronto, por Dios.

ROUGET. ¿Y tú?

FLORA. Para mí hay salida
siempre franca.

MAGD. Reparad...
que si notan nuestra huída...

ROUGET. Pueden sospechar...

FLORA. Descuida,
no hallaré dificultad.
¡Aquí no me quedaré! (Con amargura.)
(Aparte á Magdalena.)
(¡Yo á verle no volveré;
hacedle dichoso vos!)

MAGD. ¡Gracias, Flora! (Abrazándola.)

FLORA. ¡Adiós, Rouget!

ROUGET. ¡Adiós, Flora!
FLORA. ¡Adiós! ¡Adiós!

(Después de abrazarse, conteniendo el llanto los tres, salen por la izquierda Magdalena y Rouget.)

ESCENA IX

FLORA, luego GENDARMES, CARCELERO 1.° y después RENARD

FLORA. (Mirando á la puerta por donde salió Rouget.)
¡Con él van mis alegrías!
¡El era el sér de mi sér,
regocijo de mis días!
¡Salid ya, lágrimas mías!
¡Ya os puedo á solas verter!
(Renard, que sale por el foro y se dirige á Flora, detiénese al oir la voz del Carcelero.)
CARC. ¡Magdalena Dietrich! (Llamando.)
FLORA. (¡Ah!
¡Si no han logrado salir,
nos hemos perdido ya!)
CARC. (A los Gendarmes.) Buscadla: ved dónde está,
y hacedla al punto venir.
FLORA. (De pronto.) ¿Buscabais á Magdalena
Dietrich?
CARC. La misma.
FLORA. ¡Yo soy!
CARC. ¡Prendedla! (La cogen dos gendarmes.)
RENARD. (¡Soñando estoy!
¡Ella! ¡De espanto me llena
lo que sospechando voy!
¡Salgamos!)

(Se dirige hacia la puerta de la izquierda, que acaba de cerrar el Carcelero 1.º)

CARC. 1.º (Deteniéndole) ¿Adónde vas,
ciudadano?—No se sale.

RENARD. Tengo permiso, ve.
(Enseñando el pase, que coge el Carcelero.)

CARC. ¡Atrás!
¡Nadie pasa!—Y además
que este permiso no vale.
¡Es falso!

RENARD. ¡Dios mío!

CARC. A ver,
prended á este hombre.

RENARD. ¡A mí!

(Se acercan á él los Gendarmes.)

¡Me ha engañado esa mujer!
¡Y ha hecho que escapen de aquí
dos presos!

CARC. No puede ser.

RENARD. ¡Sí! ¡Y os juro que no es tal
Magdalena Dietrich!—Flora
se llama.

CARC. Bien, es igual;
ya lo explicarás ahora
delante del tribunal.

RENARD. ¿Pero y los que han escapado?

CARC. Descuida, no habrán salido:
¡está todo bien guardado!

FLORA. (¡Santo Dios!)

RENARD. ¡Tú me has perdido,
pero no los has salvado!

(Dos gendarmes cogen á Renard y otros dos á Flora, y salen por el foro.)

MUTACIÓN

CUADRO QUINTO

A LA GUILLOTINA

Malecón del Sena, desde el cual se ve la Conserjería.—Varias mujeres, hombres y chicos atraviesan la plaza pregonando los periódicos. La Marquesa en primer término derecha.

ESCENA PRIMERA

LA MARQUESA, CORO DE MUJERES DEL PUEBLO

Música.

VEND. 1.° *¡El Amigo del Pueblo!* Con los nombres de los guillotinados en el día de ayer!
VEND. 2.° *¡El Centinela!*
VEND. 1.ª *¡El Viejo Franciscano!*
VEND. 2.ª *¡El Monitor*, con la últimas noticias de la guerra!
VEND. 3.ª ¡*El Patriota* de ahora, *El Patriota!*

—

(La Marquesa compra un número de *El Viejo Franciscano* á un chicuelo.)

CORO DE MUJERES. (Rodeándola)
Sepamos las noticias:
¡leed, leed, leed!
¿Qué dice el ciudadano
Camilo Desmoulins? (Léase Demulen.)
MARQ. ¡Dejadme que lo lea:
después os lo diré!

(¡Caramba con la gente
y qué curiosa es!) (Lee para sí.)

CORO. Sepamos lo que dice
Camilo Desmoulins.

—

MARQ. (¡Parece increíble!
¡Qué barbaridad!)

CORO. ¿Qué pasa? ¿Qué es ello?
¿Qué ocurre? ¿Qué hay?

MARQ. Sabed, ciudadanas,
la gran novedad
que en este periódico
acabo de hallar.

—

CORO. ¿Qué pasa? ¿Qué es ello?
¿Qué ocurre? ¿Qué hay?

—

MARQ. El Gobierno que nos manda,
y que á nuestro bien atiende,
para hacérnos más felices
cambia el nombre de los meses.
Así ya Noviembre
se llama *Brumario*,
y en vez de Diciembre
diremos *Frimario*,
Enero, *Nivoso*
y Abril, *Germinal;*
Febrero, *Pluvioso*
y Junio, *Pradial.*

—

¡Cáspita, cáspita qué órdenes
tan estrambóticas

las que nos dan!
Mándalo así la República.
¡pues chito, y cúmplase
su voluntad!

—

CORO. ¡Cáspita! etcétera.

—

MARQ. Ya no hay lunes, ya no hay martes,
ya no hay miércoles ni jueves;
se abolieron los domingos
y los sábados y viernes.
Según he leído,
sabed, ciudadanas,
que está prohibido
contar por semanas.
La cosa varía
del principio al fin:
los nombres del día
serán en latín.
Cuéntase el tiempo por décadas
y así consíguese
más claridad:
cuártidi, quíntidi, séxtidi,
séptidi, óctidi
se llamarán.

—

CORO. ¡Basta de sábados!
¡Mueran los miércoles!
Vivan las decadas
que duran más!
Cuártidi, quíntidi,

séxtidi, séptidi,
óctidi, nónidi
dígase ya!

Hablado.

MARQ. ¡Cuánto tarda San Martín! (Cañonazo.)
VOZ. ¡Las carretas!
TODOS. ¡Las carretas!

(Corren hacia la izquierda, y pasan grupos de gente corriendo en la misma dirección.)

MARQ. ¡Qué horror! ¡Y desde este sitio
no hay más remedio que verlas!
¡Ay! Yo no tengo valor...
¡Quién sabe si Magdalena
habrá sido condenada!...

ESCENA II

DICHA, MAGDALENA y ROUGET, que viene apresuradamente por la izquierda; luego SAN MARTIN.

ROUGET. ¡Animo! No desfallezcas.
MARQ. ¡Magdalena!
ROUGET. ¡Callad!—Vamos,
que nos persiguen de cerca.
S. MART. ¡Alto!

(Se paran aterrados la Marquesa, Magdalena y Rouget.)

MAGD. ¡Dios mío!

S. MART. Soy yo.

MARQ. ¡San Martín!

S. MART. Y qué carrera
me habéis hecho dar, ¡canario!

ROUGET. ¡No vuelvo de mi sorpresa!
¡Erais vos!

S. MART. El mismo: yo,
el que guardaba la puerta,
y en nombre de la República
os dejé tomar soleta.
Ni más ni menos.—Y andando,
que la gentuza se acerca.
¿Oís? (Se oye lejana *La Marsellesa*.)

ROUGET. ¡Dios mío! Esas notas
hasta mis oídos llegan,
como el eco pavoroso
de una maldición eterna.
¡Perdón, patria mía!—Vamos.

S. MART. (A la Marquesa.)
Cuando seguro me vea
voy á cantar un *Te Deum*
que va á retemblar la iglesia.

(Vánse rápidamente por la derecha. A muy poco, aparece por la izquierda la multitud, que canta *La Marsellesa*. Dos gendarmes á caballo preceden á la carreta en que van Flora y Renard.—Dos filas de descamisados con armas, marchan á los lados.—Chiquillos, viejas, pueblo, etc.

FLORA. (Después de mirar hacia el sitio por donde ha marchado Rouget.)
¡Gracias, Dios mío!
¡Libre está ya!
¡Muero por él!

¡Cuánta felicidad!

CORO GENERAL.

Marchemos, hijos de la patria,
glorioso día luce ya, etc.

(La carreta vuelve á ponerse en marcha cuando baja el telón.)

FIN DE LA OBRA

Miguel Ramos Carrión

LA MAMÁ POLÍTICA

COMEDIA

EN DOS ACTOS Y EN PROSA

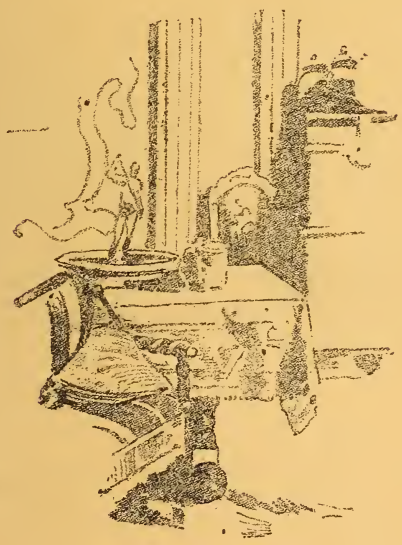
Estrenada en el TEATRO DE LA COMEDIA
el 30 de Noviembre de 1875

PERSONAJES	ACTORES
DOÑA CLARA	SRA. VALVERDE
LUISA	SRTA. GENOVÉS
DOÑA JUANA	SRA. CALMARINO
ÁNGEL	SRES. MARIO
EL DOCTOR	ZAMACOIS
MANUEL	AGUIRRE
UN CRIADO	LARA

La escena en Madrid.—Época actual.

ACTO PRIMERO

Sala baja en un hotel del paseo de la Castellana. Dos puertas á cada lado. Otra en el foro derecha, y á la izquierda, ventana baja con antepecho, por la cual se ve el jardín.—Muebles elegantes.—Velador en el centro, y dos divanes.



ESCENA PRIMERA

ANGEL, que sale por la izquierda (1).

Nada: no he podido dormir ni un solo momento, y despierto y todo he tenido pesadillas. ¡Cuando digo que esto va á costarme una enfermedad! Sí. Yo no estoy bueno; siento así como calentura. (Se sienta.) Yo me tengo la culpa, por ser débil, por no tener

carácter; me está bien empleado. (Levantándose de pronto.) ¿Qué necesidad tenía yo de todo esto? Ninguna. Con haberme opuesto á que viniera, estaba todo arreglado. Pero

(1) Entiéndase por derecha é izquierda, la del espectador.

no: cedí á sus indicaciones, me pareció un deseo natural, no quise darle un disgusto, y me lo paso yo solito. ¡Dios quiera que mi complacencia no tenga funestos resultados! (Se acerca á la ventana. De espaldas á la puerta por donde sale Luisa de puntillas.)

ESCENA II

DICHO.—LUISA, que se acerca á la puerta por donde salió Angel, y escucha.

LUISA. Nada: está durmiendo. ¡Se empeñó en no ir, y no va! ¡Qué tercos son los hombres!

ANG. (Viendola.) ¡Luisa!

LUISA. ¡Ay, qué susto me has dado!

ANG. ¿Te has asustado de veras? ¿Quieres agua? ¿Quieres algo?

LUISA. No, hombre, no: no es para tanto; pero creí que estabas en la cama, y me ha sorprendido verte aquí. No sabes cuánto te agradezco que te hayas levantado. Me das un placer muy grande. ¡Ya sabía yo que complacerías á tu mujercita en una cosa que era tan natural!

ANG. (¡Dios mío!)

LUISA. ¡Eres muy bueno! Anoche, cuando te negaste á acompañarme hoy á la estación, me diste un disgusto. Al fin te has convencido, y lo celebro. Ya ves, era ridículo que no bajases á esperarla. ¿Qué diría?

ANG. Pero si...

LUISA. Nada, no tenía disculpa el negarte; tú mismo lo conoces, y buena prueba de ello es haber hecho el sacrificio de levantarte á las diez de la mañana. Yo le diré á mamá todo lo que te cuesta el despertar antes de las doce, para que te lo agradezca. ¡Pero todavía estás sin vestirte! Son las diez, y el tren llega á las once. Anda, ve á arreglarte. ¡Cuánto te agradezco el que me hayas complacido! (Empujándole suavemente hacia su cuarto.)

ANG. Oye, Luisa, oye, hija mía, estás en un error. No me he levantado para ir contigo...

LUISA. ¿Cómo?

ANG. No puedo ir, estoy malo.

LUISA. ¿Malo? ¿Qué tienes? ¿Quieres tomar algo?

ANG No te asustes, no es para tanto. Pero me siento mal; no he podido pegar los ojos en toda la noche, y estoy algo calenturiento.

LUISA. ¿Calenturiento? ¡A ver! (Le toca la frente y le toma una mano.) ¡Quiá! ¡Si no tienes calor! Es aprensión. Vístete y ven conmigo; el paseíto en coche te sentará bien. Anda.

ANG. No, de ningún modo; te digo que me encuentro mal.

LUISA. Entonces yo no voy tampoco.

ANG. ¡Pues no faltaba más! ¡Estaría bonito que llegase tu madre y no viese á ninguno de nosotros en la estación! Vete, que yo aquí me quedo; á ver si se me pasa esto...; puede que no sea nada. Ve tranquila. Esto debe ser del insomnio, de la mala noche... Cualquier cosa. Pero el caso es que no me siento bien.

LUISA. Ya me has puesto en cuidado.

ANG. ¡No seas tonta! Si no es nada... ya verás, cuando vuelvas me encuentras bueno.

LUISA. ¿Has tomado el chocolate?

ANG. No.

LUISA. ¡Pues eso es lo que tienes, debilidad! Al diablo se le ocurre no haberse desayunado todavía! (Toca el timbre.)

ANG. ¡Si no tengo gana!

LUISA. No importa, lo tomas sorbido.

CRIADO. ¿Qué mandan ustedes?

LUISA. El chocolate para el señorito. ¡Pronto! (Vase

el criado.) Así lo tomas, te vistes en un momento y nos vamos juntos.

ANG. No, Luisa, no te empeñes en eso. Estoy mal, no salgo. Anda, ve á esperar á tu madre.

LUISA. Bueno, hombre, ya voy. Pero antes voy á rogarte una cosa.

ANG. ¿Qué quieres?

LUISA. Que no se te vaya á escapar decirme delante de ella *tu madre.*

ANG. Bueno, lo tendré presente.

LUISA. Vamos á ver, ¿cómo vas á llamarla?

ANG. ¿Yo?

LUISA. Sí.

ANG. La llamaré... ¿cómo quieres que la llame?

LUISA. Mamá.

ANG. Está bien: mamá.

LUISA. Pero no *tu mamá*, sino *nuestra mamá*, porque al fin es ella nuestra madre.

ANG. Eso no; lo que es mía...

LUISA. Bien, hombre, tu mamá política.

ANG. (¡Política! ¡Así será ella!)

LUISA. ¿Conque no se te olvidará?

ANG. Descuida.

LUISA. Y ya verás cómo no pasan muchas horas sin que la quieras tanto como yo. ¡Es tan cariñosa y tan buena! ¡Mamaíta mía!

ANG. (¡Mamaíta!)

LUISA. Vaya, me marcho, no llegue tarde. ¿Te sientes mejor?

ANG. Sí, parece que estoy algo más... Pero no estoy bien... Oye, para que no extrañe que

deje de ir á recibirla, díselo así á tu ma..
A ma... má... á mamá! ¡A mamaíta!

LUISA. ¡Hombre, qué trabajo te cuesta! Pero ya te acostumbrarás.

ANG. ¡Ya lo creo!

LUISA. Hasta luego. (Haciéndole una caricia.)

ESCENA III

ANGEL, y después el CRIADO.

ANG. ¡Ay Dios mío! ¡Dios mío! Yo no voy á poder fingir. Va á conocerme en la cara que la aborrezco; no podré remediarlo, y esto será un semillero de disgustos. Luisa se empeñará en que la quiera como si fuese mi madre. ¡Mi madre! Madre no puede tenerse más que una, y yo... ya la perdí. (Se sienta, apoyando la cabeza entre las manos.)

CRIADO. (Con el chocolate.) Señorito, ¿va usted á tomarlo aquí ó en el comedor?

ANG. ¡Esto es horrible!

CRIADO. ¿No quiere usted el chocolate, señorito?

ANG. (Levantándose.) Y yo sucumbiré... ¡Está claro!

CRIADO. No, señor, está regular.

ANG. (Reparando en él.) ¿Eh? ¿Qué quieres?

CRIADO. Aquí está el chocolate. ¿Dónde lo pongo?

ANG. Déjalo ahí; déjame. (El criado lo pone sobre el velador y se va.) Estoy por marcharme antes de que lleguen ellas...: así retardaré el momento de conocerla. Sí: voy á dejar escri-

tos á Luisa cuatro renglones, diciéndole que me voy á almorzar con cualquiera. No, eso no; se incomodaría, y con razón. Le diré que un negocio urgente... que me han avisado... ¡Justo! ¡Un negocio! ¡El negocio me salva! ¡Benditos sean los negocios! (Va al velador, y mientras habla, distraído, moja repetidas veces la pluma en la jícara del chocolate.) Luisa va á conocer que es un pretexto, y su madre lo sospechará, de seguro... y éste será el primer motivo de disidencia... No importa; al fin y al cabo ha de haber alguno...; cuanto más pronto, mejor. Decididamente, me voy á almorzar, á almorzar tranquilo... acaso por la última vez de mi vida. (Escribe) ¿Qué es esto? ¡Dios mío! ¡Si estoy escribiendo con chocolate! ¡Yo voy á volverme loco! (Toca el timbre.)

CRIADO. ¿Qué manda usted?

ANG. Llévate eso.

CRIADO. (¡Calle! ¡No lo ha tomado!) Decía que estaba claro, y parece tinta. Me lo tomaré yo. (Vase.)

ANG. Y se me está ocurrriendo ahora: ¡qué bueno fuera que después de todos mis temores resultase una suegra modelo, una buena señora! Pero no, será como todas. Es la única regla que no tiene excepción.

MAN. (Dentro.) No necesito que me anuncies.

ANG. ¡Manuel!

ESCENA IV

ANGEL.—MANUEL, en traje de mañana.

MAN. ¡Hola, joven!

ANG. ¿Tan temprano por aquí?

MAN. Salí á dar una vuelta por el Retiro, y de regreso se me ocurrió venir á despertarte. ¿Cómo tú levantado á estas horas? ¿A qué se debe este milagro?

ANG. No podía dormir...

MAN. ¿Y Luisa?

ANG. Buena; ha salido.

MAN. De compras, ¿eh?

ANG. ¡No!

MAN. Chico, ¿estás malo?

ANG. ¡No!

MAN. ¿Has tenido escena doméstica? ¿Ha empezado el cuarto menguante de tu luna de miel?

ANG. No.

MAN. Me marcho.

ANG. ¡Qué, te vas! ¿Por qué?

MAN. Veo que tienes poca gana de conversación, y te dejo.

ANG. No, no te vayas. te necesito. Siéntate.

MAN. Ya estoy sentado: habla.

ANG. Vamos á ver. ¿Por qué me casé yo con Luisa?

MAN. ¡Hombre! ¡Me hace gracia la pregunta! Porque te enamoraste de ella, porque es una

muchacha muy bonita, y muy bien educada, y muy buena, y muy digna de...

ANG. No es eso, no es eso, no es eso.

MAN. ¡Que no es eso Luisa!

ANG. No, hombre, no. Me casé con ella, ó, mejor dicho, me enamoré, porque creí que no tenía madre.

MAN. La manía de siempre.

ANG. Escucha y calla. Cuando la conocí vivía con sus tíos; supuse por esto que era huérfana, y dejé crecer mi pasión de tal manera, que, cuando supe que su madre vivía, ya no pude desarraigar de mi pecho aquel amor, y me casé... á pesar de la madre.

MAN. Todo eso lo sabía ya: nada nuevo me dices. Pero no comprendo qué tenga que ver con...

ANG. ¡Ah! ¡No lo comprendes!

MAN. En verdad que no. (Angel pasea agitado.)

ANG. (Parando de pronto.) Hoy llega. (Sigue andando.)

MAN. ¿Quién?

ANG. ¡Mi suegra!

MAN. ¡La madre de Luisa!

ANG. ¡Claro! ¿Quién ha de ser mi suegra sino la la madre de mi mujer? Pues bien, hoy viene; acaso ha llegado ya; tal vez no tarde media hora en asomar por esa puerta.

MAN. Bien, ¿y qué?

ANG. ¿Cómo y qué? ¡Es decir, que te parece cosa de poco más ó menos la llegada de un enemigo semejante! ¡Ay Manuel, Manuel, có-

mo se conoce que no te has casado! Yo vivía feliz...

MAN. Ya, vamos; tú vivías feliz é independiente, y hoy te abres á tu suegra incautamente.

ANG. Por Dios, déjate de bromas y escucha. Yo vivía feliz cuanto puede serlo un hombre; la mamá de Luisa no pensaba venir por acá; Luisa tenía proyectado que fuéramos á verla en el otoño, pero no pasaba de un proyecto. Yo sabía que su madre no podía venir, porque sus padecimientos la obligan á vivir en un clima templado, el cual es, felizmente, poco saludable para Luisa. En una palabra: ¡contaba con una suegra asegurada á ochenta leguas! Sólo con mi mujer era dichoso; había logrado hacer de mi casa un paraíso; pero faltaba la serpiente... y hoy llega.

MAN. (Riendo á carcajada.) ¡Ja, ja, ja! ¡Estás delicioso, hombre, delicioso!

ANG. ¡Ah! ¡Te burlas, no respetas mi dolor! Eres un mal amigo.

MAN. No seas necio, y sirva tu buen sentido para no ser víctima de esa ridícula preocupación que hace de la suegra un sér punto menos que infernal.

ANG. ¡Ah! Tú no crees...

MAN. Yo no creo tonterías.

ANG. ¡Tú, autor dramático, novelista, que te precias de conocer el corazón humano, no has estudiado el de las mamás políticas!

MAN. ¡Calla, infeliz, calla! Tan lejos estoy de creer

lo que la generalidad, que ahora precisamente me ocupo en escribir una comedia para defender á las suegras.

ANG. ¡Valiente silba te van á arrimar los yernos!

MAN. Es posible, si la comedia me sale mal; pero si es buena, cumpliré con ella el deber de rehabilitar á los ojos del público á ese miembro de la familia, tan calumniado por todos.

ANG. Sí; y te arrojarán una corona, en cuyas cintas dirá con letras doradas: "Al defensor de las suegras, una serpiente agradecida„.

MAN. Vamos, veo que he logrado ahuyentar tu mal humor.

ANG. No, Manuel; el corazón me dice que me amenaza una desgracia próxima.

MAN. Cálmate, hombre, cálmate. Estás nervioso; tu sobrexcitación te hace verlo todo negro. Tú no conoces á la mamá de Luisa.

ANG. Felizmente.

MAN. No sabes cómo será, y, á juzgarla por su hija, no puedes formar de ella mala opinión. Además, yo te lo aseguro, no todas las suegras son temibles; yo he conocido algunas apreciabilísimas...

ANG. Para ti. Pregunta á sus yernos.

MAN. Vamos á ver, enséñame su retrato. Por la fisonomía podré formar idea... Acaso te tranquilice. Si tiene la nariz de pico de loro, tiembla. Son las más temibles. Anda, enséñame el retrato.

ANG. No lo tenemos. Es decir, Luisa guarda uno

de cuando tenía veinte años, una miniatura... No se puede formar idea.

MAN. Juzguémosla por su estilo. ¿No tienes alguna carta suya?

ANG. Las guarda Luisa; pero á juzgarla por ellas, tiene un carácter bellísimo, conciliador, y mucho talento. Pero no me fío, no me fío.

MAN. Tan mala te la figuras, que, aun siéndolo, ha de parecerte buena.

ANG. ¡Ay, Manuel, mi desgracia es demasiado cierta! Yo he procurado evitarla á todo trance, escribiendo á esa señora que aquí todavía helaba por las noches; que este clima le sentaría mal; pero, nada, se empeñó en ver á su hijita, y no ha habido medio de disuadirla.

MAN. Y es muy natural.

ANG. Muy natural, sí, pero muy horrible. Oye, voy á pedirte un favor.

MAN. Di.

ANG. Quédate á almorzar con nosotros: así al ménos contaré con un apoyo; no tendré tanto miedo.

MAN. Pero, chico, yo no conozco á esa señora, y así, en este traje...

ANG. ¿Qué importa?

MAN. Para contigo, nada; pero con ella... Voy á casa, me arreglo un poco, y vuelvo.

ANG. Bueno, y en cuanto almorcemos dices que necesito salir, y nos vamos.

MAN. Así lo haré.

ANG. ¡Cuanto te lo agradezco!

ESCENA V

DICHOS.—CRIADO, después el DOCTOR.

CRIADO. Señorito...

ANG. ¡Ay! ¡Ya está ahí!

CRIADO. El señor de Aguirre.

ANG. (¡Respiro!) Que pase. Es nuestro médico.

DOCT. ¿Cómo va por aquí? ¿Qué tal está Luisa?

ANG. Bien; muchas gracias, Doctor. Siento que hayan molestado á usted inútilmente, porque ya me encuentro más aliviado.

DOCT. ¡No sabía que estuviese usted enfermo!... A ver el pulso. Saque usted la lengua.

ANG. No: ¡si ya me encuentro bien! Pero creí que Luisa había hecho que avisaran á usted.

DOCT. No, señor. Vengo á hacer á ustedes, no visita de médico, sino de amigo.

ANG. Lo celebro, porque así será más larga.

DOCT. No me la agradezca usted. Ocho días hace que somos vecinos.

ANG. ¡Cómo! ¿Se ha mudado usted? Me alegro mucho.

DOCT. No, señor; pero desde hace una semana que vivo aquí al lado, en el hotel del marqués de Casanova. La Marquesa, desde que sintió los primeros síntomas de alumbramiento, se empeñó en que viniera á su lado, y aquí nos tiene usted con los dolores desde hace ocho días y sin acabar de salir del paso.

ANG. ¡Pues es divertido!

DOCT. ¡Figúrese usted! ¡No quiere que me sepa re

de allí! Ya cansado, y por tomar un poco el aire, me he venido á ver á ustedes. No pasará mucho tiempo sin que me llamen.

ANG. Pues tome usted asiento, y charlaremos un rato.

MAN. Yo te dejo. Estaré aquí antes de media hora.

ANG. Ve con Dios.

MAN. Hasta luego. Beso á usted la mano. (Al Doctor.)

DOCT. Servidor de usted.

A No te acompaño.

MAN. ¡No faltaba más! (Vase.)

ESCENA VI

ANGEL y el DOCTOR.

DOCT. ¿Quiere usted un cigarro? (Angel lo toma y saca fósforos de la fosforera que habrá sobre el velador, encendiendo dos, y dando uno al Doctor, quedándose con otro y sin encender el cigarro.)

ANG. (Preocupado.) (¿Tendrá razón Manuel? ¿No serán todas iguales? ¿Habrá alguna buena? ¿Será la mía?) ¡Caracoles! (Tirando el fósforo con que se ha quemado)

DOCT. Parece que está usted distraído.

ANG. No, no, señor; ¿me da usted fuego? (Se lo da, y enciende. Pausa, durante la cual los dos echan el humo, mirándolo subir distraídos.)

DOCT. ¿Qué tiempo tan hermoso, eh?

ANG. Sí, señor, sí. (Pausa lo mismo que antes.)

DOCT. ¿Piensa usted salir este verano?

ANG. ¿Eh? No, no, señor. (Pausa.) (Ap.) (¡Ay! No tendrá razón; ¡será como todas!)

DOCT. ¿Y qué hay de política?

ANG. (Distraído) ¿De política?... (Sombrío.) ¡Mamás!

DOCT. ¿Cómo mamás?

ANG. (Procurando reirse.) ¡Ah! Dispense usted, Doctor; no sé lo que digo: tengo la cabeza á pájaros.

DOCT. (¡A este joven le pasa algo!)

ANG. Hablemos de cualquier cosa; necesito distraerme; le agradezco á usted mucho la visita.

DOCT. Hablemos de lo que usted quiera, hombre. ¡Pues á fe que yo soy amigo de estar callado! Capaz soy de hablar lo mío y lo ajeno. ¿De qué quiere usted que hablemos? Vamos, ya estoy empezando.

ANG. De algo que me distraiga. De toros ¿No es usted aficionado á toros?

DOCT. Aficionado antiguo. Antiguo, desgraciadamente Por eso ya no tengo tanta afición. Ya no hay toreros, ni toros, ni nada.

ANG. ¿Y cómo usted, una persona de tan buen juicio, es amante de esa diversión bárbara?...

DOCT. Soy médico, y allí se va á ver matar. ¡Algo se aprende!

ANG. ¡Siempre tan bromista!

DOCT. ¡Qué remedio, hombre, qué remedio! Así se pasa la vida. Pues sí, señor; ya no hay toros, ya no hay toreros. Quien, como yo, ha visto al Chiclanero y á Montes... ¡Aquellos eran toreros, aquellas eran estocadas; siempre en su sitio! Y luego los recursos cuando salía un bicho que pegaba: hoy los lidiadores no tienen recursos; ¡qué han de tener recursos!—Pero, señor don Angel, observo que usted atiende á todo menos á lo que digo. Usted está preocupado, á usted le pasa algo.

ANG. Sí, Doctor, sí. Y voy á decírselo á usted; yo necesito decírselo á todo el mundo. Yo quiero saber la opinión de usted.

DOCT. ¿Mi opinión?

ANG. Sí, señor; su opinión acerca...

DOCT. ¿De los toros?

ANG. No, de las suegras.

DOCT. (Riéndose.) ¡Hombre, es gracioso!

ANG. No crea usted que lo digo en broma. Le suplico á usted que me dé su opinión sobre el asunto.

DOCT. Nadie más perito que yo en la materia, porque he tenido cuatro.

ANG. ¡Cuatro!

DOCT. Tantas como mujeres; todas ellas tenían madre.

ANG. ¿Pero ha sido usted cuatro veces casado?

DOCT. Cuatro.

ANG. ¿Y ha vivido usted con ellas?

DOCT. Con ellas.

ANG. (Estrechándole la mano.) ¡Valiente! ¡Valiente!

DOCT. Mis mujeres, ¡pobrecillas! todas murieron; pero de mis suegras viven todavía tres.

ANG. ¡Si no se mueren nunca!

DOCT. En cuanto á mí, aseguro á usted que no he sido desdichado por ellas.

ANG. ¿No?

DOCT. No, señor. Pero ha consistido en la manera de tratarlas.

ANG. Explíqueme usted eso.

DOCT. A todas las he llegado á dominar.

ANG. Pero... ¿cómo?

DOCT. En pocas palabras le explicaré á usted mi método. Voy á hacer á usted una revista de la lidia que sostuve con ellas. Estilo tauromáquico: escuche usted. La primera

se llamaba doña Gabriela, y era de buena ganadería. Salió al redondel del matrimonio boyante y con muchos pies. Le paré con dos recortes, recibió varios *puyazos*, se creció al castigo, y le planté un par de banderillas al *cuarteo*, rematándola de un volapié en las tablas. La segunda, doña Benita, conocía el engaño y buscaba el bulto. La aplomé con seis verónicas y una navarra, estilo Cayetano, capeo fino. Aguantó nueve varas, dándome un revolcón sin resultados; le colgué dos pares de rehiletes, y después de tres pases de pecho y diez naturales, la hice humillarse de una baja arrancando. La tercera, doña Venancia, de muchas libras, ojo de perdiz, recelosa y huída; no entró á la puya, y tuve que ponerle banderillas de fuego. Y la cuarta y última, doña Paca, *berrenda en colorao*, listona, capirota, botinera y bizca del derecho. Recargaba en las suertes; le puse un par al sesgo, tuve una cogida sin consecuencias, y después de un trasteo de primer orden, la rematé de una por todo lo alto, *recibiendo*. Resumen: el ganado bravo y de sentido; la lidia, notable; la presidencia, acertada.

ANG. De todo eso lo único que saco en limpio es que todas ellas eran atroces.

DOCT. Sí, señor; pero, á pesar de todo, si encuentro mujer que me agrade, me caso por quinta vez.

ANG. ¿Aunque tenga madre?

DOCT. Aunque la tenga. La tomaré como toro de gracia... y se la dejaré al *sobresaliente*.

ANG. ¡Ay! ¡Dichoso usted, que puede echar á broma una cosa tan seria!

DOCT. Pues hombre, ¡si fuera uno á tomar en serio las cosas de la vida, aviado estaba!

ANG. ¡Ay! (Levantándose.)

DOCT. ¿Qué?

ANG. Ha parado un coche.

DOCT. Creo que sí.

ANG. ¡Ella es! ¡Dios mío!

DOCT. ¿Quién?

ANG. ¡Mi suegra, que viene de Sevilla! ¡Mi suegra, á quien voy á conocer en este momento! (Se deja caer en un sillón.) ¡Sí, ellas son!

DOCT. ¡Pero, hombre, le va á llamar á usted grosero! Salga usted á recibirla.

ANG. (Levantándose y yendo hacia el foro.) Tiene usted razón; voy á recibirla, sí.

DOCT. Oiga usted, si no puede usted *recibirla*, *aguántela* usted. (Vase Angel.)

ESCENA VII

EL DOCTOR

¡Me parece que este hombre no tiene ánimos para la lidia! Le compadezco si no toma á tiempo el olivo.

ESCENA VIII

DICHO.—LUISA.—ANGEL.—DOÑA CLARA.—DOÑA JUANA
Luisa trae del brazo á doña Clara y doña Juana.
Angel entra detrás.

LUISA. (Dentro.) ¡Que pongan ahí los equipajes!

DOCT. ¡Señoras!

LUISA. ¡Adiós, Doctor! ¿Cómo está usted? ¿Qué tal ha encontrado usted á Angel?

DOCT. Muy bueno.

ANG. (¡Sí, muy bueno!)

LUISA. ¡Aprensión es lo que tiene! ¡Ya se lo dije yo! Tengo el gusto de presentar á usted á mamá. (Presentándole á doña Clara.) El doctor Aguirre, nuestro médico.

DOCT. Y muy servidor de usted, señora.

CLARA. Gracias.

LUISA. Y esta señora (Por doña Juana) es, como si dijéramos, mi segunda madre. Me ha conocido desde que levantaba yo tanto asi del suelo... ¿Es verdad?

JUANA. Sí, es verdad. (Sonriéndose.)

LUISA. Siéntense ustedes.

DOCT. Yo, con su permiso...

ANG. (¡No se vaya usted!)

LUISA. Voy á quitar á ustedes los sombreros. (Le quita el suyo á doña Juana. Doña Clara, con los quevedos puestos, observa impertinentemente todos los objetos que hay en la habitación.)

ANG. (Al Doctor.) (¿Qué le parece á usted?)

DOCT. (¡Boyante y de buen trapío!)

LUISA. (A doña Clara.) ¡Siéntese usted, mamá!

ANG. (¡Usted!) (Acercándose á Luisa.) (¿No me habías dicho que la tratabas de tú?)

LUISA. (Se incomoda, y por eso...)

ANG. (¡De usted! Sistema antiguo: suegra Calomarde.)

JUANA. Me parece muy alegre esta casa..., y muy lindo el jardín. No echaremos de menos Andalucía...

CLARA. Sí, no es fea.

LUISA. Ustedes traerán apetito. Daré orden de que adelanten la hora del almuerzo.

ANG. Te advierto que Manuel nos acompañará... Ha dicho que vendría pronto.

CLARA. ¿Y quién es Manuel?

ANG. Un amigo... mío...

LUISA. Y usted... Doctor, ¿no quiere almorzar con nosotros?

DOCT. Bien: almorzaré, si antes no vienen á avisarme, porque la Marquesa...

LUISA. (Al criado que entra.) Que dispongan el almuerzo, y que avisen cuando esté. Que pongan dos cubiertos más. (Vase el criado.)

ANG. (Mirando de reojo á doña Clara.) (¡Y qué buena está para la edad que tiene!)

CLARA. Observo, hija mía, que tu esposo no ha de perderse por lo charlatán.

ANG. Yo... no...

CLARA. Vamos, hombre, ya ha soltado usted dos palabras. Algo es algo. Pues en mí va usted á encontrar el reverso de la medalla. En eso no se me parece mi hija.

ANG. (¡Ni en nada, por lo visto!)

CLARA. ¿Se ha incomodado usted por lo que he dicho?

ANG. Yo, señora...

CLARA. Francamente, he notado que está usted así como con disgusto. Sentiría que mi venida fuera la causa...

ANG. ¡Por Dios!

LUISA. No, mamá; ¿por qué? ¡Al contrario! ¿No es verdad, Angel?

ANG. Sí, al contrario.

CLARA. Como le veo á usted tan retirado, con ese gesto, y sin decir esta boca es mía... ¡Hombre! ¡Bien podía usted preguntarnos siquiera qué tal viaje hemos traído!

ANG. ¡Ah! Sí; dispense usted. (Transición.) ¿Y qué tal... qué tal viaje han traído ustedes?

JUANA. ¡Excelente!

CLARA. Regular. Venía con nosotros un matrimonio joven, dos chiquillos así como ustedes, y la mamá de ella, que por lo visto es una infeliz. ¡Bonito papel ha venido haciendo todo el camino! ¡Para que yo les hubiera sufrido tanta inconveniencia! Los matrimonios jóvenes no quieren convencerse de lo precisa que les es la autoridad de una madre, de una verdadera cabeza de familia, que les guíe, apartándoles de los abismos adonde su inexperiencia puede conducirlos, y les dé consejos útiles en todas las cuestiones que ellos no puedan resolver fácilmente. ¿No piensa usted como yo? (Mien-

tras doña Clara dice lo anterior, Angel, asustado, da con el codo al Doctor varias veces.)

ANG. Sí, sí, señora. (¡Ay, Doctor!)

DOCT. (Está muy brava; necesita muchos *recortes*.)

CLARA. Me figuro que usted tendrá formada de las suegras una opinión semejante á la que tiene la mayoría de los casados. La suegra es un sér insoportable, una espía del marido, una mujer que se mete en todo, que no encuentra nada á su gusto.

ANG. Yo...

CLARA. Un tirano con faldas, cuyo dominio es necesario esquivar á todo trance ¡No me diga usted que no! Pues bien: yo traigo el propósito de convencer á usted de lo contrario, y de que ame á su suegra como debe amarla todo yerno cariñoso. ¿Tiene usted prevención contra mí? ¡Yo la desvaneceré! Y basta de sermón. Luisa, hija mía, ven acá, siéntate á mi lado. (Luisa se sienta junto á doña Clara.) ¿Sabes que te encuentro mucho más delgada que la última vez que nos vimos? ¡Pero mucho más delgada! ¿Te sientes mal? ¿Tienes algún disgusto? Cuéntamelo todo; no ocultes nada á tu madre.

LUISA. Nada le oculto á usted. Soy completamente feliz.

CLARA. ¡Dios lo quiera! (A Angel.) No se ofenda usted por lo que voy á decirle.

ANG. Es usted muy dueña...

CLARA. No acabo de creer lo que Luisa me dice.

ANG. ¡Señora!...

LUISA. ¡Mamá!

CLARA. Las mujeres suelen ocultar á sus madres los defectos de sus maridos, para que, ignorándolos, les tengan en mayor aprecio del que merecen. Vive en Sevilla una amiga mía, que no puede ser más desventurada con su esposo, y cuando su madre, con el interés que naturalmente ha de inspirarle su hija, la pregunta si es dichosa, ella contesta como Luisa: "¡Soy completamente feliz! ¡Mi marido es el hombre más cariñoso del mundo!„ Y como este ejemplo puedo citar á usted varios. Por eso no extrañe que me permita dudar de lo que Luisa dice. Los hombres son ustedes muy malos, pero muy malos.

ANG. Muchas gracias.

DOCT. Muchísimas gracias.

CLARA. Hablo en general.

DOCT. Pues por eso contestamos los dos. (¡Hombre, échela usted un capote!)

ANG. (¡No la resisto ni veinticuatro horas!)

CLARA. ¿Y por cuánto tiempo han alquilado ustedes este hotel?

LUISA. Por dos años.

CLARA. ¿Y piensa usted pasar aquí el invierno?

ANG. Sí, señora.

LUISA. Angel es tan aficionado al campo...

CLARA. Pues es una locura; no puede sentarte bien: es imposible.

ANG. Señora, el médico opina lo contrario.

CLARA. Yo respeto la opinión de usted. Pero no me

negará que suelen equivocarse con frecuencia.

ANG. (¡Qué imprudente!)

DOCT. Cierto es que, por desgracia, no siempre acertamos.

CLARA. Yo no comprendo esta moda de vivir en los alrededores de la población. Esto no es disfrutar ni del campo ni de Madrid.

ANG. Yo opino lo contrario, que así se disfruta de ambas cosas.

JUANA. A mí me parece lo mismo.

CLARA. ¡Tengo la desgracia de no encontrar nunca nadie de mi opinión!

ANG. (¡Cómo serán sus opiniones!)

CLARA. (Que se ha levantado y mira el jardín por la ventana.) ¡Hombre, qué fuentecita!

LUISA. ¿Ves qué linda?

CLARA. Sí, muy linda para coger junto á ella unas tercianas.

ANG. (¡Cuotidianas van á ser las mías!)

DOCT. (¡Es de Miura!) (A Angel.)

CLARA. ¡Hija, qué gusto tan detestable habéis tenido para los muebles de esta habitación! ¿Quién los ha elegido?

ANG. Yo, señora.

CLARA. ¡Me lo figuré! ¡Son horribles!

JUANA. A mí me parecen muy bien.

ANG. Muchas gracias.

ESCENA IX

DICHOS.—UN CRIADO.—MANUEL

CRIADO. El señor Ortega.

ANG. Ya está aquí Manuel.

MAN. Sentiré haberme hecho esperar. Luisa... (Saludándola.)

LUISA. (Presentándole á doña Clara.) ¡D. Manuel Ortega, mamá!

CLARA. (¡Él!)

MAN. (¡Ella!)

JUANA. ¿Qué es esto?

CRIADO. Cuando ustedes gusten, ya está el almuerzo. Señor Aguirre, que vaya usted inmediatamente á casa del señor Marqués.

DOCT. ¡Gracias á Dios! A ver si ahora salimos del paso. Señoras, muy bien venidas. Adiós, Luisa. Siento no almorzar con ustedes. Si puedo, vendré á tomar el café.

LUISA. Adiós, Doctor.

MAN. (¡Es ella, no hay duda!)

CLARA. (¡No hay duda, es él!)

LUISA. A la mesa. (Angel ha ido á dar el sombrero al Doctor.)

CLARA. (A Angel.) Vamos, hombre, ofrézcame usted el brazo; sea usted fino.

ANG. Sí... ¡voy! (¡Doctor!...) (Dándole el sombrero.)

DOCT. (¡Prepare usted la media luna!) (Manuel lleva del brazo á Luisa y doña Juana. Angel da el suyo á Clara, y ésta se lo lleva casi arrastrando.)

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

La misma decoración del anterior.

ESCENA PRIMERA

DOÑA CLARA.—DOÑA JUANA.—EL DOCTOR.—ANGEL y MANUEL sentados.—LUISA, sirviéndoles el café.

LUISA. (A doña Juana.) ¿Con leche?

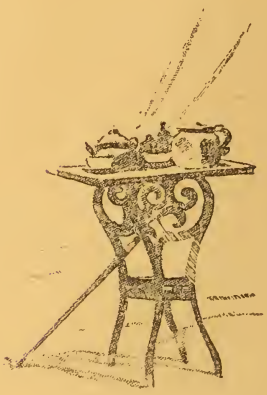
JUANA. Sí, un poquito.

LUISA. (A doña Clara.) ¿Y usted?

CLARA. Yo, solo.

LUISA. (A Manuel.) ¿Y usted también?

MAN. Sí, señora.



ANG. Y yo también.

LUISA. Tú no debes tomarlo puro. ¿Verdad, Doctor? ¡Si apenas ha almorzado!

DOCT. Es lo mismo.

LUISA. Va á hacerte daño; no te lo doy.

CLARA. Haces muy mal: que lo tome como quiera. No es ningun chiquillo; si le hace daño, que se aguante; dáselo puro.

ANG. (A Luisa, muy marcado.) ¡Con leche!

LUISA. ¡Ay! ¡Se me ocurre una idea! Vamos á tomarlo al jardín.

JUANA. (Levantándose.) Bueno.

ANG. Me parece bien. (Se levantan todos.)

CLARA. ¡Excelente idea, con este sol que hace! ¡La más á propósito para coger un tabardillo!

ANG. (¡Dios me dé paciencia!)

DOCT. (A sentarse, don Angel.) (Se sienta. Los demás hacen lo mismo.)

LUISA. Bueno, lo tomaremos aquí.

MAN. (Aparte á Angel.) (Tenemos que hablar.)

ANG. (Busca un pretexto para que nos vayamos.)

MAN. (Necesito estar aquí.)

ANG. (¡Tú!)

MAN. (Sí; ya te explicaré...)

LUISA. (Al Doctor.) ¿Y cree usted que la Marquesa saldrá hoy de su cuidado?

DOCT. No lo sé, hija; yo ya voy temiendo que no va á salir nunca.

LUISA. ¡Pobre señora!

DOCT. ¡Llevo una semana divertida!

LUISA. Lo comprendo.

CRIADO. De parte del señor Marqués, que vaya usted inmediatamente. (Al Doctor.)

DOCT. (Dejando la taza y levantándose.) ¿Lo ven ustedes? ¡Ni tomar el café me dejan! Adios, señoras. Y probablemente para nada. (Vase.)

ESCENA II

DICHOS, menos el Doctor.

CLARA. No pierde nada con no tomarlo: es un café detestable. (Dejando la taza.)

LUISA. ¡Mezcla de moka y caracolillo!

CLARA. Será que esté muy tostado.

ANG. (¡Yo sí que voy estando tostado!)

CLARA. (A doña Juana.) ¿Por qué no bajas á dar una vuelta por el jardín, tú que eres tan aficionada á las flores? Puede acompañarte ese caballero (Por Manuel.), y así hablaremos nosotros de algunos asuntos de familia con los cuales temo molestar á ustedes.

ANG. (¡Es hasta grosera!)

MAN. Señora, yo tendré mucho gusto en acompañar á usted. (A doña Juana.)

ANG. ¡Pero van á coger un tabardillo con el sol que hace!

CLARA. Bajo los árboles hay sombra.

ANG. (Para tomar el café no la había.)

JUANA. Daremos un paseíto. Hasta luego.

LUISA. Adiós.

MAN. (Después de darle el brazo.) Hasta después. (Vánse.)

ANG. Yo voy con ustedes también.

CLARA. Suplico á usted que se quede. Tenemos que hablar. (Salen doña Juana y Manuel.)

ESCENA III

DOÑA CLARA, LUISA y ANGEL

ANG. (¡Santo Job! ¡Santísimo Job! ¡Préstame tu paciencia!)

CLARA. (Se sienta.) Sentémonos. (A Angel.) Observo, hijo mío, que, como yo sospechaba, me

mira usted con la misma prevención que abrigan todos hacia su suegra.

ANG. ¡Yo!...

CLARA. Es inutil negarlo: tengo un golpe de vista que no me engaña nunca.

ANG. Pero...

CLARA. No me importa. Usted ha formado de mí una idea equivocada...; no me importa tampoco. Sé que mis palabras van á disgustar á usted...; tampoco me importa nada. Vengo dispuesta á que esto no siga así.

ANG. Y dígame usted, señora, ¿qué es esto?

CLARA. Esto es la vida anómala que estamos haciendo: esta separación no puede continuar; yo quiero vivir al lado de mi hija, quiero velar por ella.

ANG. No lo necesita, señora.

CLARA. Sin embargo, yo quiero vivir aquí, y vengo completamente decidida á ello.

ANG. (¡Esta es la más negra!) (Saca un cigarro puro.)

CLARA. Usted no me conoce, hijo mío, si piensa que yo voy á meterme en nada. De ningún modo. Ustedes serán independientes, y yo también. Soy enemiga de ocuparme en lo que no me importa, y además comprendo

que á cada edad hay que darle lo que le corresponde. ¿Qué está usted haciendo?

ANG. Señora, encendiendo un cigarro.

CLARA. ¡Pero usted fuma!

ANG. Sí, señora.

CLARA. ¿Y tú le permites que fume?

LUISA. Sí.

CLARA. ¡Tire usted ese cigarro!

ANG. ¡Señora!

CLARA. (Cogiéndoselo de la mano.) ¡Y fuma usted brevas! ¡Gastará un dineral en humo! (Tira el cigarro.) Veinte años estuve casada, y ni una vez se permitió mi esposo fumar en mi presencia!

LUISA. (A Angel.) (¡Calla, por Dios!)

ANG. (¡Aquí va á armarse algo muy gordo!)

CLARA. Iba diciendo que yo, aunque viva con ustedes, no me meteré en nada.

ANG. Sí: eso estaba usted diciendo.

CLARA. Ahora bien: si yo notase algo inconveniente, mi obligación, como madre cariñosa, sería no tolerarlo. Vamos á ver. ¿Cuánto da usted mensualmente á Luisa para sus gastos particulares?

ANG. Lo que le hace falta.

CLARA. ¡Qué! ¿No le tiene usted asignada una cantidad fija? Eso no puede seguir así. En toda casa donde hay arreglo, la mujer sabe á qué atenerse, y gasta acomodándose á lo que tiene. Dada la posición de usted, su mujer necesita dos mil reales al mes para sus gastos.

ANG. (¡Caracoles!)

CLARA. Y usted, ¿cuánto gasta?

ANG. ¡Qué sé yo cuánto gasto!

CLARA. Bien; no crea usted que yo no me pongo en lo regular: sé que los hombres tienen compromisos, y no quiero que usted quede mal en ninguna ocasión. Le señalo á usted tres duros mensuales.

ANG. (Procurando reir.) ¡Qué bromista es usted!

CLARA. ¡Cómo bromista! ¿Pero usted echa á broma lo que le digo?

ANG. ¿Pues cómo he de tomarlo?

CLARA. ¡De veras y muy de veras! ¡Pues me gusta! La cosa es muy seria.

ANG. ¡Y tan seria!

CLARA. ¿Y quién de ustedes maneja los fondos?

ANG. ¡Yo!

CLARA. ¡Ah! ¡Usted! ¡Y tú se lo toleras! ¡Ah, caballero! bien se conoce que ha dado usted con Luisa, que es un ángel; con mi hija, que tiene el carácter tan dulce como el mío, que lo sufre todo. Pero si hubiese usted dado con una de esas mujeres que comprenden en lo que consiste el bienestar de un matrimonio, que saben que el dinero en manos del marido es un peligro constante para la felicidad conyugal, no tendría usted la llave de la gaveta. Porque, vamos á ver: ¿qué objeto tiene usted al apoderarse de ella? Disponer á su antojo del dinero, derrochar con sus amigos lo que después hará falta en su casa, alimentar vicios, sostener acaso alguna mujer...

ANG. ¡Señora!... (¡Yo no aguanto más!)

LUISA. (Prudencia, Angel. ¡Ténla por mí!) (Pausa.)

CLARA. Vamos, veo que le he convencido á usted. Me alegro. Desde hoy te encargas tú de los fondos, hija mía. Así me gusta; es usted hombre razonable...

ANG. Pero...

CLARA. Continúo. Otra de las calamidades que afligen al matrimonio son los amigos del marido. Ya he visto que tiene usted un amigo, ése que acaba de salir. ¿Tendrá usted algun otro?

ANG. Señora... ¡muchísimos!

CLARA. Pues yo vengo dispuesta á cortar de raíz tales abusos. Los amigos del marido no sirven para nada bueno. No admito réplicas. El mejor esposo, el menos aficionado á divertirse, el más amante de su mujer, cae al abismo arrastrado por sus amigos. Cuando el hombre se casa debe separarse de todo aquello que represente su vida de soltero; y así como destruye la correspondencia de sus antiguas amantes, así como rompe todos los recuerdos de amor para consagrarse á su esposa, así tambien debe renunciar á todas sus amistades, nacidas entre el desorden de la vida de soltero. Usted debe desde ahora crearse amigos nuevos, personas formales, de su mismo estado, pero de más edad. Porque... vamos á ver. Voy á poner á usted un ejemplo práctico.

ANG. (¡Esta mujer me marea!)

CLARA. Está usted con su esposa. Es una tarde de invierno; hace mucho frío; ella no tiene

gana de salir, usted tampoco. La lluvia azota los cristales, el fuego chisporrotea; todo brinda á pasar la tarde en casa. Usted es feliz al lado de su mujer; no parece sino que un rayo de la luna de miel los ilumina. De pronto llega un amigo de usted, un amigo como ese que estaba aquí y le dice... ¿Cómo se llama usted?

ANG. ¡Angel, señora! ¿No lo sabe usted? (A Luisa.) ¡No sabe *mamá* cómo me llamo! ¡Angel! (¡Y tan Angel!)

CLARA. Sí, no recordaba: pues bien, le dice: Angel, vámonos á dar una vuelta... Y usted dice: hombre, no pensaba salir. ¿Y qué te haces aquí toda la tarde? Ya lo ves. Pero, hombre, ¿no te aburres de estar aquí metido todo el día? Usted contesta *¡Pché!* Vamos, anímate, vente un rato al Casino; y usted se levanta y deja á su mujer y se marcha con su amigo. Llega la hora de comer, y el amigo dice: no vayas á casa, comeremos en Fornos. Y usted contesta: no, no, me espera Luisa... y él exclama: ¡parece que estás cosido á pespunte á tu mujer! Y usted, porque no crea que está cosido á pespunte, come con su amigo en Fornos, y después se van ustedes al teatro, y luego Dios sabe adónde, y viene usted á casa á las tantas de la mañana. Y en tanto su pobre esposa le aguarda impaciente, teme que le haya sucedido una desgracia, gime, llora, se desespera. (Pasando por delante para abrazar á Luisa.) ¡Ay, hija mía! ¡Y

para esto te has casado! Para unirte á un hombre que te deja abandonada, ¡pobre hija mía!

ANG. Pero, señora...

CLARA. Nada, nada; se suprimen los amigos. (Con la mayor naturalidad.)

ANG. Señora, si se ha figurado usted que voy á tolerar ese ridículo dominio que pretende ejercer sobre nosotros, le advierto que se ha equivocado por completo. Yo en mi casa haré lo que me parezca conveniente. (Luisa le tira del batín, y Angel se lo hace soltar repetidas veces.)

CLARA. Caballero, ¿qué manera de hablar es ésa?

ANG. La manera más franca y más oportuna, después de escuchar á usted.

CLARA. Es decir, que no admite usted consejos de nadie, que quiere vivir á su antojo, libre como antes de casarse, entregado á todos los excesos...

ANG. Señora...

LUISA. (¡Calla, por Dios!)

CLARA. No tiene usted la culpa, sino Luisa que lo sufre, y que por lo visto le ha dejado hacer en todo su santísima voluntad; pero yo le prometo que de hoy en adelante no será así. Felizmente he llegado á tiempo de evitar desgracias mayores. Luisa, tú no puedes tolerar lo que está pasando.

LUISA. ¡Pero si no pasa nada, mamá!

CLARA. Pasará. Ya he conocido á este caballero, ya veo que es capaz de todo, ya compren-

do por qué estás tan desmejorada; adivino los malos ratos, comprendo el abandono en que vives. ¡Tú eres muy desgraciada, hija mía!

ANG. ¿Oyes, Luisa?

LUISA. No, mamá.

CLARA. ¡Oh! ¡Lo comprendo todo! ¡Pobre hija mía! ¡Pobre mártir! (Pasando como antes para abrazarla.)

ANG. ¡Señora, por los clavos de Cristo!

CLARA. Yo no puedo ver esto, no puedo. Hoy mismo me vuelvo á Andalucía.

ANG. ¡Vaya usted bendita de Dios!

CLARA. ¡Ah! ¿Conque quiere usted que me vaya? Pues no me voy.

ANG. (¡Dios mío!)

CLARA. Pero sí, me voy, me voy. No quiero verte sufrir. ¡Qué boda tan desgraciada! Me marcho hoy mismo. ¿A qué hora sale el primer tren?

ANG. A las siete y cuarenta y cinco.

CLARA. (Llorando.) ¡Quédese usted sacrificando á esta víctima, y tenga la seguridad de que no he de verla más en mi vida! ¡Me voy para siempre!

ANG. ¡Qué felicidad!

CLARA. (A Luisa.) (Llora, llora.) (Luisa finge llorar.)

LUISA. ¡Ay, Dios mío!

ANG. ¿Por qué lloras?

CLARA. ¿Lo ve usted? La va usted á matar á disgustos.

ANG. ¡Hágame usted el favor de callar!

CLARA. (Llora más fuerte.) (Luisa lo hace.)

ANG. ¡Por Dios, Luisa!

CLARA. ¡Ahí tiene usted las consecuencias de su conducta!

ANG. ¡Señora, es usted un demonio!

CLARA. ¡Hija mía, que insulta á tu madre!

LUISA. (Llorando más.) ¡Ay, ay, ay!

ANG. ¿Qué es eso? ¿Te pones mala?

LUISA. (En voz muy baja.) (No te asustes, me ha dicho ella que lo finja.)

ANG. (¡Canastos!)

CLARA. Yo no puedo ver esto.

ANG. Yo no puedo verla á usted.

LUISA. (Riendo á carcajadas.) ¡Ja, ja, ja, ja!

ANG. ¡Y te ríes!

CLARA. ¡Risa nerviosa! ¿Lo ve usted? ¡La va á matar en cuatro días!... No puedo ver esto, me voy ahora mismo.

ANG. Vaya usted enhorabuena.

CLARA. ¡Es usted un infame!

ANG. ¡Y usted una suegra!

(Los dos párrafos siguientes deben decirse á un tiempo.)

CLARA. ¡Le aborrezco á usted, no puedo verle! ¡Le odio! ¡Ay, qué boda tan infeliz! ¡Ay, qué hombre, qué hombre, qué hombre!

ANG. Vaya usted con Dios y no vuelva. ¿Por qué ha venido usted? ¿Para qué ha venido usted? ¡Qué mujer, qué mujer, qué mujer!

(Vanse cada uno en dirección contraria. Luisa, al verlos salir, suelta ya francamente la carcajada.

ESCENA IV

LUISA.—Luego ANGEL

ANG. (Asomando con precaución la cabeza.) ¿Se marchó?

LUISA. Sí.

ANG. Luisa, ya comprenderás que esto no puede tolerarse.

LUISA. ¡Hijo, y qué remedio! Es mi madre.

ANG. ¡Pues me gusta! ¡Conque es decir que estás dispuesta á sufrirla! ¡Qué! ¿Te parece natural que yo permita la repetición de escenas semejantes? ¡No! ¡De ningún modo: no faltaba más!

LUISA. Pero, hombre, reflexiona...

ANG. No reflexiono. Ya estoy hasta aquí; me ha dado un disgusto gordo; pero el segundo,

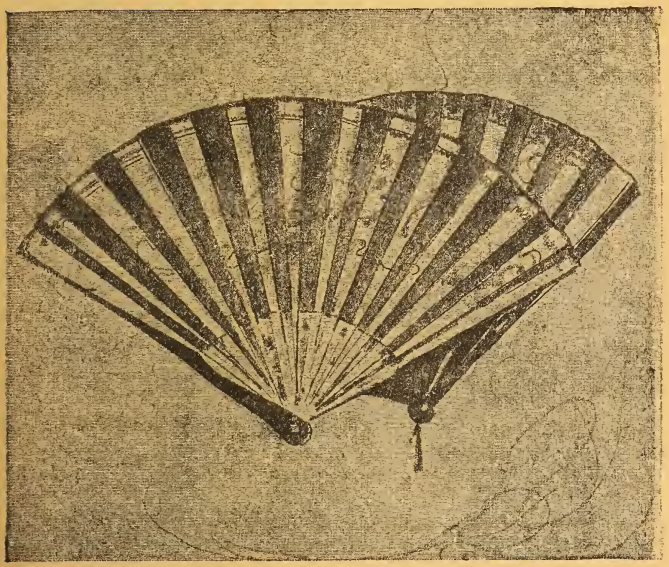
yo te juro que no me lo da. ¡No faltaba otra cosa! (Cogiendo el abanico que tiene Luisa y haciéndose aire con él.)

ESCENA V

DICHOS.—DOÑA JUANA.—MANUEL

JUANA. Es precioso el jardín.

ANG. (¡Ah!) (Deja de pasear, pero sigue abanicándose.)



LUISA. ¿De veras le ha gustado á usted?

JUANA. Muchísimo, hija mía.

MAN. (A Angel.) ¿Qué es eso, tanto calor tienes?

ANG. ¡Estoy ardiendo!

JUANA. ¿Se siente usted malo?

ANG. No, no, señora, muchas gracias. (Toca el timbre.)

MAN. (¿Dónde habrá ido?)

LUISA. ¿Qué quieres?

CRIADO. ¿Qué manda usted?

ANG. ¡Un vaso de agua! (Vase el criado.)

LUISA. No, Angel, por Dios, no bebas ahora; estás sofocado y podrá hacerte daño.

MAN. ¿Pero de qué te has acalorado así?

LUISA. (A doña Juana.) Ha tenido una cuestión con mamá.

JUANA. Vamos, ya comprendo; su carácter, su carácter de siempre.

ANG. ¡Ah, señora! ¡Celebro que usted diga lo mismo! ¡Tiene un genio insoportable! ¡Eso no es mujer... eso es... eso es una suegra! ¡Bien lo decía yo! ¿Por qué no me habré casado con una huérfana?

LUISA. Muchas gracias.

JUANA. No, hijo mío, no diga usted eso. La suegra es una segunda madre.

ANG. Eso debe ser, pero no lo es.

JUANA. ¡Pues no ha de serlo! Yo no me conceptúo una excepción, y soy, sin embargo, la madre de mi yerno. ¿Usted tiene madre?

ANG. No, señora.

JUANA. Pues bien; en la de Luisa debe usted encontrarla. Ella debe tratar á usted como hijo suyo...; si no, ¿por qué le ha entregado su hija?

ANG. ¡Eso digo yo!

JUANA. Mi amiga tiene mal carácter, es cierto...

ANG. ¡Insufrible!

JUANA. Y habrá querido meterse en si ustedes viven de esta ó de la otra manera...

ANG. Exactamente.

JUANA. Pues bien, yo evitaré todo eso; yo le haré comprender que su misión al lado de ustedes debe reducirse á estrechar más y más el lazo que les une, á calmar su encono, si lo hubiera, á disipar todas las nubes que oscurezcan el cielo de su dicha... Vamos, cálmese usted, que no merecen estas ligeras rencillas el que usted se sofoque de ese modo. (Presentándole el vaso del agua.) Tranquilícese usted. Beba un poquito.

ANG. Gracias, muchas gracias. (Bebe.)

JUANA. Fume usted un cigarro. (Dándole uno que coge de la cigarrera.)

ANG. ¿No le molesta á usted el humo?

JUANA. Al contrario. (Dándole un fósforo encendido.)

ANG. (¡Qué simpática es esta señora!) Gracias, gracias.

JUANA. Y tú, hija mía, ven conmigo. Vamos á calmar las iras de tu mamá.

LUISA. Vamos. (Vánse.)

ESCENA VI

ANGEL.—MANUEL

MAN. (Conteniendo la risa.) (Si él supiera... ¡infeliz! Le está bien empleado.)

ANG. (Mirando hacia la puerta por donde salió doña Juana.) ¡Pero qué simpática es esa señora! (Volviéndose á Manuel.) ¿Ves cómo yo tenía razón?

MAN. ¿En qué?

ANG. En decir que todas son iguales. No puedes figurarte la escena que aquí ha pasado hace un momento. Esa mujer es una fiera.

MAN. ¡Calla, desdichado, no sabes lo que dices!

ANG. ¡Cómo! Puede que todavía quieras convencerme...

MAN. ¿Sabes quién es tu suegra?

ANG. Sí, un demonio.

MAN. ¡Tu suegra es la mujer más encantadora de la tierra, la mujer de quien estoy enamorado con toda mi alma!

ANG. ¡Manuel! ¿Te has vuelto loco?

MAN. ¡Sí, Angel, sí, es ella, ella!

ANG. ¡Manuel!

MAN. Esa mujer de quien mil veces te he hablado; la viuda con quien hice un viaje desde Córdoba á Cádiz; la única mujer que

me ha hecho pensar seriamente en el matrimonio.

ANG. ¡Jesús!

MAN. La misma. Yo necesito hablar con ella. No he vuelto á verla desde entonces. Ocho meses hace. Ella habrá creído que no la he buscado, que la he olvidado tal vez. No. Es preciso que sepa que la quiero como antes, más que antes...

ANG. Pero, hombre, es imposible lo que estás diciendo!

MAN. Te juro que sí. ¡Cómo había yo de suponer que era esa señora tu suegra! ¡Yo que no soñaba sino con el momento de volver á verla! ¡Soy feliz, completamente feliz, abrázame!

ANG. Cálmate, Manuel. Bebe un poco de agua.

MAN. Pero... ¿no recuerdas que te he hablado mil veces de una viuda?...

ANG. Sí, lo recuerdo... Una viuda que conociste en el tren, y que trataste ocho ó diez días en Cádiz: ¡me lo has contado cien veces!

MAN. La misma. La reconocí al momento, y ella á mí.

ANG. Pero... ¿te gusta de veras?

MAN. ¡Me encanta!

ANG. ¿Y no te asusta su genio?

MAN. ¡Al contrario!

ANG. Estás hablando en broma...

MAN. Te juro que lo digo con toda mi alma.

ANG. ¡Una señora de sus años!

MAN. ¡Cómo de sus años! ¡Si no tiene arriba de treinta y seis!

ANG. (Riéndose.) ¡Treinta y seis! ¡Ja, ja, ja, ja! Treinta y seis: ¡qué disparate!

MAN. ¡Cómo disparate!

ANG. ¡Cincuenta, Manuel, cincuenta! Ya ves si lo sabrá su hija...

MAN. ¡Ah! Sí, es cierto; debe saberlo su hija... Pero no me importa: aunque tenga cien años. No los representa; para el caso es lo mismo.

ANG. Eso es muy cierto. Está muy bien conservada, no te lo niego; es una suegra á prueba de bomba; una suegra que no se morirá nunca!

MAN. Pues tal atractivo tiene para mí, tanto la quiero, que hasta soy capaz de casarme con ella.

ANG. ¡Qué dices! ¡Tú mi suegro! Ya te aborrezco.

MAN. ¡Ah! Allí viene.

ANG. Escapo. No quiero verla.

MAN. Sí, vete, que deseo hablarla.

ANG. ¡Pobre Manuel! Eres más digno de lástima que yo. (Vase al jardín.)

ESCENA VII

MANUEL.—CLARA

MAN. Ha fingido no conocerme. Veremos ahora.

CLARA. (¡Ah! ¡Él!)

MAN. Señora...

CLARA. ¿Y mi yerno?

MAN. Angel salió ahora mismo. Estoy enterado de todo. Deseo hablar con usted, Clara.

CLARA. Caballero ..

MAN. ¿Será posible que no se acuerde usted de mí? ¡Bastarán ocho meses de separación para olvidar al que ha jurado á usted que le amaría toda su vida!

CLARA. Caballero, yo no puedo recordar al hombre que, después de jurarme un amor eterno, desaparece cuando menos se piensa, y no vuelve á dar noticias de su persona. Voy á buscar á mi yerno. (Indica el mutis siempre que dice esto.)

MAN. Oigame usted, y me perdonará de seguro. La última noche que vi á usted fué el 25 de Octubre: lo recordaré siempre. Aquella noche recibí un telegrama anunciándome que mi padre estaba gravemente enfermo

CLARA. ¿Está ya bien?

MAN. Sí, señora; gracias.

CLARA. Me alegro. Abur.

MAN. Oigame usted por favor. Acababa usted de salir para la Isla con sus amigas, y el tren para Sevilla iba á marchar. Yo no podía ver á usted. Me puse en marcha pensando escribir en cuanto llegase á Madrid; pero en el poco tiempo que nos habíamos tratado, yo no sabía más que su nombre, su nombre, que no olvidaré nunca, pero no

su apellido. A pesar de esto, puse el sobre de mi carta eon su nombre y dirigido á la fonda en que usted se hospedaba.

CLARA. No he recibido esa carta

MAN. No es extraño. ¡Se pierden las que van con nombres y apellidos!... Pues bien, cuando mi padre estaba convaleciente, volví á Cádiz, sin más objeto que buscar á usted; no logré encontrarla, y recorrí desesperado toda Andalucía

CLARA. Ya no estaba allí. Me fuí al Norte.

MAN. Desde entonces no hago más que pensar en usted Recuerdo sin cesar aquella noche en que se le cayó á usted un lazo del vestido, que yo guardé como una reliquia preciosa, y que no me abandona nunca. Véalo usted aquí, sobre mi corazón. (Sacando un lacito.)

CLARA. (Mirando de reojo.) No quiero verlo. Eso no significa nada. (¡Pues es verdad!)

MAN. ¡Cómo olvidar aquella noche feliz en que á la orilla del mar, viendo sus olas transparentes que se deshacían en espuma á nuestros pies!...

CLARA. ¡Poeta, poeta!

MAN. Aquella noche me permitió usted que la *tutease*. ¿No se acuerda usted?

CLARA. No, señor. Voy á buscar á mi yerno.

MAN. ¡Ah! ¡No se vaya usted! ¡Yo se lo suplico! Tenga usted fe en mis palabras...: yo la amo.

CLARA. ¿De veras?

MAN. Con todo mi corazón.

CLARA. ¿Sí? Pues voy á buscar á mi yerno.

MAN. ¡No le llame usted así! ¡Qué mal sienta ese nombre en sus labios, formados para pronunciar palabras dulces!

CLARA. ¡Ay qué tunante!) Yo no puedo creer á usted; yo no soy ninguna niña para dejarme convencer de su constancia por unas cuantas frases que nada significan, y menos en boca de un poeta...

MAN. ¡Oh! Yo la juro que mi felicidad sería escuchar otra vez las palabras que aquella noche me hicieron tan dichoso. Pronúncielas usted una vez siquiera; sepa que no me ha olvidado, que aún puedo esperar... (Cogiéndola una mano.)

CLARA. Pueden vernos; ten prudencia.

MAN. *¡Ten!* ¡Has dicho *ten!* ¡Bendita seas! Te amo, ¡te idolatro!

CLARA. Voy á buscar á mi yerno. (Yendo á la puerta.)

MAN. Soy tan dichoso, que me parece mentira. ¡Ten, ten!

CLARA. Allí le veo. ¡Angel! ¡Angel! (Llamando.)

MAN. ¡No le llames!

CLARA. ¡Es necesario que esto concluya!

MAN. ¡Ten! ¡Ha dicho ten!

ESCENA VIII

DICHOS.—ANGEL, que entra fumando.

ANG. (¿Qué me querrá?) Señora, ¿qué desea usted? (Echando grandes bocanadas de humo.)

CLARA. ¡Y viene usted fumando!

ANG. Ya lo ve usted.

CLARA. ¿Es decir, que se ha propuesto no complacerme ni en lo más pequeño?

ANG. Me he propuesto ser el dueño de mi casa y hacer en ella todo cuanto me parezca conveniente. (Echándole humo á la cara.)

CLARA. Está bien. Yo llamaba á usted para buscar una transacción que evitase disgustos mayores, y veo que se niega hasta á lo más razonable. Basta. Veo que no me es posible continuar bajo este techo, que tengo que abandonar á mi hija; abandonarla en poder de usted, que la hace desgraciada. ¡Oh! ¿Para que habré venido á presenciar la desventura de mi hija? Me voy con el corazón destrozado por la pena. ¡Usted será el responsable de mi muerte! Porque yo me moriré, sí, me moriré muy pronto! ¡Ay! Me pongo mala. (Acercándose á un diván, fingiendo desmayo)

MAN. (A Angel) ¡Hombre, ten consideración!

ANG. Señora, usted sueña con desventuras que no existen; usted se ha propuesto sin duda sacarme de mis casillas juzgándome un tirano doméstico. ¡Luisa es feliz!

CLARA. (Llorando.) ¡Pobre hija mía! ¡Cómo había yo de suponer que al casarla con usted la haría tan desgraciada! ¡Ay! ¡Yo no sé lo que siento! ¡Yo me ahogo! (Cae en el diván como sin sentido.) ¡Ay, ay! ¡El ataque nervioso!

ANG. ¡Señora! (Acercándose asustado) Se pone muy

mala cuando le da esto; Luisa me lo ha dicho. (A Manuel.) Llama al criado; ¡que avisen al doctor! (Sale Manuel y vuelve á poco.) Señora, ¡por Dios! ¡Beba usted! ¡Beba usted! (Coge el tintero y le va á dar para que beba.) ¡Ay! ¡Si es el tintero! ¡No sé lo que hago! ¡Esta mujer va á volverme loco! (Le echa agua en la cara.)

CLARA. ¡Ay! (Estremeciéndose de veras.)

MAN. (Saliendo.) ¿Vuelve?

ANG. Parece que sí. (Clara empieza á sollozar, y cuando Angel y Manuel están inclinados hacia ella, da un grito agudísimo que les asusta.)

CLARA. ¡Ay! ¿Dónde estoy?

ANG. (¡La pregunta de siempre!) ¿Está usted mejor?

MAN. ¿Se siente usted ya bien?

CLARA. Sí, señor, gracias.

LUISA. (Dentro.) ¡Allá voy, mamá!

CLARA. Luisa viene: que no se entere de esto, no quiero hacerla más desventurada.

ANG. ¡Por vida de!...

ESCENA IX

DICHOS.—LUISA.—DOÑA JUANA.

CLARA. Luisa, hija mía, ha llegado el momento de hablar con toda franqueza. Tu marido yo no cabemos en una misma casa. Yo lamento la desdichada elección que has tenido al escoger por esposo á un hombre de sus condiciones. Pero como esto ya no

tiene remedio y no me siento con fuerzas para soportar el espectáculo de tus desdichas... te dejo.

LUISA. ¡Por Dios!

CLARA. Es inútil que me supliques. Estoy decidida á ello.

LUISA. ¡Angel!

ANG. Ya lo oyes, está decidida.

A. Esta separación eterna, porque será eterna..., me parte el alma. Antes de marcharme, óigame usted y no olvide las palabras que por última vez le digo. (A Angel.) Yo le entregué á usted mi hija para que la hiciera dichosa. Ya que esto no pueda ser, procure usted á lo menos reprimir ese carácter violento é irascible.

ANG. (¡Tiene gracia esto!)

CLARA. No olvide usted estas palabras de una madre que le ha hecho dueño de su tesoro más querido, de la hija de sus entrañas. ¡Ay, hija mía! (Abrazándola.)

MAN. (¡Hombre, no se te parte el corazón!)

ANG. (¡También tú!)

ESCENA X

DICHOS.—DOCTOR, que entra apresuradamente.

DOCT. ¿Qué pasa aquí? ¿Quién me necesita?

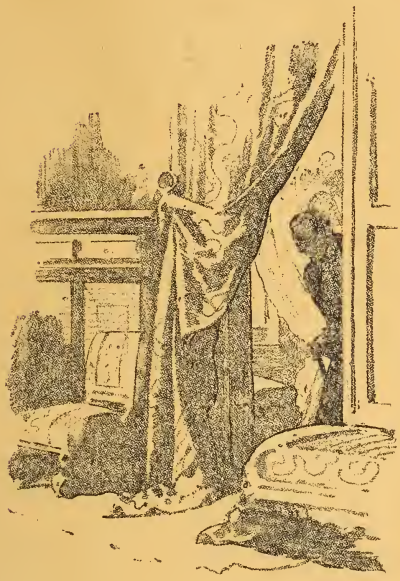
ANG. ¡Nadie ya! Esta señora se puso algo indispuesta...

DOCT. ¿Y está usted ya bien?

CLARA. (Llorando.) Sí, señor, sí.

DOCT. (A Angel.) ¿Pero qué es esto?

ANG. (¡Que se va... para siempre!)



DOCT. Sea enhorabuena. (Alguna banderilla bien puesta.) (Aparte.)

CLARA. ¡No quiero prolongar más mi estancia aquí! Dame el sombrero. (A Luisa.) Vámonos al momento. (A doña Juana.)

JUANA. (A Angel.) Yo deploro con toda mi alma...

ANG. ¿Pero qué? ¿Usted también se va?

CLARA. Sí, señor, se viene conmigo.

ANG. Yo no puedo permitirlo. (Haciéndola pasar á su lado.) Esta señora, si yo la dejase marchar así, podría creer, como usted, que yo hago á Luisa desgraciada. Necesito que esta señora no forme su opinión por la de usted; que me aprecie por sí misma, que me haga la justicia que merezco.

CLARA. Mi amiga vendrá conmigo, porque yo lo mando Disponte al momento.

JUANA. Yo...

ANG. No se va usted. Ya es empeño mío; yo se lo ruego.

JUANA. En parte tiene razón...

CLARA. Bueno, me marcharé sola. Ya veo que no sólo me roba usted el cariño de mi hija, sino el de mi amiga también. Es usted un hombre inicuo.

ANG. ¡Señora!

JUANA. (¡Prudencia!)

CLARA. (A doña Juana.) Quédate, quédate á convencerte por ti misma de lo que es este hombre. No necesito que me acompañes. Usted me hará ese obsequio, ¿no es verdad, caballero? (A Manuel.)

MAN. Con mucho gusto. (Coge el sombrero y le ofrece el brazo, en el que ella se apoya.)

CLARA. ¡Adiós, hija mía! (Le abraza.) ¡Le aborrezco á usted, le detesto! ¡Es usted un monstruo! Si usara de mi genio, no sé lo que le hacía, no lo sé. (Amenazándole.)

ANG. (A doña Juana.) (¡Me pega, me pega!)

CLARA. ¡Pero me voy, me voy! (Gritando.) Quiero te-

ner prudencia. ¡No quiero dar un escándalo! (Amenazándole.)

ANG. (¡Me pega, me pega!)

CLARA. Usted matará á disgustos á mi hija, y entonces... yo sabré lo que he de hacer. (Le da un empellón.)

ANG. ¡Me pegó! (Vase Clara rápidamente, arrastrando casi á Manuel. Angel, que ha estado conteniéndose, va á la puerta, y la cierra violentamente tras de doña Clara, colocando detrás dos sillas.) ¡Gracias á Dios!

CLARA. (Asomándose desde el jardín por la ventana.) ¡Oiga usted! ¡Oiga usted!

DOCT. (A Angel que se acerca.) (¡Que va á saltar la barrera!) (Angel, que se ha acercado á la ventana, se retira.)

CLARA. ¡Le advierto que está usted encerrado con su suegra!

ANG. ¡Cómo!

CLARA. ¡Que su suegra de usted no soy yo, sino esa señora!

ANG. ¿Qué dice?

LUISA. }
JUANA. } La verdad.

CLARA. Abur.

ANG. ¡Señora! Señora! Deténgase usted. ¡Explíqueme usted esto! (Abre la puerta y entran riendo doña Clara y Manuel.)

CLARA. ¡Hombre, le hemos engañado á usted como á un chino!

ANG. ¿Es posible? ¡Usted mi suegra! (A doña Juana.)

JUANA. No: ¡tu madre, hijo mío! (Abrazándole.)

LUISA. Sí, Angel, sí, nuestra madre.

CLARA. Como Luisa nos dijo la aversión de usted hacia las suegras, hicimos esta farsa para que no empezase odiando á su mamá política.

ANG. ¡Ah! Sí: comprendo que es verdad. Usted no tiene cara de suegra. (A doña Juana.)

CLARA. ¡Hombre, gracias por la galantería!

ANG. Dispense usted... la sorpresa... ¡no sé lo que digo!

CRIADO. (Entrando.) Señor Doctor: de parte del señor Marqués...

DOCT. ¡Voy al momento! ¡No me dejan descansar!

CRIADO. Que la señora Marquesa acaba de dar á luz una niña con toda felicidad.

DOCT. ¡Cuando yo no estaba! ¡Y para esto me he pasado allí ocho días! Voy con permiso de ustedes.

CLARA. Espere usted un instante.
(Al público.)

Yernos, apreciables yernos,
que con la intención más negra
aseguráis que es la suegra
aborto de los infiernos.
Hacedle justicia ya,
siquiera por compasión;
miradla sin prevención,
y vuestra madre será.
Pues yo sé de buena tinta,
y se lo pruebo á cualquiera,
que no es la suegra tan fiera
como la gente la pinta.

FIN DE LA COMEDIA

Miguel Ramos Carrión

DOCE RETRATOS

SEIS REALES

PASILLO CÓMICO, ORIGINAL Y EN VERSO

Estrenado en el TEATRO CIRCO DE MADRID
el 10 de Junio de 1874

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
UNA SEÑORITA	SRTA. MENDOZA TENORIO
UNA RIBETEADORA	SRA. VALVERDE
UNA SEÑORA DE CIERTA EDAD	
UN SEÑORITO	SR. MARIO
UN SOLDADO	
UN CHULO	
EL FOTÓGRAFO	AGUIRRE
UN SEÑOR MAYOR	HERNÁNDEZ
UN NIÑO DE SEIS AÑOS	BUENO
UNA CRIADA	No hablan.
UNA NODRIZA	

ACTO UNICO

Una galería fotográfica.—El primer término derecha, cubierto por la claraboya de cristales.—Al fondo, y la izquierda, el gabinete fotográfico, cuyas paredes están cubiertas por retratos de todos tamaños.—Un cartelito que dice: LOS RETRATOS SE PAGAN ADELANTADOS.—Puerta al foro, que se supone da á la escalera, y otra á la izquierda para el interior de la casa.—Dos fondos arrollados en primer término derecha.—Un diván, sillas, un velador, una columna truncada, un balaustre, una máquina fotográfica con todos los útiles, etc. (1).

ESCENA PRIMERA

EL FOTÓGRAFO, con un periódico en la mano.

(1) Por derecha é izquierda, entiéndase la del actor.

Pues señor, con este anuncio
van á venir á millares.
Es de lo más llamativo
que se ha puesto. (Leyendo.) "¡Interesante!
„Fotografía económica,
„Costanilla de los Angeles,
„número veinte, azotea,
„doce retratos, seis reales.
„Tarjetas americanas,
„reproducciones notables,
„y especialidad en niños,
„á precios convencionales.„
Si así no viene la gente,
habrá que dejar el arte;
pero yo creo que al fin
conseguiré acreditarme.
Estoy formando una gran
colección de personajes
célebres, para ponerlos ..
á la puerta de la calle.
Castelar y Carlos séptimo,
Perico el ciego y Cervantes,
Roque Barcia y Lagartijo,
Tamberlick y Garibaldi.
El toro que cogió al Tato
al lado de Calomarde,
y Suñer y Capdevila,
junto á la Virgen del Carmen.
¡Será la gran colección!
¡Tendré notabilidades
en las ciencias, el toreo,
la política y las artes!

ESCENA II

DICHO, un SEÑORITO, después una SEÑORITA y una CRIADA

SEÑORITO. Beso á usted la mano, amigo.
FOTÓG. Servidor de usted.
SEÑORITO. ¿No hay nadie?
FOTÓG. Sí, señor; estoy yo aquí.
SEÑORITO. No, si digo letlatándose.
FOTÓG. ¡Ah! Retratándose, no.
SEÑORITO. Pues voy á decil que pasen
con el pelmiso de usted. (Yendo hacia el fo o.)
FOTÓG. Usted lo tiene.
SEÑORITO. (Al foro.) ¡Adelante!
No hay nadie, podéis pasal.
SEÑORITA. Buenos días.—¿Vendrá alguien?
(Con temor al fotógrafo.)
FOTÓG. ¿Pero qué vienen ustedes
á hacer?
SEÑORITO. Pues, homble, es bien fácil
complendelo: á letlatalnos.
FOTÓG. ¿Y para eso á qué ocultarse?
No es ningún crimen.
SEÑORITO. Amigo,
esta niña tiene un padle
que si llegala á sabel
que ha venido á letlatalse
conmigo, le digo á usted
que me mataba. ¡Es un cafle!
SEÑORITA. No digas eso, ¡por Dios!
SEÑORITO. Yo, la veldad pol delante.

FOTÓG. ¿Y quieren ustedes grupo?
SEÑORITO. Glupo, sí.
FOTÓG. ¿Pequeño ó grande?
SEÑORITO. Lo que es pol eso, es lo mismo...
(Aparte al Fotógrafo.)
(En el que cueste diez leales.)
FOTÓG. Bueno, lo haremos pequeño.
SEÑORITO. Es mejol, más elegante.
FOTÓG. Pues en tanto que dispongo,
pueden ustedes sentarse.
Vean ustedes el álbum. (Se lo da y vase.)

ESCENA III

DICHOS, menos el FOTÓGRAFO

SEÑORITA. ¡Ay! ¡Se nos va á hacer muy tarde!
SEÑORITO. ¡No tengas plisa, bien mío!
Dí, ¿me quieles mucho?
SEÑORITA. ¡Cállate!
Que nos oye la criada.
SEÑORITO. ¡Dímelo!
SEÑORITA. ¡Si ya lo sabes! (Quedan mirándose.)
SEÑORITO. ¡Mila qué chica tan guapa!
(Enseñándole el álbum.)
SEÑORITA. No me gusta que repares
en otras.
SEÑORITO. ¡Ay, celosilla!
¡Así quielo yo que hables!
Eso plueba que me quieles.
Dí: ¿me quieles mucho?

SEÑORITA. ¡Dale!

SEÑORITO. ¡Dímelo con los ojitos,
explésamelo milándome!
(Se miran fijamente, cogiéndose las manos.)
¡Así quisiela yo estal
todo el día, contemplándote!

SEÑORITA. ¡Ay! ¡Cuánto tarda ese hombre!
Y mama estará esperándome.

SEÑORITO. Si es templano todavía,
y esto es cosa de un instante.

SEÑORITA. ¿Qué hora es?

SEÑORITO. (¡Qué complomiso!)
Son las... once.

SEÑORITA. ¡Ca! ¡Es más tarde!
A ver. (Yendo á sacarle el reloj)

SEÑORITO. (Quitándole la mano) Las once y minutos,
de velas.

SEÑORITA. Que no me engañes;
á ver el reloj.

SEÑORITO. (¡El leló!
se ha empeñado en fastidialme.)
(Al ver que ella insiste en verlo.)
Deja.

SEÑORITA. ¡No quiero! (Tira de la cadena y saca, sujeta á ella, una cajita de cartón.)
¿Qué es esto?

SEÑORITO. ¿Eso? Pues voy á explicalte.
Es una caja de obleas.

SEÑORITA. ¡Ya! Pero ¿por qué la traes?

SEÑORITO. Pues . polque tengo el leló
á componel desde el maltes.
Andaba un poco atlasado...

(y no miento, anda bastante),
y así, pala sujetal
la cadena ..
(Cogiéndole rápidamente la caja que ella ha abierto)

SEÑORITA. No la guardes.
¿Qué tienes metido ahí?

SEÑORITO. (¡Dios mío!) (Guardándola.) ¡Nada!

SEÑORITA. Pues dam

SEÑORITO. (¡La papeleta de empeño!)

No! Deja.

SEÑORITA. ¡Que has de enseñarme
ese papel!

SEÑORITO. Si no hay nada.
SEÑORITA. ¡Quiero verlo!
SEÑORITO. ¡No te enfades!
SEÑORITA. ¡Pues dámelo!
SEÑORITO. ¡Qué caplicho!
SEÑORITA. Cuando te lo ocultas...
SEÑORITO. ¡Dale!
SEÑORITA. Es porque es alguna carta
de alguna...
SEÑORITO. ¡Qué dispalate!
SEÑORITA. (De pronto.) Ya no me retrato.
(A la criada.) Vámonos.
SEÑORITO. ¡Pelo mujel!...
SEÑORITA. ¡Al instante!

ESCENA IV

DICHOS y el FOTÓGRAFO

FOTÓG. Vaya, cuando ustedes gusten.
SEÑORITA. (Ahora puedes retratarte
tú solo.)
SEÑORITO. (¡Pelo mujel!...)
SEÑORITA. (Nada.)
FOTÓG. Vayan colocándose
como gusten.
SEÑORITA. No, yo no.
FOTÓG. Como dijo el señor antes
que ustedes querían grupo,
he puesto el *ou hé* más grande.
SEÑORITA. Pues á mí se me han quitado

las ganas de retratarme.

FOTÓG. Señorita, usted dispense,
pero debió pensarlo antes
y no hacerme preparar
las cosas, y molestarme
sin necesidad.

SEÑORITO. (¡Es clalo!
¡Me va á hacel tenel un lance
con este homble!) Usted dispense.

FOTÓG. Es que trabajar en balde
ya comprende usted que es cosa
que no le hace gracia á nadie.

SEÑORITO. (¡Mujel, no me complometas!)

SEÑORITA. (¡Si quieres grupo, retrátate
con la criada!)

SEÑORITO. (¡Esto es cosa,
vamos, de desespelalsel)

(Se sientan á los dos extremos de la escena. Ella abanicándose; él dando golpecitos en el suelo con el bastón.)

(¡Calacoles! ¡Calacoles!)

FOTÓG. Vamos á ver, ¿qué se hace?

SEÑORITO. (De pronto.) ¡Glupo!—¡Ven acá, muchacha!
(A la criada.)
(¡No me conoce bastante!
¡Soy capaz!—Ahora va á vel
si tengo yo ó no caláctel.)
(A la criada.)
Siéntate aquí y no te muevas.
Puede usté hacelo (Al Fotógrafo.)

FOTÓG. ¡Al instante!

SEÑORITO. (A la criada.) (¡No te lías, animal!)
(Se queda muy seria.)

FOTÓG. Ya verá usted qué bien sale.
Es un grupo caprichoso.
SEÑORITO. (No selé yo quien lo pague.
¡Ahola me voy y no vuelvo!)
FOTÓG. ¡Quietos un momento!
SEÑORITA. (¡Infame!
¡Es una carta, de fijo!)
FOTÓG. Ya está; ha salido admirable.
SEÑORITA. (Pasando junto al señorito.)
Todo acabó entre nosotros.
Ea, vamos.—Buenas tardes.
FOTÓG. ¡Servidor!
SEÑORITO. ¿Cuándo estalán?
FOTÓG. Mañana.
SEÑORITO. Pues abul.
FOTÓG. (Deteniéndole.) Antes
es preciso que haga usted
el obsequio de enterarse.
(Mostrándole el cuadrito.)
SEÑORITO. (Leyendo.) ¡Ah! "Los letlatos se pagan
adelantados.„ (¡Qué lance
tan glacioso!) Tome usted. (Dándole el dinero.)
FOTÓG. ¿Cuántos quiere usted que saque?
SEÑORITO. (¡No he de volvel!...) Tleinta y ocho.
(Le clavé.)
FOTÓG. Bien. (¡Te clavaste!)
SEÑORITO. ¡Abul!
FOTÓG. ¡Vaya usted con Dios!
¡Que hagan ustedes las paces!
SEÑORITO. ¡Glacias; las halemos plonto,
polque yo soy muy tunante!
(Vase disputando con la señorita.)

ESCENA V

El FOTÓGRAFO, solo.

¡Si no hay como ser fotógrafo
para ver tipos notables!
Todos los días retrato
muchos dignos de estudiarse.
Y a una señora de edad,
que para dar al semblante
cierta expresión picaresca

se sonríe muy amable,
y que se incomoda luego
porque en el retrato sale,
con la sonrisa que puso,
una boca así de grande.
Ya un cómico de afición
que se muda aquí de traje,
y se retrata de Otelo
con polainas y turbante.
Ya el que tiene una gran cruz
y se pone así, muy grave,
para retratar la banda,
que es lo más interesante;
ó el que nunca se compone
y á fuerza de acicalarse
sale tal, que en el retrato
no le conoce su padre.
O bien tengo que sacar
un grupo de dos amantes,
que resultan luego bizcos
por no dejar de mirarse;
ó un señorito que toma
una postura de baile,
y trae el pelo rizado,
y se retrata con guantes;
ó el que tiene un lobanillo,
que es lo que le da carácter,
y al retratarse lo oculta
y no le conoce nadie.
Los que tienen pretensiones
de bellos y de elegantes,
quedan siempre disgustados

aunque salgan admirables;
y los feos, que son siempre
los que más exactos salen,
dicen que no son así,
y tiene uno que callarse.
En fin, que el pobre fotógrafo
es la víctima constante
de la vanidad de aquellos
que vienen á retratarse;
y creo que antes de mucho
se verá en el *Almanaque*:
Día tantos: San Fulano
de Tal, fotógrafo y mártir.

ESCENA VI

DICHO, la RIBETEADORA

RIBETEAD. Buenos días tenga usted.
FOTÓG. Téngalos usted muy buenos.

RIBETEAD. Pues vengo por mi retrato.
FOTÓG. Está bien; tome usté asiento.
RIBETEAD. Gracias; estoy bien de pie.
FOTÓG. Media docena, ¿no es eso? (Buscándolos.)
RIBETEAD. Deje usted que me haga cargo.
(Contando por los dedos.)
Uno pa Perico, bueno;
otro pa Vicente, dos;
otro además pa el agüelo,
son tres; otro pa la Paca,
son cuatro; y otro pa el Tuerto,
son cinco, y otro pa mí...
Por tres reales más ó menos,
póngame usted doce justos;
que la piden á una luego
las amigas, y aunque sea
pa que hagan después con ellos
cualquier cosa, en cuanto que *una*
tenga algún resentimiento...
(Dándola un retrato.)
FOTÓG. Mire usté á ver si le agrada
cómo ha salido.
RIBETEAD. ¿Qué es esto?
FOTÓG. ¿Cuál?
RIBETEAD. ¡Esta cara!
FOTÓG. Señora,
es la de usted.
RIBETEAD. ¡Cabayero!
¡Pues hombre! ¿Soy yo mulata?
Que soy morena, eso bueno,
conformes; pero no tanto:
¡Si esto paece un carbonero!

FOTÓG. Es que ha salido usted un poco
sulfurada.

RIBETEAD. ¡Ahora de verlo
sí que me estoy sulfurando!
Esto no es pie, es un madero.
Hombre, mire usté mi pie. (Enseñándoselo.)

FOTÓG. ¡Es verdad que es más pequeño!
Pero es porque usted lo puso
fuera de foco, y por eso...

RIBETEAD. ¿Lo puse fuera? ¿Y por qué
no lo ha metío usté dentro?

FOTÓG. Eso no puede evitarse;
y el parecido es perfecto...

RIBETEAD. ¡Calle usted! ¡Si me están dando
intenciones de romperlo!
No ha sacao usté ninguno
tan requemao y tan feo.
En fin, á la vista están.
¿Hay otro que esté más negro?
(Acercándose adónde están puestos los retratos.)
¡Dios mío!

FOTÓG. ¿Qué?

RIBETEAD. ¡Virgen santa!
¡Pero hombre, si le estoy viendo
y me paece que es mentira!

FOTÓG. Pero, señora, ¿qué es ello?

RIBETEAD. No hay duda, sí, es su lunar;
¡es él, clavao, el muy perro!
¡Y con ella, y muy juntitos!
¡No le va á quedar un pelo
en la cabeza!—¡Bribón!

FOTÓG. ¿Pero á quién dice usted eso?

RIBETEAD. ¡A ese pillo! ¡A ese tunante!
¡A ese... Jesús!—¡Yo me muero!
(Rompiendo á llorar y cayendo sobre el sofá.)
FOTÓG. Señora, por Dios, señora;
hágame usted el obsequio
de explicarme lo que pasa.
RIBETEAD. ¡Déjeme usted, caballero!
FOTÓG. Pero...
RIBETEAD. ¡Deje usté por Dios
que desahogue mi pecho!
FOTÓG. Bien: desahóguese usted.
(¡Vaya, me estoy divirtiendo!)
RIBETEAD. ¿Cuándo vino á retratarse?
FOTÓG. Pero... ¿quién?
RIBETEAD. Pedro.
FOTÓG. ¿Qué Pedro?
RIBETEAD. ¡Perico!
FOTÓG. ¡Ya me figuro!
RIBETEAD. (Señalándole.) Ese pillo que está ahí puesto
al lado de esa... ¡Ay, Dios mío! (Llorando.)
FOTÓG. ¡Ah! ¡Vamos, ya lo comprendo!
Pues vino hará quince días
sobre poco más ó menos.
Se mandó hacer dos retratos...
RIBETEAD. ¿Y ha venío ya por eyos?
FOTÓG. Sí, señora; eligió el grupo.
RIBETEAD. ¡Es claro!
FOTÓG. Por lo que veo,
usted le conoce.
RIBETEAD. ¡Y tanto!
¡Y ahora le voy conociendo
mucho más!

FOTÓG. Ya me lo explico.
RIBETEAD. Hace dos años y medio
que hablamos, y usté no sabe
los sacrificios que he hecho
por él!—¡Y así me los paga!
Tóo eso que tiene puesto,
las botas con bigotera,
la cazadora de invierno,
esa camisa bordá,
el pantalón y el chaleco,
tóo se lo he regalao!
Mire usted, yo poco tengo,
pero tóo ha sido suyo.
Hasta una mata de pelo
para hacerse una sortija.
¡Ahí la tiene usté, en el dedo!
(Dando golpes sobre el retrato.)
FOTÓG. ¡Señora, va usté á romper
el cristal!
RIBETEAD. ¡Ay, caballero!
No extrañe usté nada, estoy
fuera de *sí*.
FOTÓG. ¡Lo comprendo!
RIBETEAD. Yo soy ribeteadora
pa servir á usté.
FOTÓG. Me alegro.
RIBETEAD. Y un día, yendo á entregar
á casa de mi maestro,
me encontré con ese tuno
y me echó cuatro requiebros.
Yo le miré, y, la verdá,
aunque conozco que es feo,

me gustó. ¡Qué va una á hacerle!
El que lo merece menos...

FOTÓG. Siempre sucede lo mismo.

RIBETEAD. Y ya desde aquel momento,
qne si la acompaño á usté,
que si ¡no sea usté terco!,
que si ¡déme usté ese lío!,
que si ¡vaya, que no quiero!,
que si torna, que si vuelve,
que si esto, que si aqueyo;
en fin, que estuvimos juntos
á comer unos muñuelos.

FOTÓG. Pues me parece muy bien;
pero, la verdad, no entiendo...

RIBETEAD. Desde entonces no dirá
que yo le he faltao ni en esto;
y he tenío proporciones
y han andao al retortero
muchos señores muy ricos
y los he enviao á paseo.
Y que él no podrá decir
que yo le he costao un céntimo,
sino tóo lo contrario,
que yo me he quedao en cueros,
vamos al decir, por él;
porque hasta un mantón que tengo
de ocho puntas, que me dan
catorce duros de empeño,
lo he perdío, y sin embargo,
ya ve usté que no me quejo.
Pero después de estas cosas
me vengo aquí, y me lo veo

con esa... Es amiga mía,
¿sabe usted? ¡Ah! Lo que quiero
es que me dé usté una copia
de ese retrato.

FOTÓG. ¡No puedo!

RIBETEAD. ¿Que no pué usté?

FOTÓG. ¡No me han dado
licencia para venderlos!

RIBETEAD. Bien, lo iba á hacer con su estampa,
es mejor, lo haré con eyos.
¡En cuanto los vea, vamos,
los desfiguro!

FOTÓG. (¡Lo creo!)

RIBETEAD. Conque, yo le dejo á usté.

FOTÓG. ¿Pero no lleva usted esos
retratos?

RIBETEAD. ¡Ah! Sí, señor (Se los da.)
Yo me los había hecho
pa sorprenderle en el día
de su santo, que es San Pedro,
y le he sorprendío antes.
Pero, miste, ya me alegro.
¡Son ustedes muy bribones!

FOTÓG. ¡Muchas gracias!

RIBETEAD. ¡Al momento
vuelvo yo á fiarme de uno!
¡Hombres! Pa mí concluyeron.
Conque, usté me disimule;
en la calle de Juanelo,
número seis, duplicao,
por la escalera del centro,
galería de la izquierda,

interior, cuarto tercero,
tiene usté una servidora,
Josefa López Callejo.

FOTÓG. ¡Muchas gracias!

RIBETEAD. (Dirigiéndose á los retratos.) ¡Y á estos dos
ahora voy á componerlos!

SOLDADO. (Saliendo.) ¡Salero! ¡Viva la gracia!
¡Vaya usted con Dios!

RIBETEAD. (Mirándole de arriba á abajo.) ¡No es feo! (Vase.)

ESCENA VII

FOTÓGRAFO y un SOLDADO

SOLDADO. ¡Buenos días!

FOTÓG. ¡Buenos días!

SOLDADO. Yo me vengo á retratar.

FOTÓG. Bien venido.

SOLDADO. De á seis riales.

FOTÓG. Está bien: usted dirá
si quiere que sea en busto.

SOLDADO. ¿Gusto? ¿Y qué es eso?

FOTÓG. (¡Animal!)
Busto es de aquí para arriba.

SOLDADO. No quió gusto.

FOTÓG. Bien está.

SOLDADO. Eso es retratar á un hombre
partío por la mitad,
y yo quió salir completo.
¡Como es pa mi novia!...

FOTÓG. Ya.

SOLDADO. Poniéndome solo el gusto,
le falta lo principal.
FOTÓG. Pues espere usted un momento
mientras voy á preparar.
SOLDADO. ¡Ah! ¡Quió salir á caballo!
FOTÓG. Eso no es posible.
SOLDADO. ¡Hay tal!
El sargento Berrenchines
se retrató en Alcalá
montao en un jaco tordo
mu plantao; y el animal
estaba tan bien, que no
le faltaba más que hablar.
FOTÓG. Sí; ya sé que hay quien retrata
á caballo, eso es verdad:
pero ya ve usted que aquí
no lo permite el local.
SOLDADO. ¿Y quién es ese señor?
FOTÓG. Si usted lo quiere, se hará
á pie; si no, no es posible.
SOLDADO. Bueno.—¡Me va usted á sacar,
por supuesto, de uniforme!
FOTÓG. ¡Hombre, lo mismo que está!
SOLDADO. Bien.
FOTÓG. Espere usted un instante.
SOLDADO. ¡Oiga usted! Quiero detrás
una tienda de campaña
y un castillo más allá.
El cabo Bigotes tiene
un retrato é militar,
en medio de un campamento
con la vista de Tetuán,

y un cañón y seis banderas...

FOTÓG. Vamos, ya comprendo, ya.
¿Es esto lo que usted quiere?
(Descorriendo la decoración.)
¿No es así?

SOLDADO. ¡Justo y cabal!

FOTÓG. Pues espere usted un instante. (Sale y vuelve.)

SOLDADO. ¡Poquito se va alegrar
Grigoria en cuanto que vea
mi estampa!

FOTÓG. Venga usted acá.
Póngase usted aquí. (Colocándole en el apoyador.)

SOLDADO. ¡Canastos!
Pues qué, ¿me va usté á tallar?
Tengo cinco pies y nueve
kilómetros.

FOTÓG. (¡Agua va!)

SOLDADO. Digo, si es que no he crecío
dende que soy melitar.

FOTÓG. ¡Pero, hombre! Si no es tallarle
lo que yo voy á hacer.

SOLDADO. ¡Ah!
Yo creí...

FOTÓG. ¡Estése usted quieto!
¡Esas manos más atrás!
Y la cabeza más alta.
(Poniéndole exageradamente rígido.)

SOLDADO. ¿Asina?

FOTÓG. Así; bien está.
¡No se mueva usted ahora!

SOLDADO. Diga usted, ¿se pué hablar?

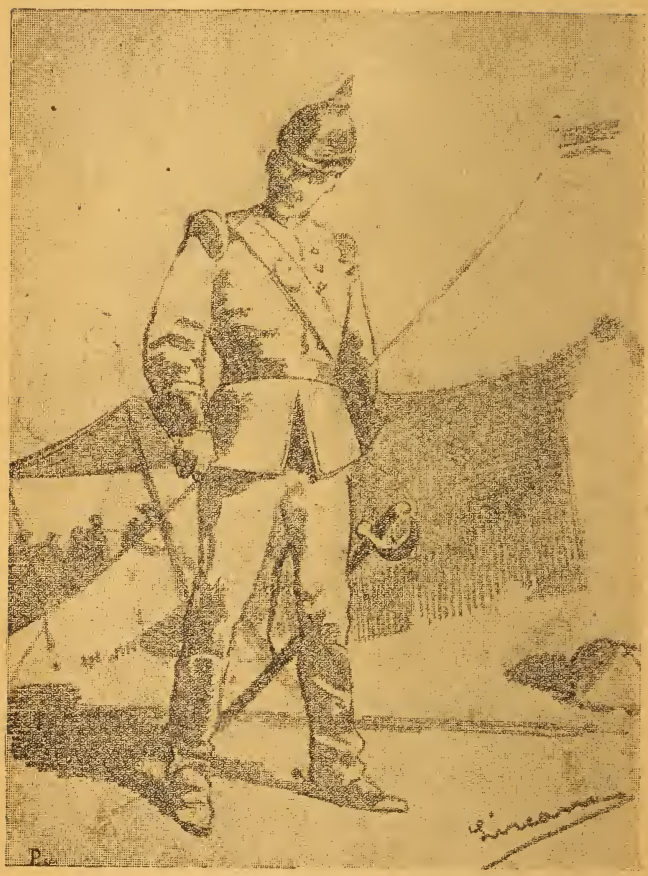
FOTÓG. Hombre, no; cállese usted.

SOLDADO. ¡Bueno!

FOTÓG. Mire usted hacia acá.

(Enfocándole cubierto con el paño.)

SOLDADO. Diga usted, ¿se pué reir?



FOTÓG. ¡Hombre!

SOLDADO. Porque, la verdad,
me da tentación de verle
arrebujao ahí detrás.

FOTÓG. ¡Quieto! ¡Bueno!—¡Así está bien!
¡Perfectamente saldrá
si se está usté así un momento!

SOLDADO. (¡Estoy sudando aguarrás!
¡Qué tormento es retratarse!)
¿Quié usté hacerme un favor?

FOTÓG. ¿Cuál?

SOLDADO. Rascarme aquí en las narices, (Sin moverse.)
que me pican.

FOTÓG. ¡Sólo es ya
cuestión de un minuto, espere!

SOLDADO. ¡Ay qué tormento, San Blas!

FOTÓG. ¡No pestañee usté ahora!

SOLDADO. ¡Jesús! ¡Ni pestañear!...
¡Esto es retratar á un muerto!
(Estornuda muy fuerte.)

FOTÓG. No se mueva usted.—¡Ya está!

SOLDADO. ¡Ay! ¡Gracias á Dios! ¡Estaba
que ya no podía más!

FOTÓG. ¡Voy á meterle en el baño!
(Entra por la izquierda.)

SOLDADO. ¡Se tiene uno que bañar!
Pues esto no lo sabía;
pero, en fin, vamos allá.
(Empieza á quitarse la levita.)

FOTÓG. ¿Qué hace usted? (Saliendo.)

SOLDADO. ¡Yo! ¡Desnudarme!

FOTÓG. ¿Y para qué?

SOLDADO. ¡Voto á san!...

¡Pues no dice usté que tengo
que bañarme!

FOTÓG. ¡Basta ya!
Lo único que tiene usted
que hacer ahora, es pagar.

SOLDADO. No se altere usted: creí
que había necesidad...
Tome usted.—Esta peseta
es plata, aunque está gastáa.

FOTÓG. Está bien.

SOLDADO. Venga el retrato.

FOTÓG. Hombre, ese no puede estar
hasta pasado mañana.

SOLDADO. Como dijo usté "ya está„,
yo por eso lo pedía.
¡No es ninguna atrocidad!

FOTÓG. Bien, hombre, bien.

SOLDADO. Diga usté:
¿No me podría sacar
el pantalón colorao?

FOTÓG. Hombre, se iluminará
el retrato, si usted quiere;
pero eso le cuesta más.

SOLDADO. ¿Sí? Pues que salga aunque sea
de color de cordobán.
¡Conque, abur, pasarlo bien
y que no haiga novedá! (Vase.)

ESCENA VIII

EL FOTÓGRAFO, una SEÑORA, un CABALLERO, un NIÑO, una NODRIZA, con OTRO en brazos. La SEÑORA lleva un perro atado con un cordón.

SEÑORA. ¿Está el señor de Fotógrafo?
FOTÓG. Adelante. (¡Cielo santo!)
CABALL. Soy un servidor de usted.
FOTÓG. (¡Grupo!)
SEÑORA. Beso á usted la mano.
Que no se despierte el niño.
¡Ama, tenga usted cuidado!
(Al Niño.) Pepito, no toques nada.
Venimos á retratarnos.
FOTÓG. Está bien.—¿En grupo?
SEÑORA. Sí.
Pero que cueste barato.

Queremos gastar muy poco.

FOTÓG. Será según el tamaño.

SEÑORA. Del tamaño natural.

CABALL. ¡No, mujer!

FOTÓG. Eso es muy caro,
y en grupos no se acostumbra.

SEÑORA. Dispense usted: las de Castro,
unas amigas que viven
en la calle de Preciados,
que usted las conocerá,
van siempre juntas las cuatro
con su padre, un señor viejo
con los bigotes muy largos...

FOTÓG. No recuerdo.

SEÑORA. Pues bien, *esas*,
poco hace se retrataron
en casa de doña *Julia*
en grupo, y les ha costado
cuatro duros.

FOTÓG. Bien, sería
en tarjeta.

SEÑORA. ¡Pues es claro!
Pero están las cuatro juntas,
enteras, de arriba abajo;
del tamaño natural.

FOTÓG. ¡Ah, sí! Ya comprendo, vamos.
Quiere usted de cuerpo entero.

SEÑORA. ¡Justo! ¿Y cuánto va á costarnos?

FOTÓG. ¿Son ustedes cinco?

SEÑORA. (Presentando el perro.) Seis.

FOTÓG. ¡Ah! ¡No había reparado!
Pues, entonces, vea usted

en este mismo tamaño (Señalándole uno.)
la primera prueba cuesta
tres duros.

SEÑORA. ¡Ay! ¡Es muy caro!

FOTÓG. Las otras son á ocho reales.

SEÑORA. Entonces, bien; nos llevamos
las otras, y la primera
la deja usted para el cuadro.

FOTÓG. Señora, usted no ha entendido. .

CABALL. Quiere decir...

SEÑORA. ¡Calla!

CABALL. ¡Callo!

FOTÓG. La primera que usted lleve
cuesta tres duros.

SEÑORA. ¡Ya caigo!
Los hará usted, por supuesto,
en papel desatinado.

FOTÓG. (¡Dios mío!) Sí, sí, señora.

SEÑORA. Pero aun así son muy caros.

FOTÓG. Como entran niños...; si no,
sería algo más barato.
Los niños se mueven mucho...

SEÑORA. ¡Ay, no señor, al contrario!
Usted lo verá; mis hijos
están muy bien educados:
mandándoles yo una cosa,
me obedecen en el acto.
¡Bájate de ahí, Pepito!
(Al Niño, que se ha subido á una butaca.)

NIÑO. ¡No me da la gana!

FOTÓG. (¡Bravo!)

SEÑORA. ¡Estos chicos son capaces

de sacar de quicio á un santo!
Anda, hombre, pareces tonto, (Al Caballero.)
hazle bajar.

CABALL. ¡Niño, abajo!

FOTÓG. Pues yo voy, con su permiso,
á preparar... Pronto salgo.
Vean ustedes si quieren,
para entretenerse, el álbum.

ESCENA IX

DICHOS, menos el FOTÓGRAFO

SEÑORA. ¿Sabes tú que este fotógrafo
se parece á aquel Camacho
de Barcelona?

CABALL. ¡Mujer!
¡Si aquél era gordo y alto!

SEÑORA. Te digo que se parece;
es igual.

CABALL. Bueno.

SEÑORA. Es exacto.
Como que creo que es él.
Después he de preguntárselo.

NIÑO. ¡Enséñame las estampas!

SEÑORA. Estáte quieto á mi lado.
(Se sienta junto á ella y empieza á ver el álbum.)
Mira, aquí está la Conchita.

CABALL. ¿Qué Conchita?

SEÑORA. La de Almagro,
la que iba todos los días
á casa del comisario.

CABALL. ¿Sí? No recuerdo...

SEÑORA. Hombre, aquella
que tocaba á cuatro manos
la jota del Molinero
con aquel teniente alto,
muy picado de viruelas,
que se llamaba Eduardo,
y que torcía los ojos
y hablaba *azí*, un poco *zazo*.

CABALL. ¡Ah! Sí, ya recuerdo, ya.

SEÑORA. Y aquí tienes á la Amparo,
su prima.

CABALL. Sí, está muy bien.

SEÑORA. ¡Quisiera aquel mamarracho
parecerse por el forro
á ésta!

CABALL. Pero... ¿en qué quedamos?
¿Se parece ó no?

SEÑORA. Es la misma,
sino que en este retrato
la han favorecido mucho.
Mira la de Campuzano.

CABALL. No recuerdo haberla visto
en mi vida.

SEÑORA. ¡Eres un sandio!
¿No te acuerdas ya de aquella
andaluza, de ojos garzos,
que se reía de todo
y abría la boca un palmo
para enseñarnos los dientes,
que los tenía muy blancos?

CABALL. No recuerdo.

SEÑORA. Sí, hombre, sí.
Una así, de cuarenta años,
bien conservada, frescota,
que decía don Serapio
que si tuvo ó si no tuvo
con un teniente de francos.

CABALL. Pues, hija, no la recuerdo.

SEÑORA. ¡Ay, hijo, estás alelado!
No recuerdas nada.

CABALL. Tú
lo recuerdas todo, en cambio.

SEÑORA. ¡Mira qué niño tan mono!

FOTÓG. (Saliendo.) Cuando ustedes gusten.

SEÑORA. Vamos.

(Deja el álbum, el Niño lo coge y empieza á arrancar hojas.)

Diga usted, usted dispense,
¿Se apellida usted Camacho?

FOTÓG. No, señora.

CABALL. ¿Lo ves?

SEÑORA. ¡Calla!
Pues es usted el retrato
de un joven que conocimos
en Barcelona, muy guapo.
Se enamoró de la viuda
de un capitán del resguardo,
que le dió cada disgusto,
que estuvo el pobre muy malo.
No hemos sabido más de él;
un apreciable muchacho,
como usted, buena figura.

CABALL. (¡Dale!)

SEÑORA. Un poquito más alto.
Pero era un chico muy fino.
¡Ay! Una vez en el baño,
si no es por él, yo me ahogo.

CABALL. (¡Por qué te echaría mano!)

SEÑORA. Éste, como es medio simple...
Mi esposo...

FOTÓG. Ya me hago cargo.

SEÑORA. Y no repara en las gentes,
le choca si yo reparo.

FOTÓG. Pues...

SEÑORA. Y á mí me es conocida
la cara de usted.

FOTÓG. Acaso ..
SEÑORA. ¿Cómo es su gracia de usted?
FOTÓG. ¡Félix Castaño!
SEÑORA. ¡Castaño!
¿Es usted cartagenero?
FOTÓG. No, señora, soy navarro.
SEÑORA. Porque había en Cartagena
el año cincuenta y cuatro
unos Castaños muy ricos.
Eran tres ó cuatro hermanos;
uno de ellos comerciante;
tenía tienda de paños
y quebró no sé por qué,
y se habló mucho del caso.
El otro hermano era médico,
y el mayor era escribano;
se le escapó la mujer...
CABALL. (¡Ya tenemos para rato!) (Sentándose.)
SEÑORA. Le daba muy mala vida
y dieron el gran escándalo.
El padre se llevó á un hijo
que tenían, un muchacho
que se murió al poco tiempo;
y también no sé qué hablaron
de si el padre salió mal
en una causa... Oí algo;
pero como no me meto
en cosas de los extraños,
no estoy muy bien enterada,
y sólo sé así por alto;
en lo que á mí no me importa,
oigo, veo, juzgo y callo.

CABALL. (¡Dios mío! ¡Dice que calla!
¡Se necesita descaro!)

SEÑORA. Y al saber el apellido
de usted, recordé en el acto...

FOTÓG. Pues nada, indudablemente
esos son otros Castaños.

SEÑORA. Indudablemente sí.
¿Qué estás haciendo, muchacho?

(El chico echa á correr y se coge á las faldas de la Nodriza.)

¡Jesús! ¡Te voy á matar!

CABALL. ¿Qué es eso?

SEÑORA. ¡Lo ha destrozado!

FOTÓG. Déjele usté; esto no es nada.
No es nada. (Ya no es ni álbum.)
SEÑORA. ¡Qué chicos! ¡Jesús! ¡Qué chicos!
CABALL. ¡El demonio son!
SEÑORA. Y es claro,
como que tú no le riñes...
FOTÓG. ¡Bah! No se dé usted mal rato.
Conque ustedes me dirán
si es que tienen ya pensado
cómo ha de formarse el grupo,
ó si me dejan formarlo.
SEÑORA. Eso es lo mejor.
FOTÓG. Entonces
vengan ustedes.
SEÑORA. Andando.
FOTÓG. La nodriza puesta aquí,
(Colocándolos como indican los versos. La Nodriza, que desde que entra está meciendo al Niño, continúa lo mismo.)
de pie, con el niño en brazos.
Este otro en el taburete,
(Al Caballero.) Usted aquí, y apoyado
en la silla; usted sentada
con el perro en el regazo.
El ama mirando al niño,
este otro de medio lado
haciendo fiestas al perro
y puesta así la otra mano;
y usted mirando á su esposa
como diciendo: ¡qué encanto!
CABALL. ¡Saldré con poca expresión!
FOTÓG. ¡Quiá! No, señor, al contrario.

Es un grupo muy artístico.

SEÑORA. Pues yo lo había pensado
de otro modo. (Levantándose.)

FOTÓG. Usted dirá.

SEÑORA. Para que todos salgamos
de frente, que se nos vean
las caras, no así de lado,
y unos mirando hacia arriba,
y otros mirando hacia abajo.

FOTÓG. Yo lo haré como usted quiera.

SEÑORA. (Al Caballero.) ¿Tú recuerdas el retrato
que tienen las de Cifuentes
puesto en la sala con marco,
según se entra á la derecha?

CABALL. ¡Vaya! ¿No he de recordarlo?
(Si digo que no recuerdo
me va á armar el gran escándalo!)

SEÑORA. (Al fotógrafo.) El padre está así, detrás,
(Indicándolo con la acción.)
y la señora á su lado,
de pie también, y las hijas
como dándose un abrazo
sentadas en un sofá,
y puesto de pie á su lado
Rafael, que es un sobrino
que tienen, que es boticario,
que estuvo para casarse
con una, y luego tronaron,
porque recibió un anónimo
de no sé quién...

FOTÓG. ¡Bien, al grano!

SEÑORA. Pues todos están de frente.

FOTÓG. Bien, lo haremos así; vamos.
Ya ve usted, es más sencillo
para mí, no hay que pensarlo.
Aquí usted y el ama aquí.
Así, derechos, mirando
á la máquina; y usted
aquí, y el niño aquí abajo.
(Quedan todos muy tiesos, excepto el Ama que continúa meciendo al Niño.)

SEÑORA. ¡Espérese usté un instante!

FOTÓG. ¿Qué pasa?

SEÑORA. No hemos pensado
que Pancracio no saldrá
de frente!

FOTÓG. ¿Y quién es Pancracio?

SEÑORA. ¡El nene!

FOTÓG. ¿Y se llama así?

SEÑORA. Sí, ya sé que el nombre es raro:
pero se empeñó el padrino,
que es un señor muy anciano,
que ha sido jefe de Hacienda
en Manila muchos años...

FOTÓG. (Interrumpiéndola.) ¡Bueno; pues volver al chico!

SEÑORA. ¡Cuidado con despertarlo!
¡Ama! (Lo vuelven.) ¡Así, perfectamente!

FOTÓG. ¡Colóquense ustedes!
(Se ponen como antes.) ¡Bravo!
¡Ahora quietos!

SEÑORA. ¡Quieto, niño!
(El Fotógrafo se pone cubierto con el paño.)

NIÑO. ¡Ay, mamá! (Refugiándose en el regazo.)

SEÑORA. ¡Quieto, muchacho!

NIÑO. ¡Que me da miedo! (Llorando.)
FOTÓG. ¡Demonio!
¡Ya me van á mí cargando!
SEÑORA. ¡Es que le ha asustado usted!
¡cómo le ha visto tapado!
No te asustes, hijo mío;
si el señor lo hace jugando.
¡Pobre inocente!
FOTÓG. (Acariciándole.) ¡Qué mono!
(¡Qué lástima de azotazos!) (Vuelve á mirar.)
¡El ama que se esté quieta,
por Dios!
SEÑORA. ¡Si no puede estarlo!
Es que se despierta el niño
si no se mueve.
FOTÓG. ¡Canastos!
¡Señora, así es imposible
el hacer ningún retrato!
SEÑORA. Pues ya ve usted, si despierta
lo va usté á sacar llorando,
y estará bonito el chico.
FOTÓG. Es que si llora, no lo hago.
SEÑORA. ¡Es usted muy exigente! (Levantándose.)
CABALL. Pero, mujer...
SEÑORA. ¡Calla!
CABALL. ¡Callo!
FOTÓG. ¡O se están ustedes quietos,
ó renuncio á retratarlos!
SEÑORA. A mí no me hable usted así;
usted sin duda ha olvidado
que habla con una señora.
FOTÓG. Pues, señora, ya estoy harto;

hace dos horas y media
que la estoy á usté escuchando
una infinidad de historias
que no me importan un rábano...

SEÑORA. ¿Oyes lo que dice este hombre? (Al Caballero.)

FOTÓG. Señora, yo soy muy claro:
¡si su marido la aguanta
todo eso, yo no lo aguanto!

SEÑORA. ¿No ves que me faltan, hombre!
¡Habla tú!

CABALL. No; yo no hablo.

SEÑORA. ¡Por eso se atreven todos
á insultarme!—¡Eres un sandio!
(Al Fotógrafo.) ¡Si tuviera pantalones!...

CABALL. (¡Por Dios, no la haga usted caso!)

SEÑORA. Se vería usted conmigo.
¡Ama, niño, á escape, vámonos!
Porque si estoy un momento
más aquí, ya me propaso.

FOTÓG. Me alegro: ¡vayan ustedes
con Dios y todos los santos
de la corte celestial!

SEÑORA. Vamos, niño.

NIÑO. ¡No me marcho!
¡Yo quiero que me retraten!

SEÑORA. (Al Caballero.)
¡Hombre, tú, cógele en brazos,
ó le pego una azotina!
(El Caballero coge al chico, que llora y patalea. Vanse la Señora y el Ama.)

CABALL. (Bajo al Fotógrafo.)
(¡Así vivo hace diez años!)

FOTÓG. ¡Le compadezco á usted!

CABALL. (Dándole la mano.) ¡Gracias, muchas gracias!)

SEÑORA. (Volviendo á entrar.) ¿Vienes?

CABALL. ¡Vamos!

SEÑORA. (Apareciendo de pronto.)
¡De esto hablarán los periódicos!
¡Mandaré un comunicado! (Vase.)

ESCENA X

FOTÓGRAFO, sólo.

Esa mujer saldrá bien
hasta en el peor retrato;
pues siempre, por mal que salga,
tiene que salir *hablando.*
Cada vez que veo entrar
una familia, me espanto.
¡Dichosos grupos! No hay uno
que no me cueste un escándalo.
A la puerta de la calle
voy á poner en un cuadro.
para que todos lo vean,
con letras de este tamaño:
"Por los grupos de familia,
doble precio, adelantado;
matrimonios, á tres duros,
y si entra la suegra, á cuatro."

ESCENA XI

DICHO, la RIBETEADORA y el CHULO

RIBETEAD. Buenas tardes.

FOTÓG. (¡Otra vez!)
RIBETEAD. Ya me tiene usted de vuelta.
FOTÓG. (¡Alguna historia!) ¿Qué ocurre?
CHULO. ¿Qué ha de ocurrir? Cosas de ésta,
que es de lo más *visonaria*...
Se la pone en la cabeza
una cosa, ¿sabe usté?
y no pué ni Dios con *eya*.
¿Adónde está ese retrato?
¡Vamos á ver!
RIBETEAD. ¡Pué que creas
que lo he soñao!—¡Ahí lo tienes!
(Señalándole el de antes.)
CHULO. Oyes, tú á mí no me vengas
con ese tono de imperio;
ya sabes que yo por buenas
bien, pero lo que es por malas...
FOTÓG. (¡A que tengo otra pendencia!)
CHULO. Saque usté de ahí ese grupo
y démelo usté.—¿En qué piensas?
RIBETEAD. Yo, en nada.
CHULO. Es que ten cuidao,
porque hoy me has dao la jaqueca,
pero si pasa otra vez
te digo que te la encuentras.
FOTÓG. (Dándole el retrato.)
Tome usted.
CHULO. Venga el retrato.
(Lo rompe con mucha importancia y tira los pedazos.)
Vamos, ¿estás ya contenta? (A la Ribeteadora.)
RIBETEAD. (Muy alegre.)
¡Si no estuviera el señor,

no sé lo que hacía!

CHULO. (Pegándola en la falda con el bastón.) ¡Quieta!

RIBETEAD. (Al Fotógrafo.)
(¿Lo ve usté? ¡Na hay más remedio
que quererle, es muy *gatera*!)

CHULO. (¿Tienes ahí dinero?)

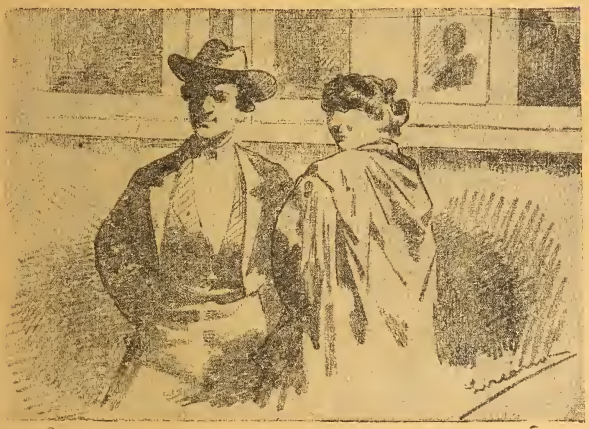
RIBETEAD. (Tengo
un duro y cuatro pesetas,
me paece.)

CHULO. (¿Nada más?)

RIBETEAD. (¡Sí!
Creo que tengo unas piezas
del perro. Justo, aquí están.)

CHULO. (Pues dame tóo lo que tengas.)

RIBETEAD. (¡Toma.)



CHULO. (Al Fotógrafo.) ¡Va usted á retratarnos
en grupo á los dos!

RIBETEAD. ¿De veras?

CHULO. Cava, mujer, yo lo pago.

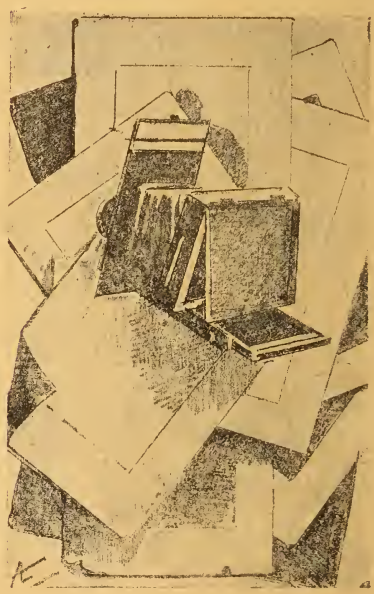
FOTÓG. Tendrán ustedes paciencia,
porque están estos señores (Por el público.)
que hace ya mucho que esperan.
Sólo es cuestión de un momento.
(Pone la máquina mirando al público.)

CHULO. ¡Ande usté!

RIBETEAD. (Muy cariñosa.) ¡Perico!

CHULO. (Id.) ¡Pepa!

FOTÓG. (Al público.)



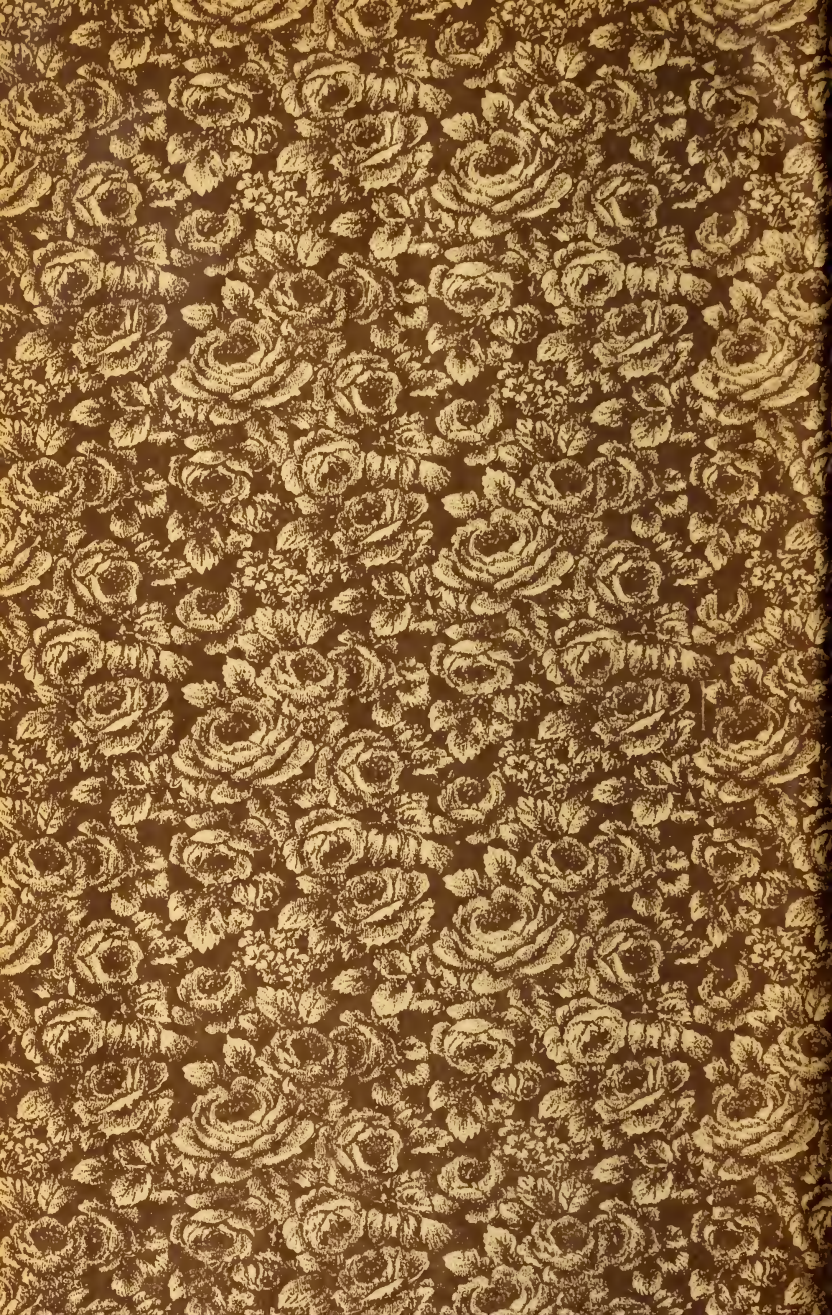
¡Eh! No se muevan ustedes. (Enfocándolo.)
Quite usted la tapadera. (Al Chulo.)

CIIULO. El autor ha querido
ni más ní menos,
que hacer unos retratos
de cuerpo entero.
Si lo ha logrado,
por la primera prueba
pide un aplauso.

(Telón rápido.)

FIN

Miguel Ramos Carrión



LS
R 1758t
282555
Author Ramos Carrión, Miguel
Title Teatro moderno. Vol. 1.
NAME OF BORROWER.
DATE.

University of Toronto
Library

DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET

Acme Library Card Pocket
Under Pat. "Ref. Index File"
Made by LIBRARY BUREAU